EN LA METRÓPOLI DEL DOLLAR

J. LARA



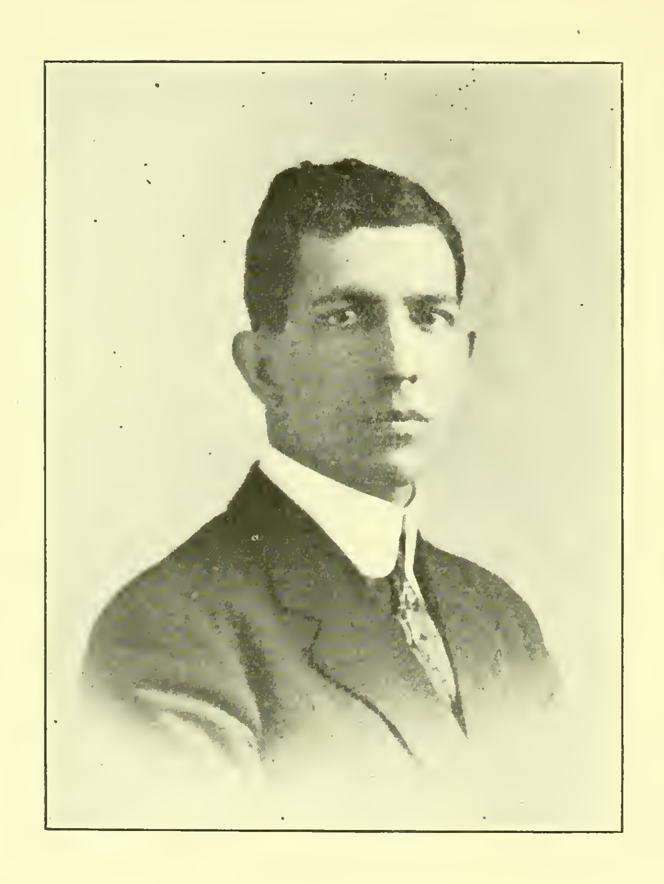
NUEVA YORK, E. U. A.

EN LA METROPOLI DEL DOLLAR

Por J. LARA.

—EDITORES—
THE SPANISH-AMERICAN PUBLISHING CO.,
2025 Broadway,
NEW YORK, U. S. A.

Escrita en 1918.



PROLOGO.

Antes de que el benévolo lector emprenda la lectura de este libro, séanos permitido decir algunas palabras sobre su índole para que se avaloren sus cualidades, si las tiene, o se disculpen sus defectos, si en ellos se ha incurrido.

Escribir un libro de impresiones sobre una gran ciudad es cosa difícil; pero si esa ciudad es heterogénea, cosmopolita, multiforme y populosa como Nueva York, la tarea de describirla y explicarla, aunque sea en parte, asume caracteres más árduos aun.

Nueva York, en efecto, aunque no es la Capital política de los Estados Unidos, es una metrópoli por excelencia; es el emporio de su comercio y de su banca; el centro de sus actividades; el núcleo de su actividad y el foco adonde convergen, donde se exaltan o se aquilatan todas esas formas de cultura que van, desde el aderezo que atavía a la esposa del multimillonario, hasta la producción de la obra de arte, sea ésta aria de Caruso, pintura exhibida en las galerías de arte o libro producido por refinado ingenio. Hasta la culta y aristocrática Boston rinde parias a Nueva York, que así viene a ser algo semejante, guardando toda proporción, a lo que es París, la "Ciudad Luz", respecto de todas las urbes francesas.

Siendo Nueva York un foco convergente, una síntesis en ciert forma de toda la nación americana, sus caracteres son diversos, complejos y heterogéneos.

Nueva York no es una ciudad homogénea como París, Berlín o Londres; es un conjunto de ciudades agrupadas en una solo municipio. Nueva York tiene un *Chinatown;* uno o varios barrios latinos; una *Little Italy;* varios *ghettos* judíos con sus respectivas sinagogas, donde se celebra el *rashashona* con tanto fervor como en Jerusalem, y además, Nueva York tiene diseminados en su área y fundidos en su alma el espíritu y la humanidad de otros pueblos como el alemán y especialmente el hebreo—que donde quiera es visible;—el irlandés, el francés, el ruso, el armenio y hasta el africano.

Estos elementos étnicos hacen resaltar la heterogeneidad neoyorkina. Nueva York, en *Chathan Square,* es enteramente distinto de Nueva York en los alrededores del Arco de Washington; el aspecto de la Quinta Avenida es absolutamente diverso del aspecto de Wall Street y la ciudad-baja de los negocios (down-town) es a su vez completamente diferente del barrio Bronx o de las avenidas de las residencias en Brooklyn.

Nueva York es también la ciudad de los grandes contrastes. Cerca de los palacios de granito y mármol de la Quinta Avenida y sus tiendas pletóricas de riquezas, hay barrios de miseria y de crimen. En el corazón de Broadway que aquí se llama también *La Vía Luminosa,* está incrustado un triste y sombrío barrio de negros. Junto a los espectáculos de mal gusto grotesco, hay museos suntuosos atestados de obras maestras, arrancadas a Europa a fuerza de oro, y bibliotecas que atesoran dentro de sus muros marmóreos todo el saber humano.

Con esos contrastes, con tan múltiples caracteres, la tarea de analizar a Nueva York o de siquiera describir sus aspectos, es obra llena de dificultades, que exigen un estudio, una observación y un criterio constantemente aplicados al caso, que mientras más se ahonda más complejo y árduo resulta.

Muchos escritores con uno o dos meses de residencia en Nueva York han querido juzgarla en cuatro plumadas y el resultado ha sido naturalmente irrisorio. Otros,

turistas cuya opulencia les ha permitido pasar los escasos días de su residencia en grandes hoteles, teatros de primer orden y dispendiosos *cabarets*, juzgan a Nueva York como centro de disipación y de placer. Todos esos observadores superficiales o críticos poco escrupulosos, intentan generalizar basándose en lo ùnico que vieron y simplemente declaran: "Nueva York es esto," "o Nueva York es estotro. Sí, decimos nosotros, cuando oímos una de esas afirmaciones rotundas; "pero además de eso, Nueva York es mucho más."

Diez años de residencia en Nueva York y cinco de los cuales dedicados al estudio de su idiosincracia y caracteres, nos han animado a describir las impresiones que se verán enseguida y, al publicarlas en forma de libro, nos ha movido el deseo de presentar a los lectores hispano-americanos algo de lo que ellos sentirían si su alma latina se pusiera en contacto con este centro de civilización mundial, y creemos que a ese título, nuestra obra puede aspirar al privilegio de ser colocada en los anaqueles de cualquier biblioteca, y ser leída cuando el espíritu quiere esparcirse y transportarse a exóticos lugares en alas de la imaginación.

Nuestros lectores verán que este libro no es una guía material y localizadora, aunque en sentido abstracto pudiera guiar a quienes visiten a esta gran urbe. No es tampoco una monografía cabal y completa de Nueva York. Es algo a manera de album, en que el pintor va colocando al azar, los bocetos de los lugares que más lo impresionaron.

Hojée, pues, el lector este album que intenta reflejar algo de la interesante fisonomía de esta ciudad, con sus vicios y virtudes, sus tesoros y miserias, sus pequeñeces y sus enormidades.

J. L.

NOTA:—Hacemos constar que las fotografías de esta obra han sido tomadas por los conocidos fotógrafos de la prensa, Sres. Brown Bros., 1482 Broadway, con excepción de las que contiene el último capítulo.

ÍNDICE.

LOS PLACERES DE BROADWAY

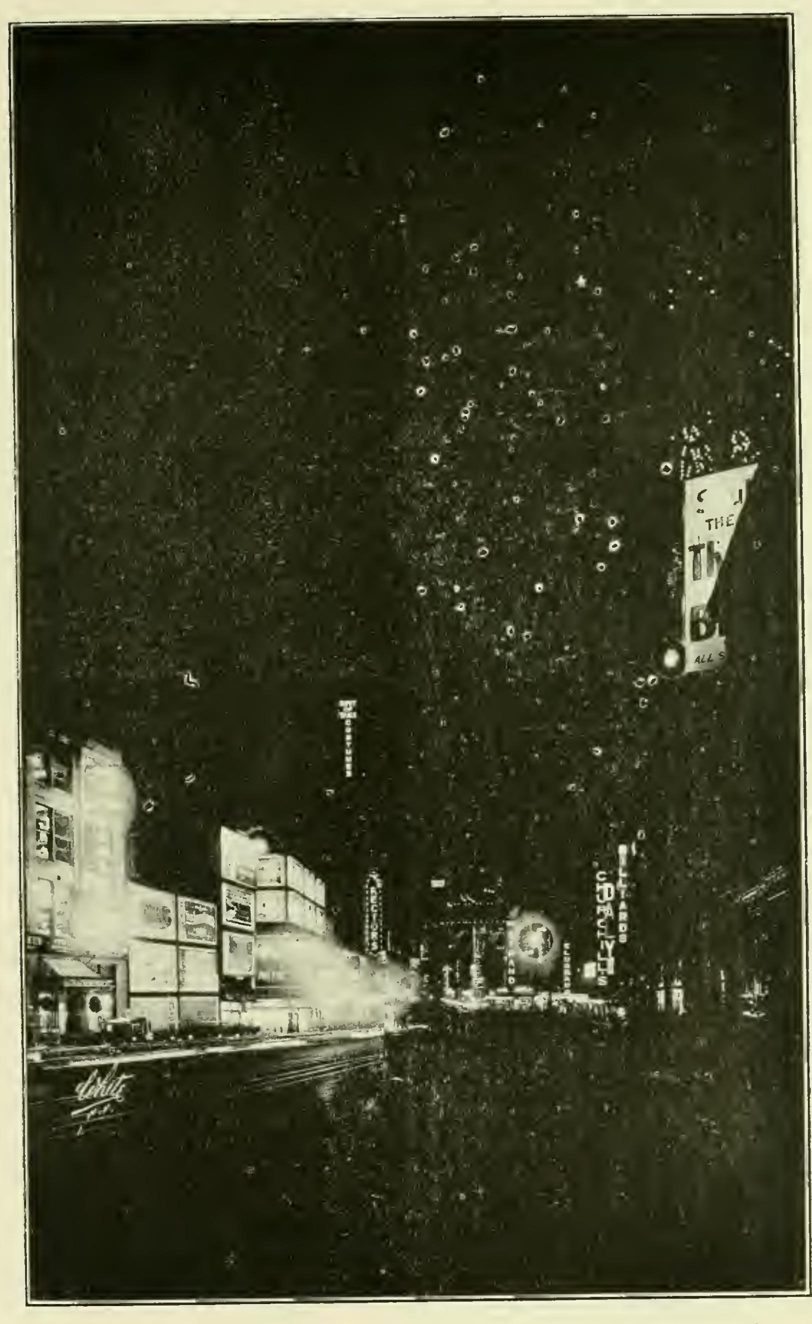
Como la Roma antigua tuvo su pecador barrio de Saburra, como el París moderno tiene su profano Montmartre, así Nueva York posee su Broadway a un tiempo mismo profano y pecador. Todo lo que se relaciona con Broadway es grato al neoyorquino que ve en esta arteria el resumen y el compendio de cuanto en materia de placeres encierra la gran ciudad. La Quinta Avenida es sin duda alguna el vasto muestrario de la vanidad y de la elegancia; pero Broadway es el núcleo de los goces y de los deleites; por lo tanto, los habitantes y aun los transeuntes en uno y otro lugar se diferencian a la simple vista. Por la Quinta Avenida pasan desde el banquero y su consorte en el lujoso automóvil, hasta el inofensivo pisaverde a pie sobre la banqueta. Por Broadway son otros los tipos, son el cómico y la actriz, el sportsman que tan puede ser un dueño de caballerizas como un simple "amarrador" acosado por la policia; la estrella de "movies", la corista o "show girl", el calavera hijo de rico y ante todo y sobre todo la gente de mundo o de bronce que usa la vida durmiendo de día y viviendo de noche; así también sucede que si la Quinta Avenida alcanza su apogeo durante las horas del día, Broadway sólo de noche llega a todo su esplendor tanto por su aspecto iluminado "a giorno", como porque entonces comienza la vorágine de su verdadera vida. Por eso es corriente llamar a Broadway "The Gay White Way," o sea, *La Alegre Vía Luminosa.*

El aspecto del Broadway central o sean todas las calles comprendidas entre *Times Square* y la calle 23, es

positivamente deslumbrante, lleno de brillos y mil fulgores que se escapan de ventanas y aparadores y que arden en los mil letreros y anuncios luminosos, prodigios de electricidad que ornan las puertas, las fachadas y hasta las azoteas de todos los edificios. Ninguna exposición del anuncio eléctrico luminoso podría tener la inmensidad de conjunto que Broadway presenta. Aquello es sólo para visto. Los anuncios tienen a veces el tamaño de una casa. Culminan sobre los *roofs*, en perpétuo movimiento, apagándose y volviéndose a encender para apoderarse mejor de la vista del transeunte. Son fuentes luminosas que cambian de coloración, vasos enormes que se llenan, serpientes de luz que ondulan, estrellas o flores que se abren. Son las más estupendas combinaciones: un gato enorme que juega con el carrete de hilo que anuncia; un águila gigantesca que vuela aleteando y luego cierra las alas inmóvil; un coche que corre; un tapiz oriental que cambia de colores, un pájaro monstruo que abre el pico y arroja las letras de un anuncio. Por todo Broadway se va de sorpresa en sorpresa; aquello parece una ciudad que se quema o un volcán en actividad. Y cuando se abandona esa arteria luminosa por una de las calles transversales, los ojos cansados de tanto brillo, quedan heridos y deslumbrados.........

Pero esas luces son inocentes junto a otras; las que luce Broadway detrás de las paredes de sus casas. Allí están en efecto los teatros, los restaurants, los *cabarets* famosos, importados de París hace años y cuyo auge aquí es estupendo; allí o cerca de allí están Rector's, Churchill's, Maxim's, Shanley's y Palais Royal otros más de menos fama; pero todos animados por el mismo entusiasmo, por el mismo ardor, estremecidos por las mùsicas, las risas de hombres y mujeres y los taponazos del Champagne.

Una cosa algo rara de estos lugares, destinados a las expansiones de la galantería y del buen gusto, es que: no son los jóvenes sino los hombres de edad algo madu-



Broadway con sus luminosos anuncios, prodigios de electrici dad que ornan las puertas, las fachadas y hasta las azoteas

ra, quienes aparecen ahí en evidente mayoría, y ello simplemente se debe a que aquí no están aferrados a las tradiciones religiosas de que la vejez es una expiación, sino que para los norte-americanos, la vejez constituye desquite, según afirmó en una visita que hizo a esta ciudad el notable escritor don Eduardo Zamacois, en la primavera del año pasado. Y aprovechemos copiar un párrafo de un artículo que en aquella fecha escribió sobre el particular este ilustre literato español:

"....Nueva York, aunque la leyenda que conocemos todos, afirma lo contrario, es uno de los pueblos más manirrotos y risueños del orbe. Para convencernos de ello, basta haber vivido aquí un par de meses. Educados, desde pequeños, en toda clase de ejercicios físicos, los americanos, así por hábito como por herencia, son hombres de una resistencia corporal que les permite realizar en pocas horas la labor en que un europeo bien constituído emplearía una semana. Un español, por ejemplo, cena hoy más de lo justo y está enfermo tres días; un americano sale del teatro a media noche, trasiega dos botellas de brandy, se acuesta de madrugada y a la mañana siguiente reaparece en su oficina descansado y jovial como un estudiante.

"Lo que induce al viajero superficial a creer a los americanos refractarios al buen humor son las apariencias; y el error nace de que este pueblo se divierte al revés de como lo hace Europa."

Y ahora prosigamos nosotros a describir un cabaret, como muestra (por si el lector no ha estado en Nueva York), pues conociendo uno se conocen todos con simples diferencias de elegancia y de *chic* que es muy difícil distinguir a quien no los frecuenta asiduamente.

Los cabarets, que generalmente no tienen más anuncio en la fachada que el nombre del propietario, tienen a la entrada un vestuario o *wardrobe*, donde los hombres dejan sombreros y abrigos, pues las mujeres prefieren generalmente lucirlos en la misma sala. En el centro hay un espacio libre de suelo encerado, terso y bruñido, el que tiene a su alrededor pequeñas mesas y el

que está reservado a las parejas que bailan, o a los artistas profesionales que con intervalos salen a bailar o a cantar.

En las mesas se cena o se bebe, platillos raros y condimentados y vinos y licores en proporción. En el fondo está la orquesta que en un momento dado comienza a tocar piezas de marcado compás, que exageran una multitud de instrumentos de ruido, tambores y platillos, cascabeles, campanas, silbatos y hasta el "güiro" de Cuba, ya nacionalizado aquí. La orquesta toca el *one-step*, el *waltz*, el *fox-trot* y los concurrentes se lanzan a bailar como aquí se baila, admirablemente como no se baila quizás en ninguna otra parte, para deleitar los ojos del simple espectador. Las mujeres admirablemente vestidas, muchas de ellas vienen de los teatros de gran lujo, bailan con gran ligereza y con un *chic* irreprochable. Al compás de la música deslizan los pies admirablemente calzados, inclinan las cabezas con aires románticos y le imprimen a sus ricos trajes movimientos seductores. En los bailes de Nueva York siempre las piezas se repiten, cuando la orquesta ha concluído las parejas aplauden y, en un "encore", la pieza vuelve a ejecutarse. Y así pasan las horas desde las once de la noche hasta la una en que lo más selecto de la concurrencia, pasa al salón de arriba, más caro, más exclusivo y donde muchas veces en invierno, sobre todo, el traje de etiqueta se impone.

Eso es un cabaret en Nueva York.... ¿Eso es todo? preguntará el lector. Sí; pero siendo eso todo hay que decir que el mejor mundo, el más elegante o el más rico se reune allí, mezclándose los hombres de prosapia con los caballeros de industria, los millonarios con los simples aventureros, la dama del mundo con la actriz o con la belleza profesional y que esa mezcla hace que los cabarets sean el teatro donde siempre nacen y algunas veces se desenlazan todos los dramas de pasión o de escándalo que conmueven a la sociedad de Nueva York.

Por eso los moralistas predican contra Broadway y



Bailando con entusiasmo en un famoso cabaret.

sus cabarets; por eso los maldice el evangelista Billy Sunday y por eso también tanto drama de los cinematógrafos tiene por tema a Broadway y a sus centros de tentación y de pecado.

LA QUINTA AVENIDA.

Si París tiene sus grandes bulevares y el más *chic* y brillante de ellos entre la Magdalena y la Plaza de la Opera y vecina a ésta la espléndida y riquísima Rue de la Paix, Nueva York tiene su Quinta Avenida y de ella puede estar orgullosa como lo están Londres de su Strand o Petrogrado de su Perspectiva Newsky. La Quinta Avenida es una de las vías urbanas más suntuosas entre todas las famosas metrópolis y es también, según se ha afirmado, la calle que representa más riqueza entre todas las calles del mundo. Lo que encierran entre sus muros marmóreos los edificios públicos y privados, o lo que atesoran las tiendas y almacenes que abundan en la Quinta Avenida es una riqueza incalculable. Muchos de los más bellos palacios de esta ciudad y sus tiendas más elegantes están situadas a lo largo de esta calle. Considérese, pues, la opulenta riqueza que representan, además del exorbitante valor de la propiedad, los palacios de esos magnates y los emporios de esos mercaderes considerados como los más ricos del mundo!

La Quinta Avenida es la calle *chic* por excelencia de Nueva York y es por lo tanto el teatro vastísimo de la elegancia, la hermosura y la riqueza de esta urbe escojen, para mostrar día a día todas sus prestigiosas seducciones.

Al medio día, pero sobre todo hacia las cuatro de la tarde, el aspecto de la Quinta Avenida es brillante y pintoresco sobre toda ponderación, es como justamente ha dicho John Van Dyke, un kaleidoscopio, cuyos colores y arabescos cambian sin cesar. Toda la Ave-

nida, extraordinariamente ancha y perfectamente rectilínea, es el gigantesco cauce de un río de seres y carruajes que corre sin cesar, sin detenerse, con un movimiento que tiene mucho de vertiginoso y que sólo a intervalos hace cesar la diestra imperiosa del policía, erguido con su dominante estatura en medio de los cruceros de las calles. Por ambas aceras va y viene un torrente de seres humanos en donde las mujeres dominan como allá en "down town" están los hombres en absoluta mayoría. Esas mujeres por lo general son bellas, arrogantes y de una gran elegancia en el vestir, ataviadas con sedas, terciopelos, plumas de gran valor y ornadas con fragantes flores y brillantes alhajas. Entre los hombres vense también representantes de la alta sociedad, "dandified" en sus irreprpochables trajes londinenses. Se ha dicho que la Quinta Avenida es una de las calles más cosmopolitas del mundo y en donde pueden verse los más variados tipos de la raza humana. Así es es efecto, desde China hasta el Perú, desde Teherán a Londres, de Africa al Japón, los extranjeros que abundan en Nueva York parecen a veces darse cita sobre las banquetas de la Quinta Avenida. Lucen las mujeres, azules ojos de Irlanda, negras pupilas italianas, cabellos de oro pálido de Germania, rostros morenos de Bucharest o Rumanía. Y no es raro ver en las proximidades de un gran hotel o reclinado en un automóvil a un Mandarín Chino o a un Sadi Persa engalanados con sus brillantes trajes nacionales.

Mientras las banquetas están transitadas por esa humanidad diversa y pintoresca, el centro de la Avenida es a su vez un alud de carruajes de eotda especie, victorias, londós, "broughams," wagones de comercio, automóviles de todas especies, el "cab" de Londres y el moderno autobus se mezclan con carros de express "runabouts" y bicicletas, en aparente pero ordenada confusión, entre el jadear de los motores y el ronco sonido de las sirenas. Y para completar ese "display" suele verse a menudo un "break" o un "mail-coach" con su tiro de cuatro caballos y con cocheros de gran librea; y



La Quinta Avenida, cauce de un río de seres y carruajes que corre sin cesar

el lacayo que a intervalos toca su larga trompeta. Tal es el golpe de vista, el aspecto del tránsito en la Quinta Avenida, de cuya parte meramente material pasamos a dar una idea.

Esta lujosa arteria neoyorquina nace en Washington Square, a través de cuyo arco puede verse y corre hacia el norte por el corazón urbano hasta la calle 59 en donde se prolonga, frente al Parque Central hasta la calle 110. Puede decirse de un modo general que en ese su primer tramo, es la Quinta Avenida el centro del comercio de gran arte y del gran lujo y que, en su segunda parte, es absolutamente residencial y está formada por palacetes y mansiones de próceres. En su parte comercial la Quinta Avenida recuerda a las calles de la Paix y Royale de París, pues la riqueza y el buen gusto de sus aparadores son verdaderamente pasmosos. Las mejores joyerías, los mejores modistos, las agencias de los grandes centros de arte y de ciencia están allí representados por Tiffany, Altman, Gorham, la Porcelana de Copenhaguen, Yamanaka, Edison con su precioso establecimiento de estilo veneciano (frente a la Public Library), casas de flores atestadas de las más preciosas y galerías de pinturas que atesoran las obras más modernas de los artistas en boga.

Entre los almacenes, se levantan los edificios de residencias, templos, clubs y hoteles famosos. No es posible citar los palacios particulares en detalle, sino sólo los más famosos y visibles. Cerca de la plaza Washington se levanta la señorial y arcaica residencia de W. Butler Duncan y cerca de allí la ocupada por la familia Rhinelander; más allá, la Brevort House y la habitada por la familia de James Lenox. En la calle 47 está situada la bella residencia de estilo renacimiento inglés de la hoy Sra. de Finlay J. Shephard (antiguamente Miss Helen M. Gould) y más abajo de la Catedral de San Patricio pueden verse las llamadas "Casas Vanderbilt" habitadas por miembros de esa familia, otros de los cuales poseen la muy hermosa mansión de la esquina de la calle 53 y las suntuosas y ùnicas

en la esquina suroeste de la 54 construídas para las hijas de W. H. Vanderbilt. El palacio de la viuda de Cornelius Vanderbilt (padre) está situado en la esquina de la calle 57 y cerca de allí se eleva también la severa y medioeval mansión de C. P. Huntington y enfrente la de Herman Oelrichs. Es igualmente digna de mencionarse la bellísima residencia del multimillonario John D. Rockefeller, sita en la calle 54 y a unos cuantos pasos de la Quinta Avenida.

Frente al Parque Central, por fin, están edificadas las súntuosas moradas de George Gould, de la víctima del *Titanic*, J. J. Astor (ocupada hoy por su hijo Vicente), Havemeyer, Armour, Andrew Carnegie, Henry C. Frick, Henry Payne Whitney, Gary, y otras de próceres menos notorios.

A lo largo de la Quinta Avenida, levantan también sus torres y sus dombos, los más famosos templos de Nueva York. Así, "St. Patrick," la hermosa Catedral que sobre su basamento de granito levanta su esbelta estructura de mármol esculpido en el estilo gótico del siglo 13, así se hallan ahí también la gran Sinagoga o "Templo Eemanu-el" y la iglesia Presbiteriana, adonde concurren muchos de los multimillonarios neoyorquinos.

Los edidficios de restaurants, hoteles y clubs son también ornato muy principal de la Quinta Avenida. Cuéntase entre los primeros el clásico Waldorf-Astoria, el rico aunque sobrio St. Regis, y cerca del Parque Central el Savoy, el Netherland y el magnífico Plaza que costó 12 millones de dollars y que es una ciudad dentro de Nueva York. Los clubs más famosos sobre la 5a. Avenida son el Knickerbocker, el University en la 54, el Jockey Club en el No. 571, el "Coaching Club," y el Union Club, algunos académicos, otros de sports y otros exclusivamente sociales.

Los restaurants más famosos de esta calle del lujo y del refinamiento son el famoso Delmónico y su rival el Sherry's, ambos de primer orden y dignos de cualquier gran Capital, pues desde Lúculo, el romano, hasta Brillat-Savarin podrían sentarse a sus mesas.



Otra parte de la Quinta Avenida, absolutamente residencial y formada por palacetes y mansiones de próceres.

Tal es la Quinta Avenida neoyorquina, asombrosa y policroma película de la vida moderna, foco de actividad, crisol de elegancias y una de las mayores seducciones con que cuenta esta gran ciudad en medio de un vasto y espléndido panorama.

LA BIBLIOTECA PUBLICA.

En el corazón de Nueva York, en uno de los sitios más céntricos, sobre la 5a. Avenida y entre las calles 40 y 42, levanta la "Public Library" sobre una base de terrazas y escalinatas, de fuentes y prados, la enorme pero armoniosa mole de su estructura marmórea. Bellamente armoniosa, en este país de los "sky-scrapers" en que la estética se subordina a la utilidad, la "Public Library," con el palacio del "Grand Central," con el "Pennsylvania Terminal" y algùn otro, es una de las arquitecturas de que Nueva York puede sentirse orgullosa. De mí sé decir que la prefiero a todas, no sólo por la esplendidez de su belleza material, sino por su liberal nobleza como institución, por su labor altamente educativa, por los tesoros de arte y de sabiduría humana que encierra entre sus muros de blanco mármol.

La primera impresión que causa en el extranjero que la contempla, es soberbia y subyugadora. Tiéndese suave y majestuosa la gran escalinata de su fachada, flanqueada por sendos leones colosales, no exentos de estilo escultórico. Superpónese la gran escalinata y antes de entrar al vestíbulo, alegran la vista las dos fuentes monumentales que lo flanquean. Con sus cornisas, entablamentos y áticos con sus esbeltas columnas y pilastras, el monumento declara francamente su estilo corintio, aunque modernizado y apropiado a las necesidades de una biblioteca moderna en un país de clima y costumbres bien diferentes, por cierto, a los de Grecia.

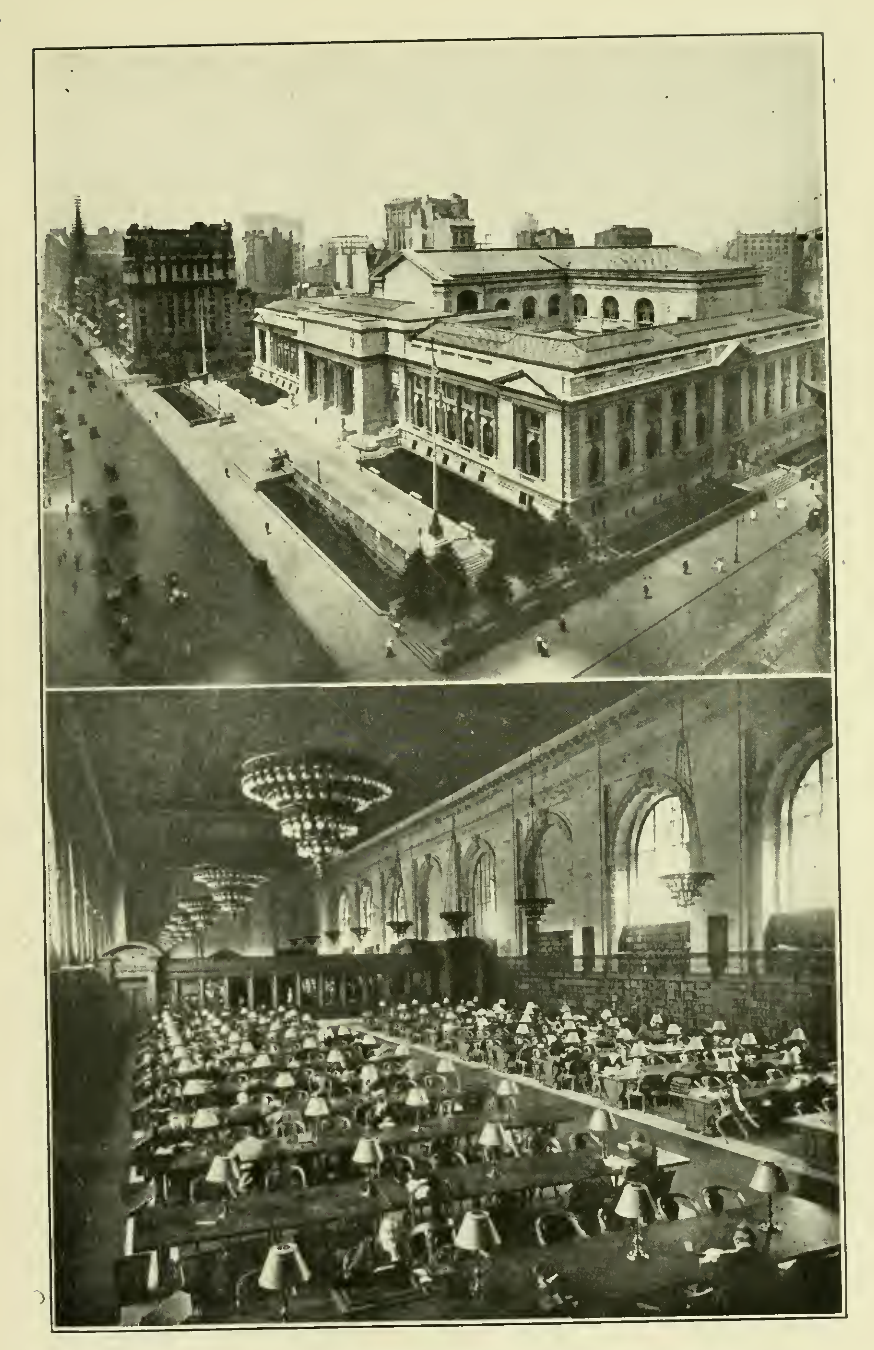
Traspasado el vestíbulo, franqueadas sus puertas de negro hierro ornamentado, llégase al gran "hall" que

desde luego cumple su oficio estético, con una sugestión de majestuoso silencio en el vasto espacio. De allí parte la gran escalera cuyos peldaños llevan reposadamente a los tres pisos superiores pasando por descansos decorados por bustos de la antigüedad clásica. Hay, por supuesto, elevadores de gran capacidad que partiendo de otro lugar suben y bajan al numeroso público que sin cesar entra y sale a la gran biblioteca. En el fondo del gran "hall" se abre un salón vastísimo, cubierto hasta donde la mano alcanza, a lo largo de sus cuatro muros, por armarios, llenos de pequeños cajones, dentro de los cuales y escrupulosamente clasificados por orden alfabético de nombres y autores y títulos de obras, están las tarjetas que localizan los volúmenes y los millares de obras poseídas por la biblioteca. Este salón es, pues, un vasto catálogo y cuál no será la riqueza de esta magna biblioteca, cuando sólo para encerrar los títulos de las obras que posee, se necesita un salón tan grande que en él podía caber cualquier parlamento de la tierra!

Contíguos a este salón-catálogo están los dos grandes, los dos colosales salones de lectura, en donde se alinean las filas de mesas y donde holgadamente pueden caber mil lectores! En este mismo piso, pero sobre el ala derecha, están situadas las salas de lectura de periódico, adonde día por día llegan todos los diarios, semanarios y mensuales de la Unión y los principales del mundo, y la "Circulating Library" o biblioteca circulante, de la cual todo habitante de Nueva York, mediante la recomendación de otro residente, puede tomar hasta cuatro volúmenes, llevarlos a su casa y retenerlos para su lectura durante dos semanas.

En el piso inmediato superior, están situados el salón de lectura para niños, que es casi un Kinder-garden, por sa solicitud con que las señoritas empleadas tratan a los niños que allí concurren, y el salón de lectura para los ciegos donde hay para esos desventurados igual solicitud y gran nùmero de obras con textos en relieve, legibles al tacto.

El segundo piso encierra la pinacoteca de la "Public



Edificio de la Biblioteca Pública, sito en la Quinta Avenida y Calle 42.—Salón principal de lectura.

Library", bello museo pictórico que á lo largo de dos grandes salones ofrece a la admiración de los visitantes pinturas de la antigüedad y bellísimas modernas, entre las cuales impresionan principalmente obras de Reynolds Gainborough, Constable, Corot, Meissonier, Madrazo y muchas de la escuela nacional de más interés histórico que artístico. En este piso existen también galerías de grabados, aguas fuertes, esculturas y se abren al pùblico otros dos grandes salones de lectura y muchos departamentos especiales como los de Ingeniería, Medicina, Música y Artes Gráficas, cada uno dotado de las mejores obras que el ingenio humano ha producido en esas diferentes especializaciones.

Por fin, en el último piso ábrense los salones de Historia, Jurisprudencia, Documentos Públicos y Literaturas Orientales. Conviene decir que cada uno de tales departamentos está a cargo de un empleado docto en el ramo especial, erudito verdadero que afable y cortés, pone su saber al servicio del visitante que lo consulta.

El trato que los empleados, señoritas y hombres dan al pùblico es de lo más agradable y servicial. Todo, en esta hermosa biblioteca, concurre eficazmente al objeto de facilitar a quien quiera instruirse medios más gratos y eficaces para llevarlo a cabo.

La "Public Library" es, pues, no sólo un suntuoso edificio por los mármoles que lo ornan desde el piso hasta la cùspide, por sus muebles finísimos y sus magníficas obras de arte sino que es también una noble y generosa institución maravillosamente organizada.

Nueva York que tiene magníficas catedrales católicas, riquísimos templos protestantes, suntuosas sinagogas hebreas y aun santuarios budistas y mezquitas árabes, Nueva York que tiene mil templos, no tiene quizás ninguno más suntuoso, más hospitalario y más abierto a todos los espíritus que su "Public Library," insigne templo del saber, catedral magnífica del genio humano y orgulloso monumento que proclama la cultura de esta gran ciudad, con mayor extensión que el colosal Puente de

Brooklyn, con más sonoridad que el fragor de sus ferrocarriles elevados, a mayor altura que la Estatua de la Libertad que se levanta en medio de su anchurosa bahía.

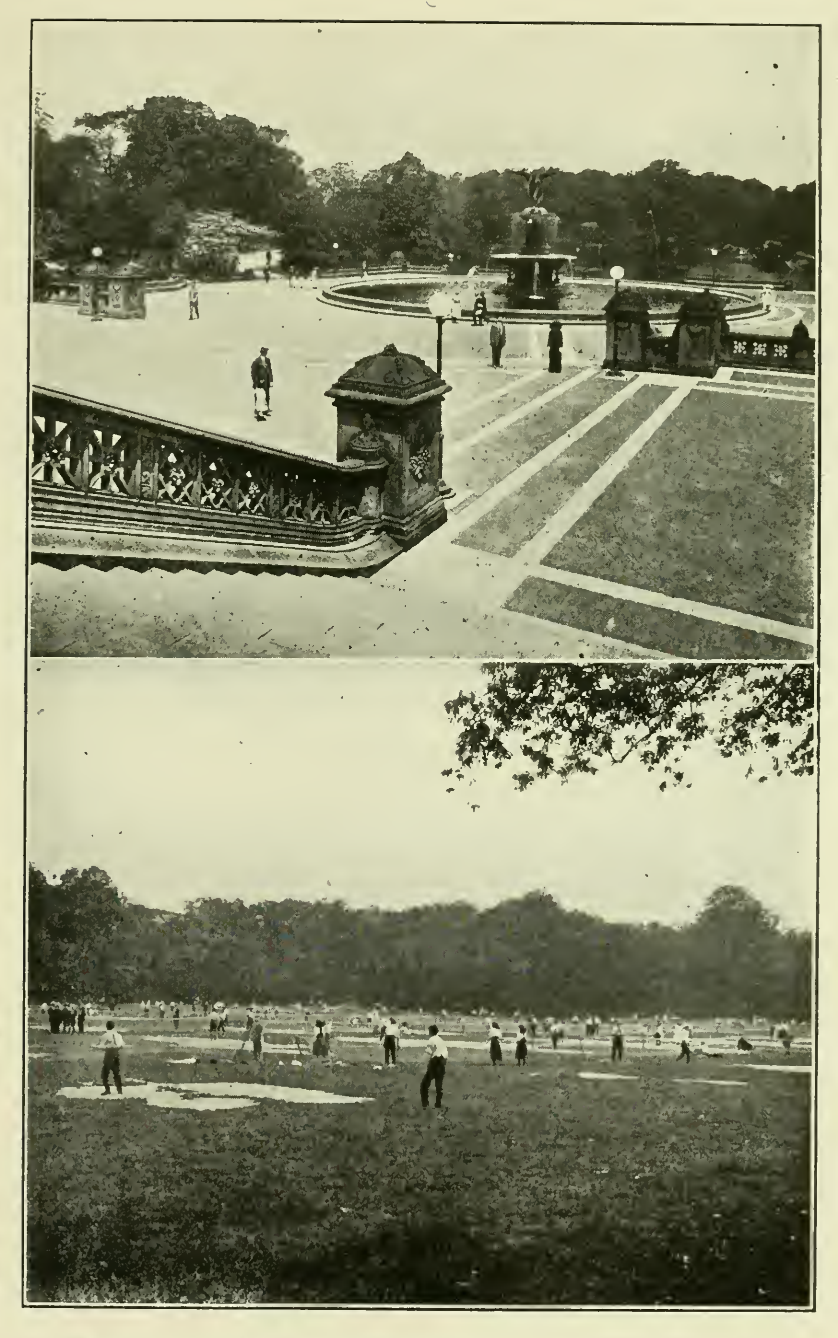
EL PARQUE CENTRAL.

El Parque Central no es sólo una de las maravillas de Nueva York, sino que posiblemente puede conceptuarse como una de las bellezas mundiales. Con 843 acres de superficie corriendo en el centro de la ciudad a lo largo de cincuenta calles, con media milla de anchura, el Parque Central encierra en su vasto y pintoresco recinto, bosques umbrosos, praderas de esmeralda, arroyos y lagos, cascadas y estanques, macizos de flores y ricos invernáculos; colecciones zoológicas y botánicas, terrazas, fuentes, estatuas, campos de "sport"; en fin, un verdadero emporio que brinda al tráfago incesante de la ciudad exquisitos lugares de recreo y descanso.

El "Central Park" no tiene quizá el aliño aristocrático del Hyde Park londinense, ni la suntuosidad artística de los parques parisienses, Luxemburgo o Monceau, ni el ambiente romántico de los jardines italianos, ni la grandeza selvática del milenario Chapultepec; pero atesora sin embargo, grandes bellezas naturales y artificiales. En el medio millón de árboles plantados en el Central Park, puede decirse que está representada gran parte de la riqueza forestal de los Estados Unidos y una buena cantidad de especies exóticas traídas a gran costo de las regiones más remotas del planeta. El gran invernadero de anchurosas naves que semeja una iglesia de cristales, encierra además una vasta colección de arbustos raros, de flores del trópico y de valiosas orquídeas. En las mañanas invernales una visita al gran invernáculo es algo delicioso, pues mientras afuera cae la nieve, adentro en una atmósfero perfumada y tibia, de jardín mexicano, abren las raras flores sus cálices matizados y opulentos.

El agua, que es tan gran elemento decorativo en el paisaje, es otro de los encantos del Central Park. De lugares rocallosos y umbríos, surgen veneros que se despeñan en cascadas y corren en arroyos murmuradores bajo puentes rùsticos o monumentales y van luego a engolfarse en lagos agrestes (como el que está a la altura de la calle 100 por el lado Oeste) o vastos y surcados de bajeles como el de la esquina 110 y 5a. Avenida. Este lago por cuyas aguas navegan en verano los aficionados al remo, se convierte en invierno (al congelarse sus aguas) en espléndido campo de patinar, donde como en el Bosque de Bologne de París, lucen bellísimas mujeres su rauda agilidad, sus costosas pieles y sus rostros sonrosados por el aire invernal. Estas mismas bellezas que han hecho famoso a Nueva York, acuden en verano a los campos de *sport* del Central Park, en cuyos "lawns" de verde grama juegan el clásico "tennis" acompañadas de sus caballeros. Y vestidas de blanco sobre las praderas de esmeralda con los rubios cabellos acariciados por la brisa, con impetuosos ademanes y ágiles posturas evocan visiones de la vida griega que, como esta nación, amó tanto la cultura física, más eficaz para producir bellezas que todos los artes mentirosos y los vanos artificios de la moda contemporánea. En los campos de sport del Parque, los mozos juegan el nacional "base-ball" y en ocasiones "foot-ball". Allí también se advierten reminiscencias de la palestra atlética que Píndaro cantó.

Una de las grandes bellezas del Parque Central es sin duda alguna su existencia de calzadas para peatones, para jinetes y para autos y otros carruajes. Casi todas son anchurosas, macadamizadas a maravilla y gratamente sombreadas por tupidas frondas arbóreas. Por ellas circula la vida humana que tanto anima al bello parque. Los últimos modelos de automóviles de ciudad o turismo corren por allí luciendo sus carrocerías y arrojando a intervalos el ronco alarido de sus *klaxon-horns*. Los carruajes de tiro que por esas calzadas desfilan son también notables por el buen gusto de sus "attelages," en-



Plazoleta principal del Parque.—Jugando el clásico "lawn-tennis" en uno de los campos de verde grama.

tre los cuales se ven magníficos troncos "pur-sang" esmeradamente empelados. Pero lo que mayor admiración despierta en el observador, son sin duda las gallardas y bellas amazonas que montando a horcajadas o a la moda antigua, pasan por allí al trote de magníficos caballos de pura raza y luciendo irreprochables trajes de montar.

Por la calzada para peatones, discurre la multitud burguesa de este gran pueblo democrático, los que no van al Parque para lucir vanidades, sino para respirar el aire purísimo y esparcir el ánimo en la admiración de la naturaleza que también sabe embalsamar los espíritus angustiados en la incesante lucha por la vida. Estos son quizás quienes mejor gozan y más plenamente sienten el encanto que los rodea. Con la ingenuidad de las almas sencillas que es una característica paradójica en esta ciudad ultracivilizada, veis a estos paseantes absortos ante las jaulas del jardín zoológico, frente al oso polar que siente la nostalgia de sus témpanos en el verano tórrido, o frente a la leona rodeada de sus cachorros encantada en estas siestas de Agosto que le hacen resentir la atmósfera de fuego del Africa nativa. Para esos concurrentes al Parque es también un pasatiempo favorito el echar de comer a las ardillas que en libertad pero absolutamente domesticadas, surgen por doquiera, y a los gorriones que caen en bandadas sobre un pedazo de pan.

Las parejas de enamorados son asimismo una de las decoraciones familiares del Parque Central. Las veis al voltear un camino, al fijaros en un rincón sombroso, con las manos enlazadas, los ojos en los ojos, y tan ensimismadas en su amor que ni siquiera os miran pasar. Se recuerdan los sugestivos versos del poeta mexicano José Juan Tablada:

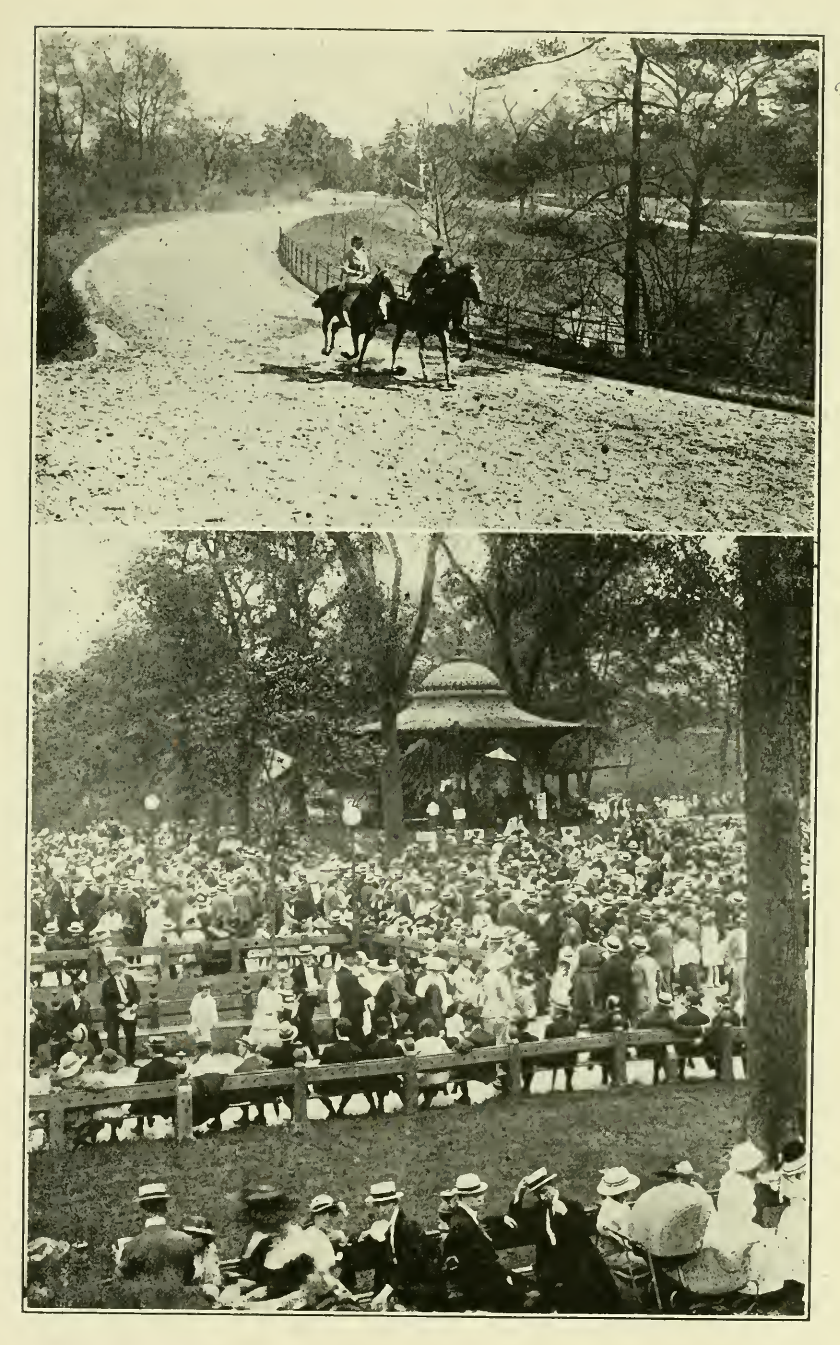
Al borde de la eglógica calzada,
Bajo la fronda verde y palpitante
Eramos la pareja enamorada
Que mira con envidia el caminante!"

En las noches de verano ardiente, cuando ni un soplo

de brisa atempera el calor sofocante, los habitantes de Manhattan que no tiene el recurso de ir a refugiarse huyendo del calor en alguna de las playas vecinas, emprenden hacia el Parque Central un verdadero éxodo y allí duermen sobre colchones de trébol, bajo pabellones de hojas, oyendo el rumor de los arroyos que corren, de la cascada que se precipita y a veces el canto de "robin" que confundiendo a la luna con un foco eléctrico entre la enramada, le entona una serenata de ruiseñor....

El Parque Central tiene en su recinto grandes arquitecturas, como las terrazas del gran estanque, suntuosos pabellones, "chalets," kioskos rùsticos, un gran tunel que lo corta por la mitad para facilitar el tráfico, puentes, viaductos y gran nùmero de monumentos y estatuas de gran valor entre las que descuellan esculturas de Thorwaldsen Barye, Frennier, Ottis, Bartholdi y el obelisco de granito de Nubia traído de un propíleo del viejo Egipto.

Suntuoso y bello como es el Parque Central en el corazón de la gran ciudad, es no sólo un espléndido teatro de lujo para la mundana "Vanity Fair", sino también un buen retiro para el que sueña y piensa y un oasis florido en medio de la ciudad rendida por el trabajo incesante!



Gallardas y bellas amazonas montando a horcajadas en el Parque Central.—Oyendo música en un kiosko durante el Verano, al estilo de los países tropicales.

EL BRONX PARK O PARQUE ZOOLOGICO.

Por su belleza natural, por sus vastísimas proporciones, y por la atrayente eficacia de sus enseñanzas científicas, es el Parque Zoológico del Bronx uno de los establecimientos públicos de Nueva York, digno de parangonarse con la Biblioteca Pública y los Museos Metropolitano y de Historia Natural.

En el centro geográfico del barrio Bronx ocupa el Parque una extensión superficial de 264 acres, en la cual hay arroyos, lagos, cascadas, montes, praderas y el bosque más bello que puede verse en 50 millas a la redonda de la gran ciudad.

Diseminados en tan vasta superficie, se encuentran los establos, cavernas, jaulas inmensas y corrales, donde están reunidos e instalados los innumerables ejemplares de animales vivos que forman la mayor riqueza y el principal atractivo del Parque Zoológico. De tal riqueza se formara una idea el lector después de ver la enumeración sucesiva que haremos de los diferentes grupos. Principiemos por los "ungulados," entre los que se encuentran los más corpulentos y raros animales y de los que posee el Bronx Park 5 elefantes, 4 hipopótamos, 2 rinocerontes y 3 tapires alojados en la gran "Casa de los Elefantes," situada cerca de una de las entradas del Parque. En la pradera de los búfalos y bisontes hay un verdadero rebaño que cuenta con 38 ejemplares y en el corral de los venados hay 164 de estos graciosos animales. No deben olvidarse en este mismo grupo de "ungulados" (o sea animales con pezuña), las 6 zebras, los 10 camellos y las dos hermosas girafas africanas que el Parque posee.

Tras de este grupo hay que mencionar el que llamaríamos de fieras o bestias salvajes, instaladas en la hermosa "Casa de Leones", cuyo costo alcanzó la suma de 150,000 dollars y que cuenta con 13 jaulas interiores y 9 exteriores con temperaturas y ventilación adecuadas a las diversas estaciones.

Esta sección contiene hermosos ejemplares del león africano, de los tigres de Siberia y Bengala, de jaguares y ocelotes mexicanos, leopardos amarillos y negros, pumas y panteras.

Vecino a esta estructura está el estanque de las morsas y grandes focas que a pesar de su pesado aspecto atraen y divierten al publico con su constante nadar y zambullirse, y no lejos de allí, se alza el pabellón de los monos, que es otro de los lugares más visitados por el público. Allí pueden verse los enormes simios antropoides o de forma humana, como el orangután, chimpancé y Gibbon gris, los feroces "babuinos" y mandriles; los cómicos japoneses y ermitaños; los monos del nuevo continente caracterizados por su gran cola prénsil, entre los cuales está el tití centro-americano, del tamaño de una ardilla, y por fin, los lémures que son algo así como un intermedio entre el mono, el tejón y el gato. En este pabellón los niños y las personas grandes encuentran particular solaz y diversión, gracias al contínuo aspecto cómico y a los grotescos ademanes de esas bestias que tanto se parecen al hombre y que son, según Darwin, nada menos que nuestros progenitores.

Las cavernas de los lobos y de las zorras encierran varios curiosos ejemplares, entre ellos uno cuyo pelo cambia de color, siendo blanco en las regiones boreales y negro cuando habita en el Sur.

El coyote mexicano o lobo de las praderas, es también un habitante de este departamento y parece ser un intermediario entre el lobo y las zorras que allí pueden también verse.

Otros estanques situados en las cercanías, están destinados a ejemplares acuáticos como la nutria que perseguida por el excesivo valor de su piel ha llegado a



Casa de los elefantes, hipopótamos y rinocerontes,

extinguirse casi, y el castor, reputado como el animal más industrioso por la hábil e inteligente construcción de las casas que habita en el centro de los lagos.

En otra pequeña casa de fieras pueden verse algunas especies de linces, leopardillos, el tejón-perro del Japón, puerco-espines, osos hormigueros, armadillos y el extraño "perezoso" que pasa las horas colgado de las patas y dormido.

Otro de los lugares más visitados del Parque es el departamento donde los osos tienen sus cavernas y donde pueden estudiarse las más notables variedades de estos mamíferos, desde el oso blanco del Polo hasta los habitantes del Himalaya, China y el Japón.

Los aviarios o jaulas para pájaros son otra de las grandes atracciones de esta importantísima colección zoológica y entre ellos los más notables son el estanque de los cisnes y gansos de todas las variedades; la gigantesca jaula de los pájaros voladores que mide 152 pies de largo por 55 de alto y 75 de ancho y donde revolotean todas las maravillas de la ornitología, en forma, canto y plumaje; la jaula y estanque de las aves acuáticas, y por fin, las jaulas de las soberbias águilas y condores y la de los buhos, lechuzas y otras aves nocturnas.

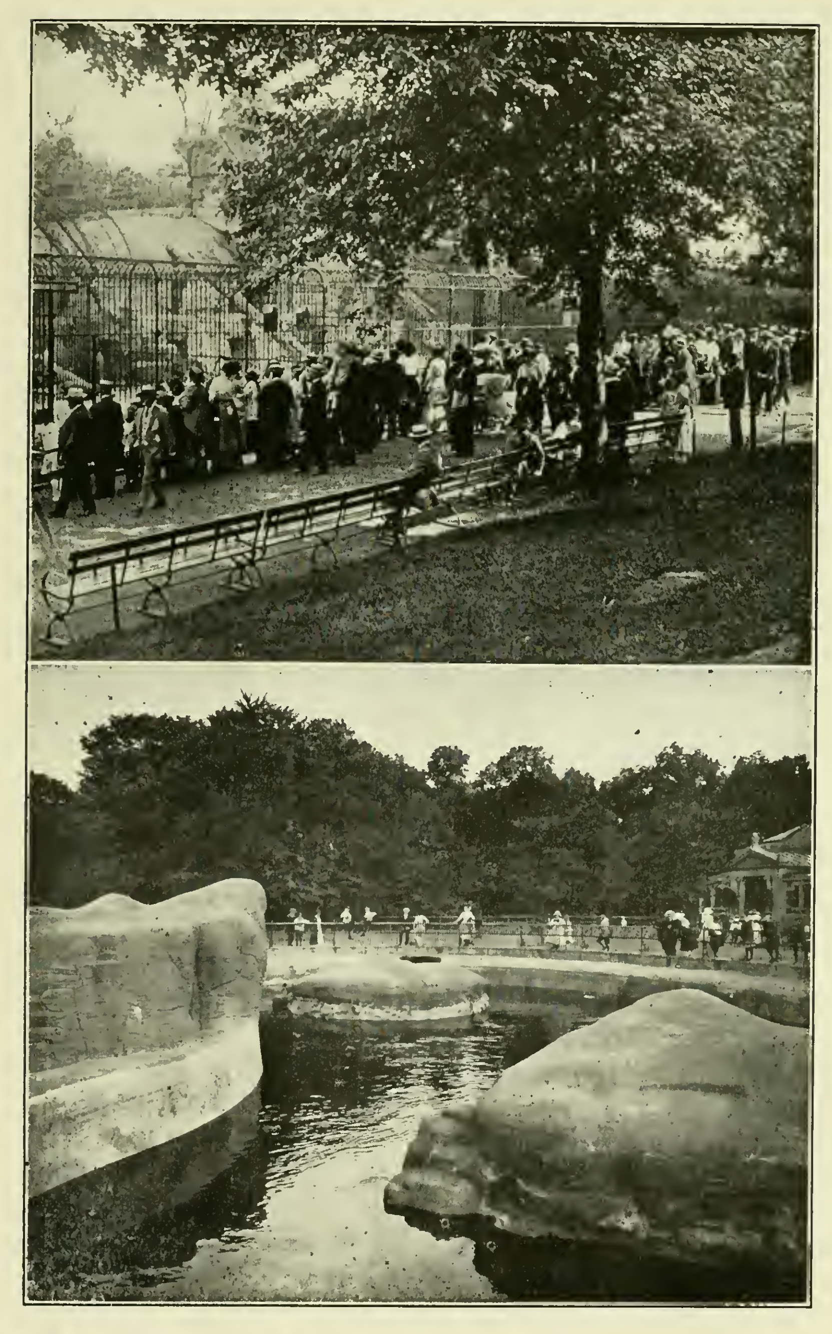
Las praderas de las avestruces y de las garzas atrae particularmente la atención de los visitantes; aquélla con sus magníficos ejemplares de avestruces africanos y americanos, y la segunda, con una hermosa variedad de las zancudas más estimadas por su plumaje.

Por fin y para terminar esta enumeración de las riquezas del Parque zoológico, diremos que existe aun una casa de reptiles y quelonios y una gran colección de insectos arreglada de manera que el observador pueda estudiar su vida y costumbres.

Otros atractivos y otras curiosidades encierra aun el Bronx Park, como el precioso lago abierto al público para remar y navegar, los camellos y los elefantes que pasean sobre sus lomos a niños y señoras, el restaurant perfectamente servido y, entre las curiosidades, la enor-

me "Rocking Stone," o piedra movediza, que pesa 30 toneladas y se balancea bajo una presión de 50 libras.

Tal es el Parque Zoológico del Bronx, digno rival de los establecimientos semejantes de Londres, París y Hamburgo. Con razón apenas luce el sol y cesa un tanto el frío invernal, gran parte de la población neoyorquina llena el Subway y los Elevados y corre allá a distraer su ánimo y a sanear sus pulmones en medio de los bosques y junto a los lagos de aquel emporio de bellezas naturales!



Jaula mayor para pájaros de toda especie.—Estanque para peces anfíbios.

EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL.

Impresionando más por su material belleza que por su excelencia arquitectónica, el Museo Americano de Historia Natural se levanta en medio del Parque de la Plaza de Manhattan en la Avenida Columbus y esa hermosa arteria urbana llamada Central Park West. Cruzad el aliñado jardín frente a la fachada principal, traspasad la severa puerta de entrada y os encontrareis en el "Memorial Hall" frente a la marmórea estatua de Morris K. Jesup, fundador y benefactor de la institución, y veréis en los nichos de las paredes los bustos de los "pioneers" de la Ciencia Americana desde Franklin hasta Agassiz. En el mismo vestíbulo puede verse una colección de 12 aerolitos entre los cuales hay uno gigantesco que pesa la friolera de 36 toneladas. Inmediatamente en este "hall" está un corredor dedicado a las exploraciones polares donde pueden verse dos trineos que llegaron uno al polo ártico con la expedición de Peary y el otro al Polo antártico con Amudsen. Abren enseguida la hermosa colección forestal "Jesup" con todos los árboles, flores y frutos de la flora septentrional de México y entre los que existen desde las maderas más raras y preciosas hasta las de más ínfimo valor, pero de aplicación más frecuente. Aquí puede admirarse la sección de un árbol gigante que cuenta más de 500 años de vida y cerca de seis metros de diámetro. Al fondo de este salón está el Hall de Darwin, dedicado a demostrar objetivamente algunas de las teorías biológicas del sabio ilustre y a presentar magnificada la anatomía y fisiología de los animales invertebrados. Así puede

verse un mosquito de cristal del tamaño de un gato que deja ver todos los detalles de su complicada y maléfica organización. Los grupos ilustrados, los misterios de la vida submarina y el llamado de la "competencia vital" son exactos e impresionantes.

En el pabellón central del piso bajo dedicado a la etnología de los indios esquimales, se ve la interesante civilización de esas tribus, los productos de su industria desde los tejidos de lana, llenos de curiosos emblemas, hasta los gigantescos ídolos-pilares o Totempoles, llenos de esculturas y violentos colores, rostros gesticulantes y cuerpos monstruos.

La Gran Canoa de Guerra de los indios Haida con sus tripulantes disfrazados como para una mascarada y la aldea de los indios Kuakinte, son los grandes atractivos de esta sala.

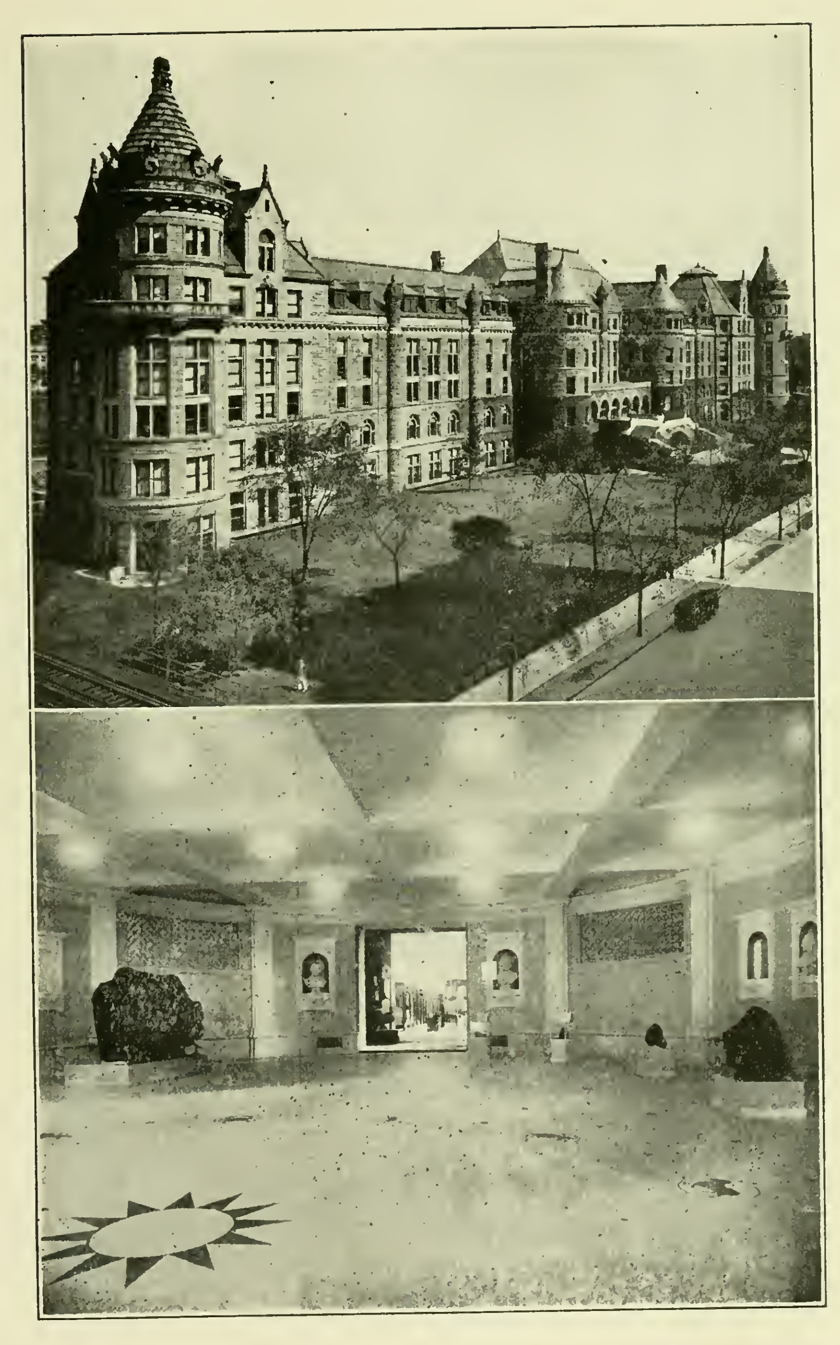
Los salones que corresponden a los ya descritos en el ala sudoeste presentan con exactitud meticulosa y profusión de ejemplos la vida, costumbres, ardides de caza y pesca, etc., de las montañas "Iroquios," las de los indios de las praderas y los de otras tribus como los *Pueblos, Apaches* y *Navajos.* Todo admirable por su riqueza y el sistema impecable de su clasificación.

Ahora, subamos al segundo piso en el cual la vida zoológica ocupa el lugar de la de los seres humanos inferiores.

El corredor del Este exhibe una gran colección de cráneos y esqueletos de "Caribús" y bisontes, y en el pabellón adjunto se ven los mamíferos de Norte América, el "elk" que es un venado enorme, "moose" o rengífero gigante, los bisontes casi extinguidos, el buey almizclado, los osos polares y los robustos jabalíes. Estos ejemplares aislados en grupos son obras maestras por lo bien disecados que parecen animados aun por el impulso vital.

En el pabellón del Sur un esqueleto de ballena, el elefante "Tip" y un grupo de salamandras y de enormes sapos, son lo que más llama la atención.

El salón central exhibe la más matizada y espléndida



Museo de Historia Natural y su basamento, que es a la vez, su entrada principal.

colección de aves que puede imaginarse. Las plumas brillan como el iris y las piedras preciosas y sólo falta la música de trinos y gorgeos.

En un corredor de este mismo piso se puede admirar objetivamente y en todos sus estados, la evolución de los peces y en el ala sudoeste la famosa exposición arqueológica de México y América Central, la valiosa colección del Duque de Loubat, las estelas mortuorias del Usumacinta, los códices nobilísimos y los tesoros de joyas de oro y de jade. ¡Oh espléndido pasado de la tierra de los Moctezumas, hoy enlutada y aun sangrienta!

Por fin, el salón de etnología y de mamíferos de Africa completa los tesoros de este piso y presenta ejemplares del arte negro y grupos de zebras, antílopes y elefantes.

El tercer piso es educativo en alto grado y presenta la vida de los insectos benéficos, como la abeja y destructores como el gorgojo, los medios de favorecer el desarrollo de unos y de acabar con la vida de los otros. Otra sala exhibe grupos interesantísimos de monos, orangutanes, gorilas y chimpancés, y en el corredor del Este hay una instructiva colección de microbios y colonias de bacterias que, en la eterna lucha vital, son a veces beneficiosos y a veces fatales para la vida del hombre.

La colección etnológica de los pueblos asiáticos, la antropológica de Sud América y la de conchología con más de quince mil especies, se exhiben también en este tercer piso.

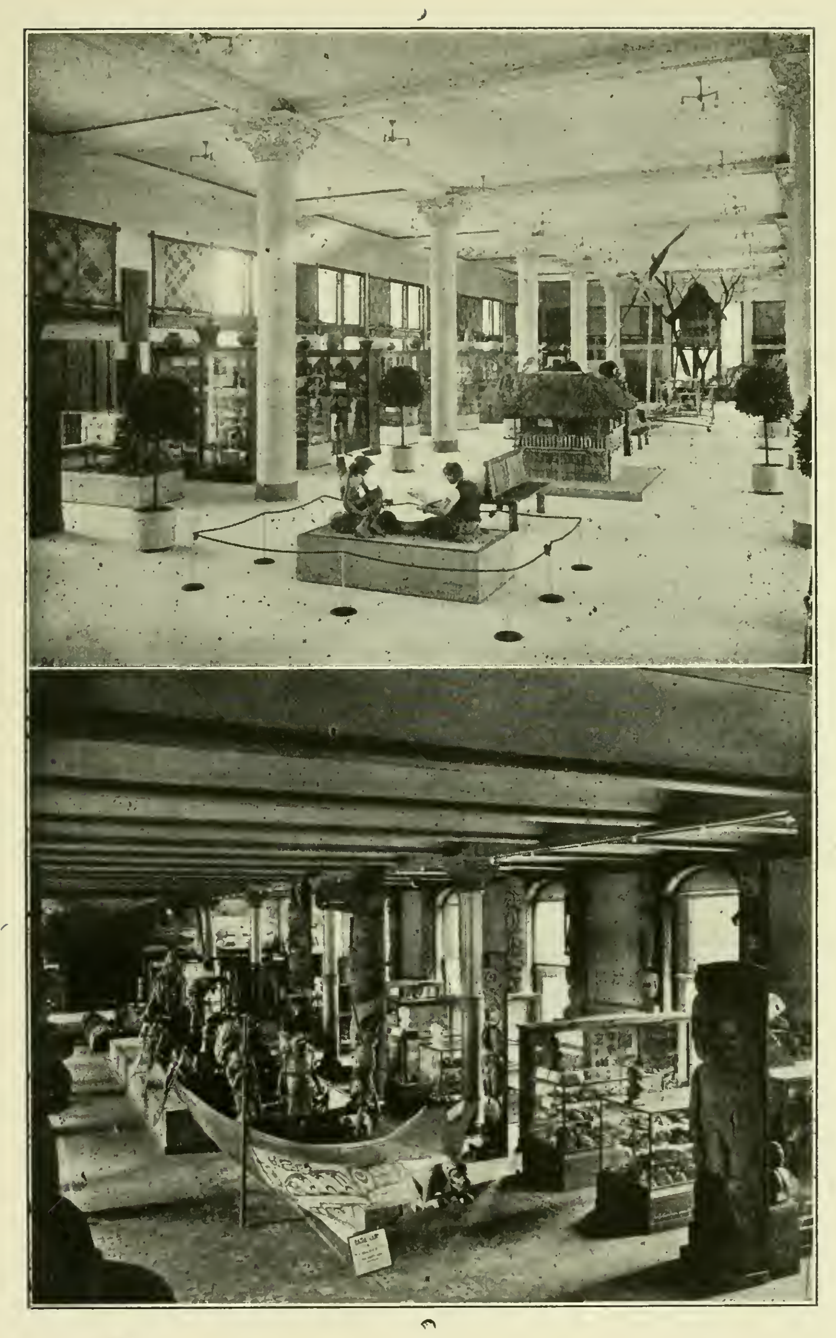
Pasando al piso superior, la admiración sobrecoge al visitante cuando se encuentra frente a los fósiles antidiluvianos brontosauros y megaterios, gigantescos pájaros con dientes y monstruos que parecen a un tiempo elefantes, cocodrilos o murciélagos. Hay también en este piso una admirable colección de volcanología y esto y los fósiles gigantescos, llevan la imaginación a las fabulosas edades en que nuestro planeta lleno de agua y de sombras comenzaba a abrirse como un teatro trágico a la vida orgánica y animal.

Por ultimo, vienen las salas de minerales y el maravilloso salón de los gemas, un tesoro de Aladino, una ri-

queza de monarca indu, coruscante y ardiente a la luz solar! Después de los monstruos antidiluvianos y horribles, esta sala reposa el espíritu y los fulgores irisados hacen olvidar las visiones espeluznantes.

En el quinto piso está la gran biblioteca de la institución, donde aquél que desea estudiar encuentra toda la teoría de lo que admiró en los salones de exhibición.

Al salir, en el piso bajo, una última mirada a los bustos de los hombres de ciencias. Todos, desde Audubon hasta Franklin, tienen rostros nobles y sonrientes. Parece que al ver la caravana de visitantes que sin cesar entran y salen, los sabios sonríen satisfechos y complacidos de cuán eficazmente la patria americana sabe difundir la ciencia que ellos cultivaron y de cuán solícitamente los ciudadanos de este país van a abrevarse en esa pura fuente de ilustración y de cultura.



Sala del piso dedicado a la etnología de los indios esquimales y a la industria de esas tribus.—La Gran Canoa de Guerra de los Indios Haida, con los tripulantes disfrazados como para una marcarada.

EL MUSEO METROPOLITANO DE ARTE.

I.

Antigüedades.

Situado sobre la Quinta Avenida, a la altura de las calles 83 a 86, levanta su simple y bella arquitectura entre las praderas del Central Park, es sin duda este magnífico Museo uno de los grandes templos de cultura que Nueva York posee. Nos dejaremos de preámbulos para entrar en materia, pues el propósito de dar siquiera una ligera idea de los tesoros que el Museo encierra, es empresa que sobrepasa las proporciones de una crónica.

Principiaremos, pues. Traspasando el vestíbulo, un gran salón luminoso y vasto, se abre ante los ojos del visitante. A mano izquierda hay un hermoso grupo de esculturas del período greco-romano y a la derecha tres soberbios mausuleos egipcios. Son estos monumentos como la introducción a los suntuosos tesoros que del milenario país posee el Museo y que se extienden en diez salones en la parte baja que rodea el "hall" central. Las cajas de mármol y alabastro, los ataúdes policromos, ocupan uno de los corredores laterales y luego se abre una sala con los vestigios más primitivos de la civilización egipcia. Hállanse allí barros, alabastros, fotografías de sepulcros y momias en la posición contraída de las primeras sepulturas. El salón inmediato ostenta primores de relieves murales, estelas funerarias y mesas de ofrendas y el que sigue, casi por completo dedicado a la pirámide de un antiguo rey, luce también una vasta colección de momias, ataúdes, modelos fune-

rarios de sirvientes que se inhumaban en las tumbas de los amos; vasos para contener las entrañas después del embalsamamiento y una vasta exposición de joyas, sellos, amuletos y accesorios rituales de todas las materias, desde el barro y la mayólica hasta el coral, la turquesa y el oro.

Todavía pueden verse otros salones que lucen vestigios de la portentosa arquitectura de Egipto, frisos enteros, enormes capiteles en forma de loto o de palmera, un cuarto de ofrendas arrancado de un sepulcro y vuelto a construir aquí, estatuas sedentes de dioses y faraones y momias; más momias, embalsamadas maravillosamente y comprendiendo todos los períodos de la historia egipcia, desde los limbos etiopes hasta los tiempos alejandrinos. El estudiante puede adquirir aquí tesoros de ciencia por grande que sea su sed de verdad.

Enseguida de los salones egipcios puede admirarse el dedicado a la Grecia primitiva que luce frescos de gran armonía y raro dibujo. Las vitrinas centrales encierran vasos en mármol y metal, máscaras de reyes, extrañas porcelanas y todos los tesoros que encontró el sabio Schliemann en Creta, en Micenas y en otros puntos de la Grecia antigua, tan antigua que apenas si Tucídides habla de ella.

Contiguo a este pequeño salón sigue otro espacioso que guarda un tesoro de armería japonesa, cascos, corazas, armaduras, espadas de temple finísimo, banderas, máscaras y abanicos de guerra, todo el arsenal de los heróicos capitanes y paladines del Imperio del Sol Naciente.

La espléndida colección de armas y armaduras de todo el mundo sigue en salones contíguos. Es un *display* deslumbrante, una ostentación suntuosa. Arneses de guerra damasquinados por artistas principescos y por regios forjadores; espadas que blandió la diestra de los antíguos guerreros, todo está allí, y sobre ellos colgados de los altos, flotan los pendones e insignias que los llevaron al combate en los días gloriosos de la remota Edad Media.



Museo Metropolitano de Bellas Artes, sito en la Quinta Avenida y Calle 86

En el "hall" central del piso bajo, armados de punta en blanco, cabalgando sus caballos de guerra, también armados, hay ocho estatuas ecuestres de orgullosos guerreros y en los corredores que flanquean este salón, están exhibidos una multitud de espadas, escudos, puñales, cascos, y en una palabra, cuanto creó en las edades antíguas el martillo de los maestros herreros. Hay hasta una fragua contenida dentro de una pequeña casa gótica, con todos los enseres y adminículos para el noble arte del metal.

Pero para dar una idea de los tesoros y maravillas que este Museo encierra, enumeraremos al paso de nuestro estudio, las principales de sus colecciones de arte aplicado.

Colección de Grecia primitiva (Chipre), estatuas y otros objetos descubiertos por el profesor Cesnola.

Colección de medallas griegas y sus troqueles. Vidrios antíguos; colección de cucharas formada por la Sra. Avery.

Colección de relojes antíguos y plata inglesa. Colección de instrumentos musicales de todas las naciones, y por fin, la regia y única colección de porcelana china integrada por el multimillonario Morgan.

Esta última colección es un curso esplendoroso y objetivo de ese prodigio de la industria humana que se llama la "cerámica china," desde los más humildes tiestos encontrados en los sepulcros bárbaros del Imperio Central hasta los más ricos y preciosos vasos hechos para decorar los palacios de los reyes y de esos monarcas modernos que son los magnates del dinero.

Tal es a grandes rasgos y en su parte consagrada a las Artes Industriales, el magnífico Museo Metropolitano. Puede decirse que su poder educativo es tan grande, como su riqueza material. No hay libro por bien escrito y editado que pueda ser capaz de superar a este Museo en poder didáctico y en eficaz propaganda de lo que han hecho por alcanzar su bienestar o afirmar sus ideas, los pueblos de la tierra en su penosa ascensión, llena a la vez de triunfo, hacia la meta del progreso.

Este Museo es un compendio admirable de la inteligencia humana y de su fuerza creadora al través de las edades, y esta idea que aquí apuntamos, quedará robustecida en nuestros capítulos siguientes que serán una revista de las esculturas y pinturas que el Museo Metropolitano atesora.

II.

Las esculturas.

La sección escultórica y arquitectónica del Museo Metropolitano es sumamente vasta y comprende una numerosa serie de salones, donde se exhiben desde los mármoles y los alabastros de los pueblos más arcaicos hasta los productos modernísimos de genios como Rodin. El salón consagrado a este insigne artista es el primero de la gran serie. El Miguel Angel francés está representado por más de cincuenta obras originales, entre las que descuellan los bronces de Adán y Eva, "El Mártir," trágica figura también de bronce y los preciosos mármoles, "El Amor y Psiché," la "Mano de Dios," y "Pigmalion y Galatea." En un vestíbulo vecino de este primer salón, detiene al visitante la colosal figura del "Penseur" en yeso y una bellísima reproducción del mismo a escala reducida. Frente a estas excelsas obras de Rodin se levanta el gigantesco y atrevido grupo en mármol que su autor Grey Barnard tituló: "Lucha entre las dos naturalezas del hombre."

Y luego siguen las grandiosas salas de escultura, en las que, lo primero que debe estudiarse es la profusa Colección Marquand, integrada por reproducciones en yeso de las más famosas obras maestras de la escultura universal. Allí se ven desde las obras de la Grecia primitiva que ya irradian un albor del gran sol helénico; vense después las obras de Fidias y Praxíteles y las del gran Siglo de Paricles; Joves airados, Demeter

pródiga, Venus irresistible y triunfadora, ágiles Mercurios; luego las estatuas de los semidioses Héctor, Patroclo, Ayax y al fin, las de los simples humanos heróicos y geniales, triunfadores de Salamina y Platea o vencedores de los Juegos Olímpicos, gladiadores, púgiles, conductores de cuadrigas que merecieron el honor del bronce o de la piedra. Las reprducciones de la gran Roma, dominadora del mundo no son menos numerosas. Allí están también los dioses que eran los mismos de Grecia y las estatuas de los Césares, de los procónsules, de los senadores y de los tribunos.

Antes de abandonar las salas dedicadas a la antigüedad, hay que admirar las reproducciones Caldeo-asirias y los alabastros auténticos del Palacio de Assurbanipal; los frisos de los leones y de los arqueros del Palacio del Rey Darío, bellos por su riqueza decorativa y por sus pinturas multicolores.

La notable colección Palma de Cesnola es uno de los tesoros del Museo Metropolitano y está integrada con los productos excavaciones hechas en Cyprus y otras regiones del Asia Menor.

Hay allí preciosos sarcófagos, unos de estilo egipcio, otros denunciando influencias asiáticas; y así en los vasos, en los fragmentos arquitectónicos, en las estatuas, en los relieves de esta bella e interesante colección, se van revelando los influjos más extraordinarios. Anexa a esta colección existe otra que presenta el arte de los metales en la Grecia arcaica y de los Etruscos, espejos cincelados, estatuas pequeñas de bronce y hasta un carro etrusco que es un primor artístico.

Reanuda en otras salas la Colección Marquand sus interesantes ejemplares. Después del paganismo grecoromano, viene el arte gótico con su marcado sello de religiosidad, ojival en la arquitectura, descarnado y místico en la estatuaria. Fuentes ornadas y floridas, bajos relieves de la leyenda sagrada, figuras de reinas y guerreros, descansando esculpidos en el mármol de las tumbas, tal es la impresión que deja en el espíritu el triste arte gótico.

En otras salas, el Renacimiento, esa gran época del arte comienza a apuntar sus futuros esplendores con las obras de los escultores italianos, Verrocchio, Donatello, de Setignamo. Las estatuas tienen ya algo del paganismo que infundirá al arte nueva vida, y que triunfará en las obras portentosas y únicas del gran Miguel Angel, cuyas más bellas estatuas los "Esclavos," el "David," las figuras de la Capilla funeraria de los Médicis, están aquí reproducidas. Con las obras de la Italia sin rival, pueden admirarse también las del Renacimiento francés y entre ellas algunas bellísimas de Jean Goujón.

La sección de reproducciones arquitectónicas del Metropolitano es también grandiosa e instructiva.

En el gran "hall" central, pueden admirarse metopas del templo de Júpiter Olímpico con sus admirables figuras contenidas en el triángulo del frontón, reproducciones de frisos, relieves, columnas y capiteles. En este mismo "hall" hay una serie de reproducciones a pequeña escala de los más bellos edificios del mundo: el Partenón, el Mausoleo de Agripa, la sala central de un templo egipcio con sus innumerables columnas y la iglesia de Notre Dame de París, el majestuoso monumento que describió Víctor Hugo y que aquí, en esta admirable reproducción, luce todos sus detalles, hasta los monstruos de las cornisas y las flores de los rosetones.

El mismo "hall" luce del tamaño de los originales que existen en Padua y en Venecia, los dos caballos griegos, la majestuosa estatua ecuestre del "condottiére" Bartolomeo Colleone, esculpida por Donatello y la no menos admirable del Gatamelata que inmortalizó el cincel del Verrocchio, maestro de Miguel Angel.

Por fin, los ojos asombrados de tanto prodigio de arte, distinguen una gran figura cuyo ropaje parece azotado por el viento y cuyas alas hacen la ilusión de agitarse rítmicamente en el espacio. No tiene cabeza y está de pié, erguida y soberbia sobre la proa de un buque. Es la victoria de Samotracia, la divina obra griega que D'Anunzio cantó y que sin cansarse ha admirado toda la humanidad. Pagamos nosotros nues-



Salón de estatuas y ricos tapices.—Una de las pinacotecas del Museo.

tro tributo de reverente entusiasmo a la obra magistral y salimos de los salones de escultura para dirigirnos a las galerías de pintura de que hablaremos en capítulo aparte.

III.

Las pinturas.

La parte del Museo destinada a pinacoteca es proporcionalmente rica a las ya descritas. Todas las escuelas del mundo están allí representadas, la inglesa con retratistas como Reynoldos y Gainsborough, con pintores de género como Hogarth, con paisajistas como Constable y pintores de marina como Turner. La escuela española cuenta con Velázquez, Ribera, Goya y modernos como Sorolla y Zuloaga. La pintura italiana está vastamente ejemplificada desde las escuelas del Giotto, las prerrafaelistas en las que descolló el Perugino; las del Renacimiento con Vinci, Rafael, El Guido (Reni), los venecianos Veronés y el Tiziano, los posteriores a éstos y aún los muy modernos como Segantini. La pintura francesa cuenta a Boucher y Fragonard, a Gorot y Manet, Rosa Bonheur y a la gran pléyade de los primeros impresionistas, padres del arte contemporáneo. Rembrandt, Rubens, Van Dyck, Teniers y Van Ostade representa al arte de los Países Bajos y Memling, Durero Bocklin y Kanfinan a la culta Alemania.

Nada falta, pues, en este Museo de lo que es esencial para educar el gusto de un pueblo y poner ante sus ojos el ejemplo radiante de lo que es el ideal de belleza en el sentimiento de la humanidad y a través de las edades.

Para dar una idea más concreta de lo que son las riquezas atesoradas por esta gran pinacoteca, describamos algunos de sus salones.

Sala Marquand, así llamada para perpetuar la memoria de un benefactor del Museo.

Gran retrato en pie del Duque de Lennon por Van Dyck, obra que tiene toda la nobleza de estilo y la aristocracia única del insigne maestro.

Marte y Venus por el Veronés; el gran Cagliari dejó aquí los prestigios de su pincel glorioso, en las carnes llenas de vida, en las telas joyantes, en la atmósfera y en la luz.

Aparición de Cristo a Sta Teresa, por Rubens. ¡Bello cuadro con las carnes opulentas y rubias y una expresión mística no muy común al pintor casi pagano!

Adoración de los Santos Reyes, por Quintin Massys. Cuadro de gran realismo, de escrupulosos detalles; maravilla de expresión en los rostros y de habilidad técnica en trajes y alhajas.

Un Dux de Venecia orando ante el Redentor, por Tintoreto. La opulencia colorista del gran veneciano se revela aquí y un beatífico sentimiento religioso. Esta pintura es un boceto sin concluir.

Santa María de la Salud y el Rialto, por Guardi Dos paisajes tan bellos como los que del mismo autor atesora el Museo Louvre de París.

¡Qué majestad arquitectónica, qué armonía de color y qué claro obscuro!

Investidura de Obispo, del Duque Franconi. Este otro pintor veneciano derrocha en este pequeño cuadro su color mágico, su dibujo movido y su gracia singular.

Paisaje, por Ruyodall. El maestro de la naturaleza estampó aquí su sello magistral y su sentimiento imponente.

Este es el contenido de una de las más bellas salas del Museo y pasemos ahora a las que guardan los productos de la pintura americana que cada día promete mejor llegar a ser un día una verdadera escuela.

Llaman la atención en primer lugar varias marinas de Winslow Homer; una color de turquesa, otra en que la luna arranca tornasoles raros de las ondas negras

y por fin, un cuadro de costa, efecto de luz y sombra titulado "Searchlight."

George Inness está representado con tres paisajes bellísimos, un campo de cosecha dorado de sol, otro de un bosque en silueta sobre el ocaso y otro rosa y turquesa, sumamente delicado, que representa unos cerezos en flor.

Alexander tiene aquí un luminoso retrato de mujer, verde y negro de dibujo lleno de vigor.

El gran Whistler ostenta en la misma sala su famoso retrato de la niña que salta la cuerda, Connie Gilchrit, muy sentido, muy elegante, y armonizado en ocre y gris.

Junto atrae las miradas un retrato de gitana por Sargent, vigoroso y maestro como todas las obras del conspícuo artista.

"La estatua china," oleo retrato de Miller, presenta a una mujer vestida con amplio traje escosés rojo y negro que contempla una figura de porcelana del Celeste Imperio.

"Cornelia," por H. G. Deard, simplemente dibujado y atrevidamente colorido, recuerda, aunque de lejos, al gran Matisse, gloria de la escuela francesa de estos días.

Un paisaje de Irving Wiles luce una armonía de gris perla y oro, verdaderamente encantadora, y que acaricia la vista como al tacto el más suave terciopelo.

El paisaje de un Parque de Gidford Beal es suntuoso de intención y de color, y trae a la memoria dos buenos ejemplos; algo de Monticelli y algo de Gastón Latouche, tanto por la peculiar técnica como por la intención francamente decorativa.

Cecilia Beaux y su "Fille en blanc" son admirables La muchacha muy bella vestida toda de blanco tiene gran seducción en su fresca vaporosidad y el problema técnico de resolver el color blanco por la degradación de lòs grises, en sombra, luz y reflejos, fué un triunfo para el valiente pincel de la artista.

"El Anillo," de Alexander es una figura de mujer vestida de claras sedas junto a una ventana llena de

sol. Y todo es sol, brillo suave, luminosidad tamizada en este cuadro que parece estar bañado en polvos irisados de ópalos. El pero, si algún pero aventurara la crítica, sería quizás decir que el dibujo de la figura es algo "flou" un tanto vacilante y tímido. Es, no obstante, obra de gran distinción.

Edwin Austin Abey cierra esta galería con un cuadro grande casi mural, lleno de figuras que representa al Rey Lear, separándose de sus hijas. Es teatral como la propia escena Shakesperiana y tiene una solemne emoción.

Por lo anterior, se puede ver lo que vale la gran pinacoteca del Museo Metropolitano, aunque no sea sino como un vago boceto. Hacer el cuadro total de este tesoro de láminas, sería obra no de un artículo, sino de un libro, cada uno de cuyos capítulos por lo menos fuera la descripción, el análisis y el elogio de cada una de las obras maestras que el Museo guarda.

Y eso sería obra no de nuestra ligera pluma de cronistas, sino de una pluma, docta, brillante y ponderada como fué la del gran Teófilo Gautier.

LAS ESTACIONES TERMINALES DEL PENNSYLVANIA Y GRAND CENTRAL.

¿No es Nueva York por ventura, el más grande puerto de mar y la metrópoli comercial de este país que por su extensión territorial y su inmensa red ferrocarrilera va a la vanguardia del mundo, tratándose de vías de comunicación? Y siendo eso Nueva York, ¿no debe pertenecerle como algo legítimo, el derecho de ufanarse en poseer las más grandes y las más costosas estaciones ferrocarrileras del universo?

Y así es, en efecto; poseyendo Nueva York esas dos hermosas y enormes estructuras que se llaman la Pennsylvania y la Grand Central Terminal, maravillas de ingeniería ferroviaria y constructiva y de audaz arquitectura, tiene el privilegio de ufanarse a justo título.

Pasmado el ánimo de quien contempla esas dos obras colosales, no sabe en verdad por cuál decidirse, aunque quizás en materia de estética pura, deba concederse el laurel a la Estación del Pennsylvania que tan majestuosamente se levanta sobre la Séptima y Octava Avenidas y entre las calles 31 a 33. Construída en mármol blanco según el orden dórico, con la extensa columnata de su fachada, su fuerte cornisamento y sus áticos laterales, este singular edificio revela en la grandiosidad de su primer aspecto, las magnificencias de su interior. Todo en él es grandioso y para que el lector juzgue, debe saber que sólo el sitio que este edificio ocupa costó 8 millones de dollars y que su valor total es de 50 millones. Las vastas salas de tránsito parecen basílicas o o enormes plazuelas revestidas de mármol y cubiertas

por techos dilatados y remotos, y el "hall" central al que se llega por corredores semejantes a "pasages" como el de "Panoramas" en París o "Corsos" como el "Vittorio Emanuéle" de Nápoles, tiene una grandeza de proporciones que deja al ánimo confuso y asombrado. En la gran escalinata que conduce a este inmenso "hall" se levanta la estatua en bronce de Alejandro Cassatt, sustentando en su diestra un plano abierto. Fué este hombre quien abrigó el magno ideal, y tuvo la fuerza de acción necesaria para realizarlo, erigiendo (como supremo coronamiento del importante sistema ferroviario Pennsylvania), la maravillosa Estación Terminal de que nos ocupamos. Los biógrafos de Cassatt pormenorizan la férrea obra de su voluntad que le permitió allanar insuperables obstáculos, problemas de tráfico, de organización, de ingeniería; la ciudad de Nueva York debe celebrarlo por la obra de belleza con que la dotó.

En el corazón de Nueva York la Estación del Pennsylvania cuenta con una superficie de 9 acres, y el terreno, edificio y accesorios valen 150 millones de dollars! El enorme patio, donde se tienden innumerables vías y que puede verse desde la Novena Avenida, hace converger en su recinto los trenes que vienen de Long Island y los del Oeste; aquéllos tienen que pasar por seis túneles bajo el East River y éstos por otros tanto tubos gigantescos que se hunden hasta 30 metros bajo el río Hudson. Todos los datos anteriores darán al lector una idea de la excepcional magnitud de este núcleo ferrocarrilero. Agreguemos que la parte arquitectónica, noble, armoniosa y bella, una de las obras maestras de la moderna arquitectura mundial, se debe al genio de los artistas McKim, Meade y White.

Si desde el punto de vista de la estética pura la Estación Terminal del Pennsylvania maravilla y subyuga, la del Grand Central es su digna rival, porque reune a su valer arquitectónico, otros motivos de singularidad y especialísino interés, de los que quien esto leyere se dará cuenta enseguida.

La Estación Terminal del Grand Central erige su



Exterior e interior de la Estación Pennsylvania. Esta sala tiene una grandeza de proporciones que deja al ánimo confuso y asombrado.

imponente masa en uno de los sitios más céntricos y populares de Nueva York, y cubre una vastísima superficie, teniendo su principal fachada hacia la calle 42, Este, entre las Avenidas Vanderbilt y Lexington. Esta estación reputada como la mayor y más costosa en el mundo, tiene 31 millas de vía, capaces de mover cada hora 200 trenes y 70,000 pasajeros y dispone de 42 vías al nivel de la calle 42 y, de 25 más, para el tráfico suburbano, en una sub-estructura situada a 25 pies bajo el nivel de la calle.

Es una de las más típicas creaciones de la arquitectura moderna, y estéticamente tiene maravillosas proporciones en sus salas de espera y en sus salas de reunión que aquí se llaman "concourse." Pero lo admirable en esta estación ferrocarrilera, son los complicadísimos problemas que su construcción supuso y que la férrea voluntad de sus promotores y el genio de sus arquitectos e ingenieros supo resolver. Eran ésos los problemas, sobre todo de ingeniería y estadística, puesto que se trataba de construir en un espacio determinado una estación que fuera suficiente, no sólo para las actuales, sino para las futuras necesidades de Nueva York, una ciudad que crece sin cesar!

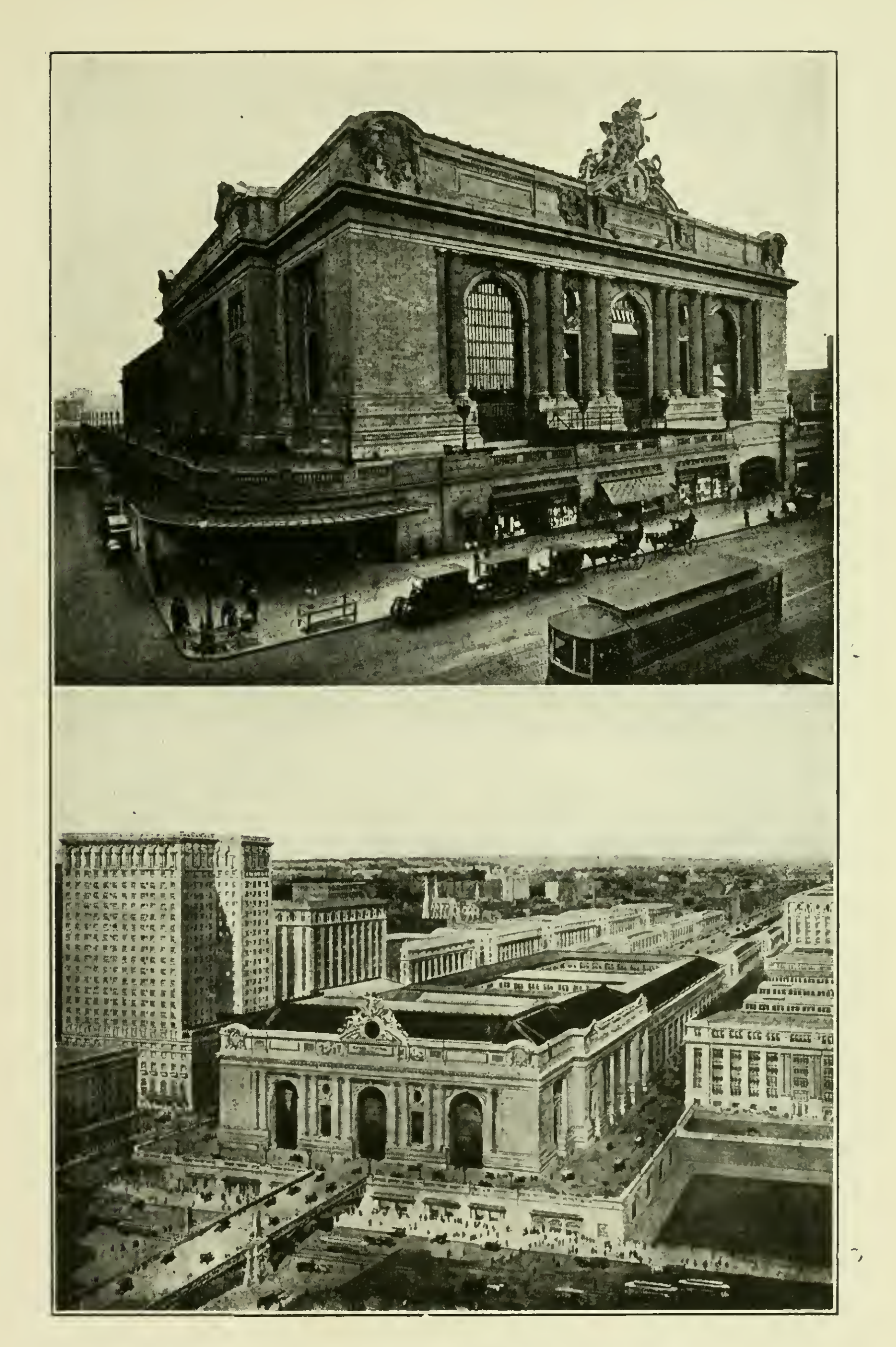
Para todo ese tráfico no podía contarse más que con los cuatro túneles subterráneos que corren bajo Park Avenue y pensar en construir otros era imposible, tanto que los ingenieros lo tuvieron prohibido. Pero entonces entraron dos nuevos factores que eliminaron obstáculos y resolvieron el problema; fué el primero, el empleo de locomotoras eléctricas que no generando humo y siendo execesivamente limpias podían circular libremente por los túneles, y el segundo factor, consistió en la idea genial de dividir el gran tráfico y el tráfico suburbano en dos planos o niveles, aprovechando así el terreno doblemente, ahorrando a la empresa enormes sumas de dinero y respetando la armonía arquitectónica de esta parte de la ciudad. Sobre esas bases comenzó la construcción ciclópea y para que el lector tenga idea de su volumen basta decir que de la excavación

que se hizo para cimentar el edificio y crear las subestructuras, se extrajeron tres millones de yardas cúbicas de tierra y roca, esto es, el material suficiente para llenar un tren que tuviera de largo 1500 millas o sea la distancia que media entre Nueva York y Omaha. Durante la construcción y la edificación, el tráfico no se suspendió un solo día, y sucesivamente fueron brotando de la tierra las soberbias estructuras, siendo la primera en descubrirse la conocida con el nombre de "Grand Central Palace," en cuyo recinto verdaderamente palacial, se celebran exposiciones periódicas, entre ellas la de automóviles a principios de año y la de flores al comenzar la Primavera. De las demás salas y "halls" de esta estación, hay que mencionar en primer lugar el "hall" principal de donde parten todos los *expresos* y trenes de larga distancia. Mide este salón 120x130 pies; tiene capacidad para 15,000 pasajeros y su capacidad es tanta que podría contener al antiguo "City Hall" de Nueva York, sobrándole aun mucho espacio; ahí se ven todas aquellas cosas que el viajero necesita: oficinas de información, de equipajes, de boletos, *checadores* de bultos, etc. El vasto plafón de esta sala está decorado por el pintor francés Helleu, con una representación del zodiaco y del firmamento, en el que las estrellas están figuradas por centenares de luces que de noche cintilan en el azul de la gran boveda.

Siguen en importancia a este "hall" el gran salón de espera, lleno de magestad en sus soberbias lineas y el "hall" de tráfico suburbano, por donde a ciertas horas pasan como río humano los "commuters" o abonados de los suburbios que van y vienen a Yonkers, Ossining, New Rochelle, Bronxville y otras poblaciones.

Una de las cosas más curiosas de estas estaciones modernas, es que los andenes propiamente dichos no existen, pues cada tren tiene una vía especial que por una puerta comunica con las respectivas salas; no se ven, pues, esas escenas de adiós y bienvenida que tanto caracterizan a las antiguas estaciones.

Hemos llegado a una de las partes más maravillo-



Fachada principal de la Estación Central y vista del mismo edificio a vuelo de pájaro.

sas del Grand Central Terminal, a la parte posterior donde esta el departamento de fuerza motriz y las dos torres de "switches" o de despachadores. Desde allí un habilísimo operario, oprimiendo botones eléctricos, dirije como un general de ejército, a la multitud de trenes que entran y salen de la estación y que con un sistema de timbres y luces son anunciados en los salones de espera, adonde además, los megáfonos están gritando constantemente el arribo y partida de cada tren.

—¿Cuántos trenes corren aquí, cada 24 horas?—preguntamos al Jefe de Ingenieros Hardwood, que es quien rige el admirable mecanismo.

—Menos todavía que en Londres—contestó. La Estación de "Liverpool St." despacha 176,000 pasajeros en 990 trenes cada 24 horas y nosotros en el mismo tiempo no manejamos aún más que 500 trenes con 80,000 pasajeros. Pero,—añadió riendo con orgullo,—llegado el caso podemos transportar dos millones de pasajeros cada 24 horas.

Salí del Grand Central y al desembocar en la calle 44 recordé que hace años el Comodoro Vanderbilt construyó allí su primer depósito de locomotoras y que los carros de ferrocarril llegaban allí para engancharse desde la calle 26, halados por seis u ocho caballos.

Lo cual en este país de lo asombroso, es una maravilla más!

LOS ELEVADOS Y EL SUBWAY

El más recalcitrante enemigo de Nueva York no podría negarle entre sus más potentes excelencias los sistemas de tráfico interurbano, por medio de los cuales transporta a sus numerosos habitantes al través de vertiginosas distancias, de Van Cortlandt Park a Battery Place, de Yonkers a Harlem o Brooklyn, de todos los puntos de la isla Manhattan, por encima y por debajo de los ríos que la ciñen a los lugares continentales vecinos a la gran ciudad.

No detengamos nuestra atención hablando de los vulgares tranvías que semejantes a los de todo el mundo, cruzan la ciudad por calles y avenidas, ni de los "autobus" u ómnibus eléctricos, que tan pintoresca nota de color ponen en el suntuoso tráfico de la 5a. Avenida o a lo largo de "River Side Drive", y hablemos sólo de las dos vías de comunicación urbana que mejor caracterizan a esta ciudad de actividad incesante, es decir, de los ferrocarriles Elevados o Aéreos y de los "Subway" o ferrovías subterráneas.

Con el prurito de abreviarlo todo, a los Elevados no se le designa aquí con su nombre completo, sino cimplemente con la letra "L" en la escritura y con un equivalente fonético al hablar. Si el "L" abrevia las distancias, ¿por qué quienes lo usan no han de abreviar también su nombre?

De estos ferrocarriles aéreos se tiene por allá, en Centro y Sud-América, las ideas más peregrinas y hay quien lo crea, que la vía por donde corren está construída sobre las casas. Por fortuna para los moradores

de los últimos pisos, eso no es cierto; los "L" corren sobre extensos viaductos construídos sobre enormes pilares de hierro en el centro y a lo largo de las más populosas avenidas. En algunos sitios, como en Manhattan Avenue, calle 125, y entre la Avenida Columbus y la calle 110, estos viaductos alcanzan su máximum de elevación, y para que el público pueda subir cómodamente desde la calle hasta elevaciones tan excesivas, existen elevadores o bien esas escaleras automáticas que en París se llaman "tapis-roulant" y que son planos inclinados con mecanismo de cremallera.

A lo largo del trayecto y cada cinco o diez calles, se levantan las estaciones que, cuando la elevación no es muy grande, tienden de cada lado de la Avenida, dobles escaleras para las sendas vías opuestas de "uptown" y "down-town," o sea, *ciudad arriba* y *ciudad abajo*. Las estaciones no tienen el menor prestigio estético; son a manera de barracas pintadas de verde y con techos de dos aguas, que en su interior, eso sí, reunen todas las conveniencias para empresa y pasajeros, desde bancos de espera, caloríferos o ventiladores, según la estación, hasta departamentos de espera y de aseo para señoras y caballeros. En el lugar más accesible, dentro de su taquilla, está el boletero y junto a la puerta que da acceso a la vía, el recojedor de billetes, en cuya caja de cristal éstos se depositan.

Como detalle curioso hay que decir que, es tal el vértigo y el apresuramiento con que aquí vive la gente, que muchos en vez de depositar el boleto al pasar por la cajilla, dejan caer monedas, guantes y otros objetos, pues hasta relojes se han encontrado allí!

Construídos los FC. FC. "L" con el objeto único de ahorrar tiempo, poseen en su tráfico el servicio de trenes locales que paran en cada estación y el de "expresos" que no se detienen sino en puntos determinados. No son los expresos tan frecuentes y numerosos como en el "Subway." Sin embargo, tienden a generalizarse también en la línea aérea y los viaductos cuentan en ciertas avenidas con una nueva vía elevada destinada ex-



Extremo del puente Brooklyn en Nueva York, abajo del cual se notará una entrada al Subway.—Tres líneás de los ferrocarriles elevados en una anchurosa calle.

clusivamente a dichos trenes rápidos. El número de pasajeros que transportan los "L" mensualmente es exorbitante y aunque en verano aumenta (pues el público en esa época prefiere ir a cielo abierto que bajo tierra), puede calcularse en cerca de cuarenta millones los boletos que el "L" vende mensualmente.

Los trayèctos recorridos por el simple pago de 5 centavos son también asombrosos; por ese precio puede atravesarse la enorme Nueva York en sus distancias máximas.

Muchas casas de comercio, para comodidad del público, es decir, para vender mejor, han unido algún piso de su casa con la vía del "L", lo cual hace que la clientela, cuando llueve o nieva, prefiera estos almacenes a los que no presentan tal ventaja.

La reglamentación del tráfico está perfectamente determinada y observada; nadie puede viajar con animales, bultos grandes, ni sustancias olientes o grasosas que molesten a los demás pasajeros, excusado es decir que nadie fuma dentro de un carro del "L".

Tales son los elevados o ferrocarriles aéreos de Nueva York, que si hace una veintena de años significaron una atrevida obra de ingeniería y un gran progreso sobre los sistemas de tráfico entonces en boga, hoy han quedado ofuscados en ambos respectos por esa obra monumental grande y maravillosa que se llama el "Subway." Tal trabajo es una obra colosal, única quizás entre las obras de utilidad pública con que cuenta el universo civilizado. Es casi una ciudad, bajo la ciudad, bajo los ríos y aun sobre la ciudad misma, pues hay punto en el que el Subway deja la región subterránea y, como el "L", cruza las regiones luminosas donde reina la luz solar.

¿Que Londres tiene sus "tubes" y París su "Metro"? Indudablemente, pero el Subway neoyorquino es más vasto, más importante, pues cada día su red se extiende bajo la ciudad y llegará el momento en que todo el tráfico rápido se haga bajo las calles y avenidas y de-

jando el asfalto de las calles a los automóviles y a los equipos de lujo.

Las dos grandes arterias del Subway son las conocidas por Lenox y Broadway, amén de otras como la recientemente inaugurada que comunica con Brooklyn y que parte de las calles Wall y William. La arquitectura interior del Subway es admirable por los problemas de ingeniería que sus constructores han tenido que resolver. De los pequeños kioskos que de trecho en trecho marcan las estaciones, se baja por escaleras de hierro (y en ocasiones, cuando la profundidad es excesiva, por elevadores) a unas rotondas que son las estaciones, semejantes en funcionamientos a las ya descritas del "L." Apenas se llega allí cuando óyese el gran fragor de tempestad con que pasan los trenes expresos y aun los mismos locales, siendo tan grande la velocidad con que corren que semeja un relámpago entre la obscuridad subterránea, apenas interrumpida por focos de luz blanca, roja y morada. Como en el "L", las estaciones de expresos son pocas y en todas pueden tomarse los trenes locales.

Para juzgar de lo que es la actividad, el frenesí, el atropellamiento de la vida neoyorquina, hay que ir a las 8 o 9 a. m. o a las 6 p. m. a una estación de gran tráfico, como la del Grand Central sobre la calle 42. Es inconcebible lo que allí se mueve. Con docilidad carneril los pasajeros van entrando al interior de los carros y llega un momento en que los guardas desde el andén, impelen, comprimen y aprensan a los seres humanos, cierran luego sobre ellos las negras puertas de hierro y el tren parte al fin, semejante a aquellos convoyes de carne humana que Zolá describió con magistral pluma en "La Debacle"; sólo que aquí el destino no es trágico, pues hay que decir en honor suyo que: el Subway es uno de los ferrocarriles más seguros y menos peligrosos del mundo, gracias a su tráfico admirablemente arreglado. Allí mismo en el Grand Central, pueden verse en lo alto las oficinas donde los despachadores, con ingeniosos sistemas de luces y timbres dan



Entrada al Subway e interior de uno de sus tramos. Aunque aquí sólo se ve una vía, generalmente el Subway tiene dos y cuatro vi.s

paso a los trenes o los detienen, según las exigencias del tráfico.

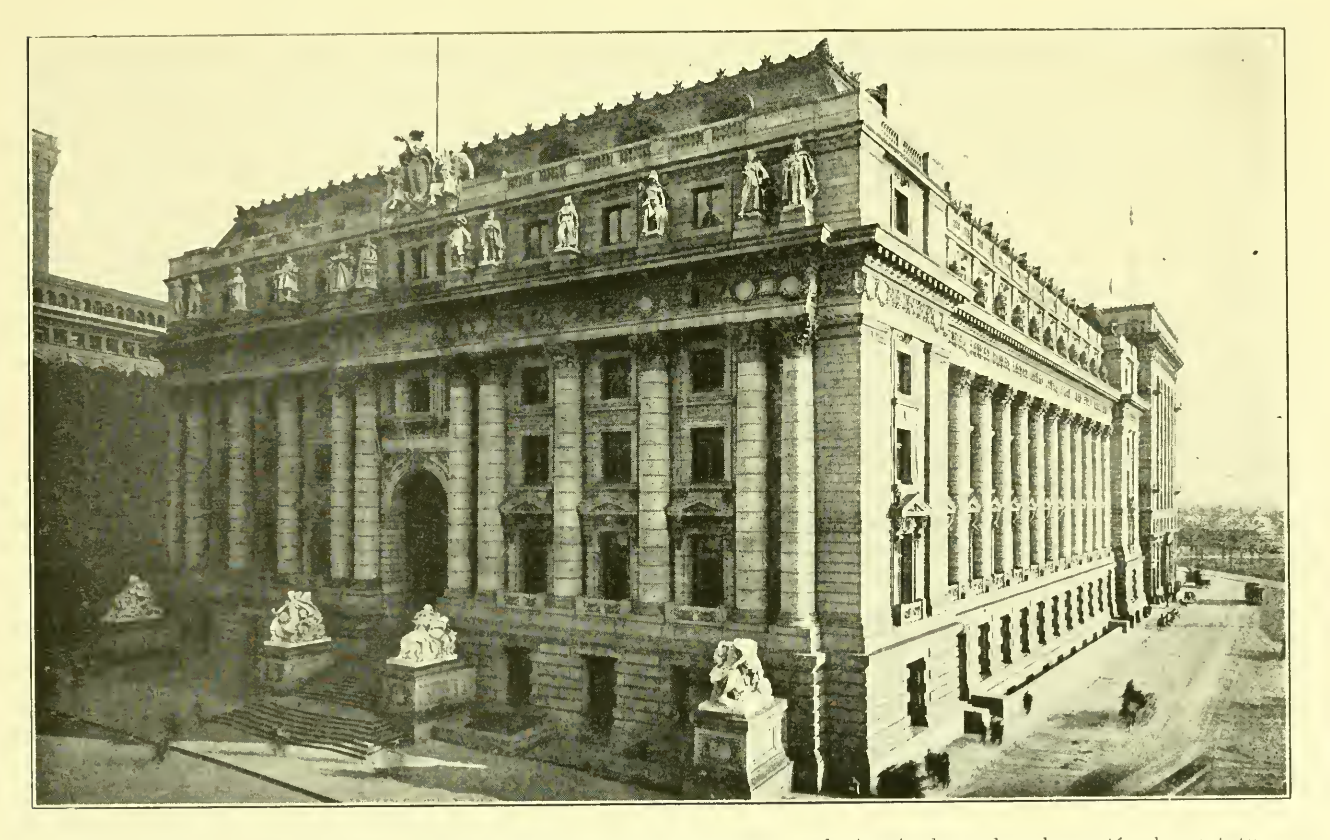
Pero en cambio, lo que pasa en el interior de los carros, entre hombres y mujeres colgados de las agarraduras y apresados uno contra otros, no es para decirse. Por fortuna, la sangre fría de este pueblo evita que las cosas lleguen a ser mayores.

La costumbre de ceder el asiento a las señoras no es aquí observada; se necesita que una señora anciana esté de pie para que alguno se decida a cederle el asiento.

El Subway es uno de los grandes símbolos de la vida neoyorquina; es casi su imagen en lo que tiene de ruidoso y de rápido.

Más felices eran sin duda los habitantes de Manhattan cuando les bastaban para las necesidades de su vida, los modestos tranvías o los luminosos elevados.

¿Pero no ha dicho acaso el Vizconde de la Cizeranc que todo aumenta con la civilización, menos la felicidad del hombre?



Fachada principal y lado oeste de la Aduana. En la superestructura y de izquierda a derecha, están las estatuas representando a Grecia, Roma, Fenicia, Génova, Venecia, España, Holanda, Portugal, Dinamarca, Alemania, Inglaterra y Francia.

EL PALACIO ADUANAL.

En el antiguo sitio donde antaño se levantara el histórico Fuerte de Amsterdam, al extremo de Broadway y haciendo frente a Bowling Green, se eleva hoy, severo y majestuoso, el Palacio Aduanal de la ciudad de Nueva York. Como corresponde a la enorme importancia de este puerto de mar y a sus cuantiosas importaciones y exportaciones, su edificio de aduanas es suntuoso, y como el lector verá, no hay exageración al llamarlo un verdadero palacio.

La grandiosa arquitectura de este edificio ocupa una superficie de 250x300 pies, siendo más angosta en su frente que en su profundidad; en pies cúbicos su volumen mide 300,000 y el valor de todo el edificio, incluyendo terreno y mueblería, suma la cantidad de siete millones de dollars. Esto, sencillamente, dará una idea de la importancia intrínseca y material del edificio, que en cuanto a su valor artístico y a su significación administrativa y económica, el lector podrá ver enseguida todo lo que significa.

La mejor manera de juzgar en su conjunto esta obra monumental, es colocándose en la esquina de Bowling Green y State Street; se mira entonces en perspectiva, un edificio, que tiene arquitectónicamente, tres estructuras fundamentales, un basamento, una serie de columnas y una superestructura. La fachada está interrumpida simétricamente por cuatro pedestales que soportan otros tantos grupos escultóricos de los que luego hablaremos. Las columnas se lanzan con un bello arranque y tienen capiteles corintios compuestos sin pureza,

pero con carácter; la superestructura por fin, lo que podría llamarse *mansardas,* si otro fuera el estilo, luce también grupos escultóricos a la debida proporción y con interés naturalmente subordinado.

Ahora bien, descendiendo a detalles, diremos que el magno edificio, de los sótanos a la cúspide tiene siete pisos, proporcionalmente dispuestos y postergados a las grandes líneas constructivas.

El arquitecto que edificó este palacio admirable se llama Cass Gilbert, y adoptó para su construcción un estilo mixto en que predomina el del Renacimiento Italiano. El edificio está hecho de mármol y granito y su masa frente a las brisas del mar tiene ya un color vetusto que comienza a ser venerable.

La parte escultórica es digna de la arquitectónica y quizás le otorga gran prestigio. Sobre el pavimento se levantan los grandes grupos estcultóricos que hemos mencionado, que representan a los cuatro Continentes y que son obra del poderoso escultor Daniel C. French. Todos están perfectamente caracterizados, con sus caracteres y atributos y tienen mucha magestad y fuerza de inspiración. Las figuras esculpidas en la superestructura son también de gran interés, algunas de gran nobleza y todas atrayentes y sugestivas. Esas figuras, vistas del Este al Oeste o de izquierda a derecha, son como sigue:

Grecia y Roma esculpidas por el artista F. E. Elwell y simbolizadas respectivamente por una Minerva y un Gladiador.

Fenicia, obra de F. M. Ruckstuhl, en forma de una mujer de Cartago.

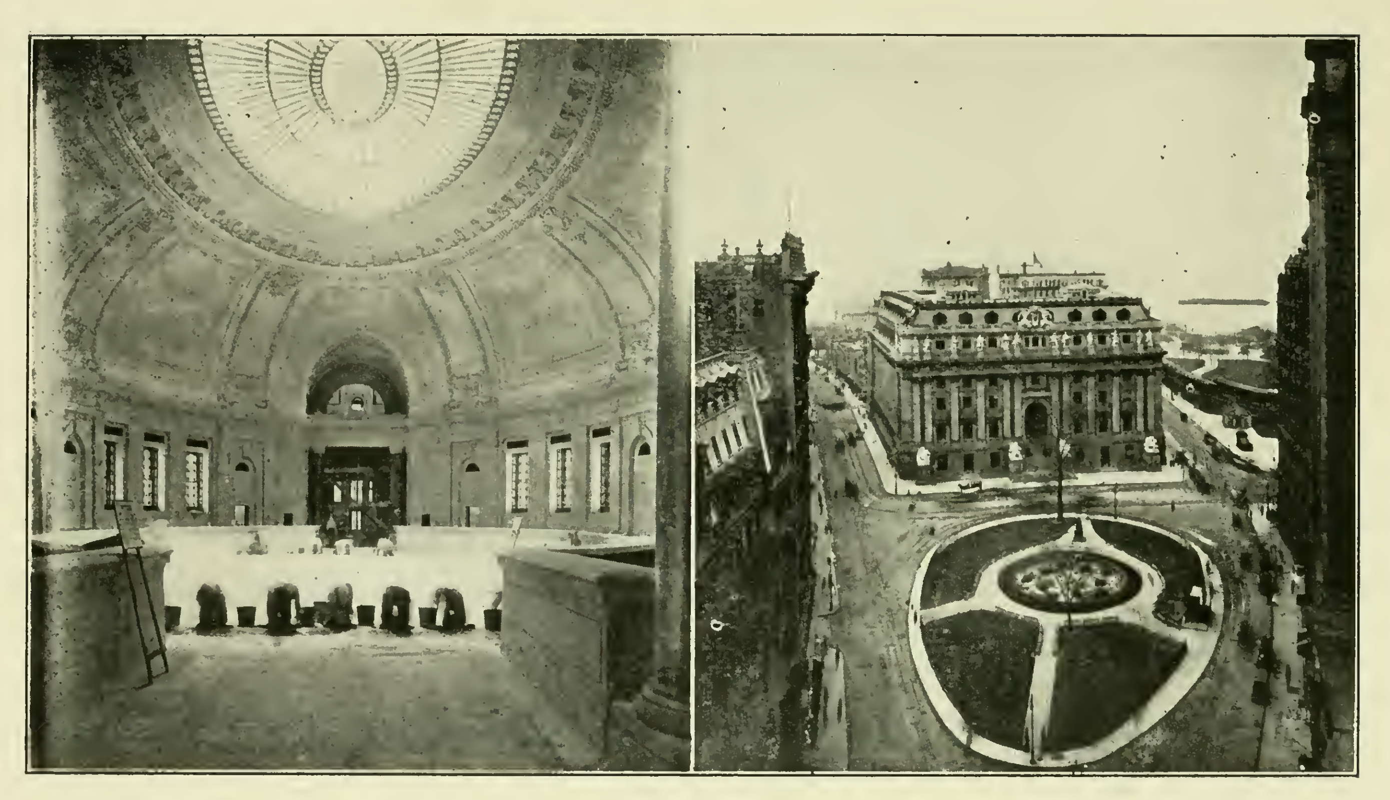
Génova, por A. Lukeman, con la imagen de Cristóbal Colón.

Venecia y España, por F. M. Tonetti, alegorizadas por Dogo y una Matrona.

Holanda y Portugal, obra de Louis St. Gaudens, representando un caballero y un navegante.

Dinamarca, por Gelert.

Alemania, una "Walkiria" poderosa por Jaegers, y



La rotonda consagrada a los vistas y a las declaraciones públicas.—Otra vista del Palacio Aduanal desde el parque Bowling Green.

por fin, Inglaterra y Francia, obra de Charles Graby, muy acertada y expresiva del poderío de tan grandes naciones. El grupo Central colocado bajo el asta bandera representa a América y es obra del escultor Carl Ritter.

Después de haber dado una idea del valor material y artístico de la Aduana de Nueva York, pasemos a decir algo de sus oficinas y de cómo su trabajo administrativo y su funcionamiento económico está distribuído en las diferentes oficinas del edificio, comenzando por los sótanos.

Sótanos.—Oficina Sucursal del Correo: archivo y almacenes para herramientas; cuartos para mecánicos, carpinteros, veladores y electricistas.

Primer Piso.—Varias Oficinas del Departamento de Vigilancia; Oficina del Superintendente; Sala de Inspectores; Almacén; Tenedor de libros de la Tercera División. La rotonda está consagrada a los Vistas y a las declaraciones públicas.

Segundo Piso.—Departamento de mercancías en tránsito; Oficina de transportes de inmediata urgencia; Oficia del recaudador federal, de los recaudadores municipales y salón de audiencias para el público; Oficina Pública y Oficina privada del Cajero, y Departamento de firma.

Tercer Piso.—Local de liquidaciones; Oficina naval; Sección de protestas y reclamaciones; Salón del Auditor; Oficina de Correspondencia y, por fin, la importantísima Oficina Meteorológica o "Weather Bureau."

Cuarto Piso.—Oficinas de Contabilidad; talleres de encuadernación, imprenta y almacenes proveedores.

Quinto Piso.—Oficinas secundarias dependientes de las ya mencionadas.

Sexto Piso.—Oficinas del Servicio Secreto policial. Departamento accesorio de la oficina de reclamaciones; Sección de pesadores y de básculas.

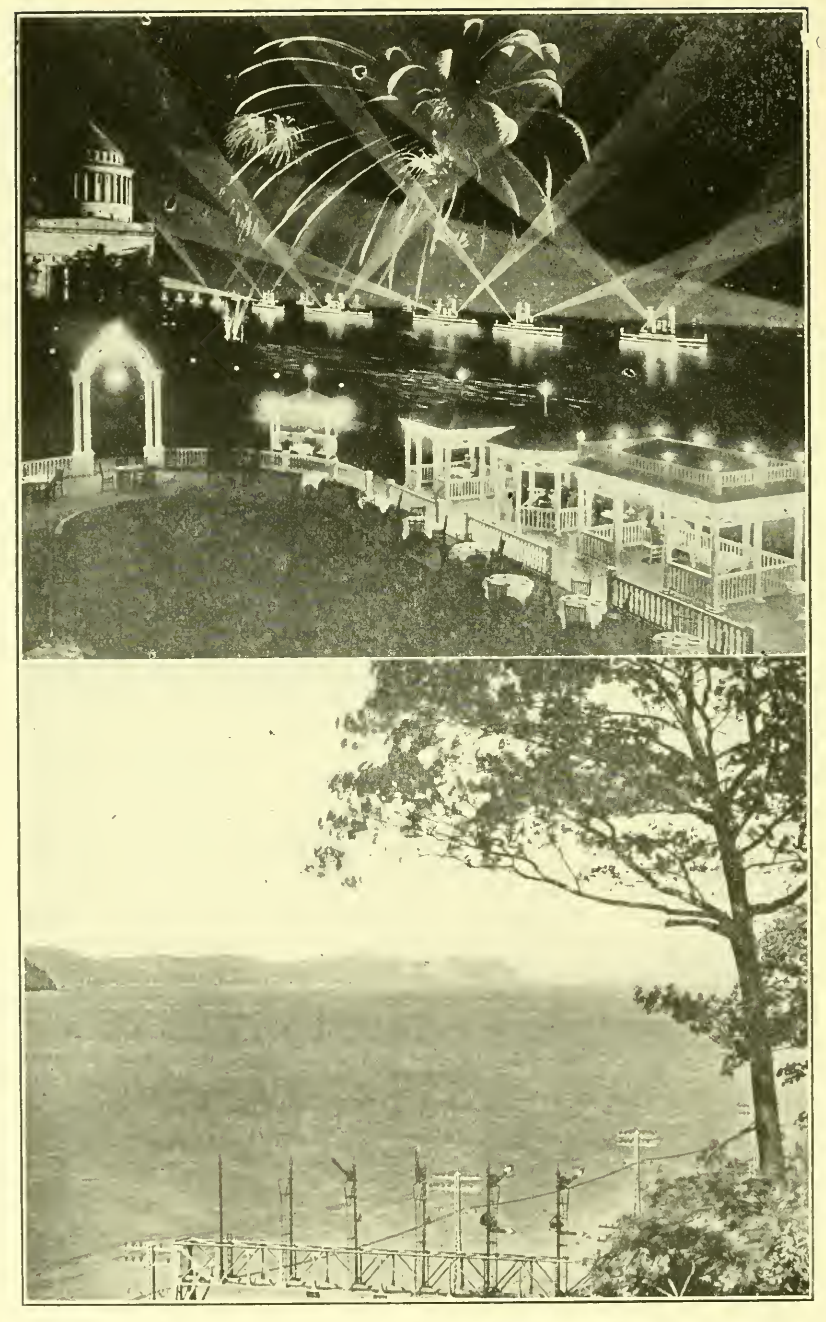
Séptimo y último Piso.—Oficina de ingresos y renta

interior; Oficina del Superintendente de edificios públicos; Laboratorios de inspección y análisis.

Por lo anterior se hace patente la absoluta eficacia que en todas sus partes tiene la Aduana de Nueva York.

Como detalles suplementarios agregaremos que el barrio donde hoy se levanta el edificio que reseñamos fué en viejos tiempos la residencia de los ciudadanos más prominentes y más ricos del arcaico Nueva York y que la antigua Aduana, por ésta sustituída, estaba situada en la parte de Wall Street, llamada entonces "old rookery."

¡Cuántos cambios ha sufrido Nueva York desde que el primitivo Jefe de Aduanas De Peyster vivió! El ve hoy con sus ojos de bronce, convertido en estatua que se levanta en Bowling Green, esas mutaciones, esa grandeza que simboliza cuatro continentes y las estatuas de todas las naciones de Europa esculpidas en la fachada del Palacio Aduanal.



El río Hudson iluminado en un día de fiesta, el restaurant-jardín "Claremont" y el mausoleo del Gral. Grant.—Boscosas escarpaduras de New Jersey.

REMONTANDO EL HUDSON.

De Nueva York a West Point.

Cuando en los días del tórrido verano la ardiente atmósfera de Nueva York se hace irrespirable, nada hay más grato que tomar en uno de los embarcaderos, uno de los vapores que hacen la navegación sobre el Hudson. Ya desde el muelle la brisa fluvial acaricia suavemente el rostro y alivia con su oxigenada frescura los pulmones; la multitud que allí espera presiente con manifiesto alborozo los placeres de la jornada, el descanso sobre las sillas de abordo y el lento desfilar del panorama ribereño mientras el buque desgarra con las aspas de sus turbinas la ancha cinta del río que a veces parece de plata y a veces de turquesa. Apenas llega el vapor y la multitud de hombres ataviados con ligeros trajes veraniegos lo toman, no digamos por asalto, pues es clásica en Nueva York la ordenada compostura con que en las grandes aglomeraciones todo el mundo sabe esperar su turno. Apenas si los trenes expresos interurbanos de ciertas horas de la mañana y de la tarde, hacen la excepción de la regla.

Ya sobre cubierta y apenas el vapor se estremece y echa a andar cuando los pasajeros se diseminan buscando en la proa el lugar donde el viento sopla mejor, o los lugares más discretos para el "flirt" o los más cómodos asientos para admirar el panorama, y este comienza a desarrollarse como en la encantadora película de un cinematógrafo multicolor.

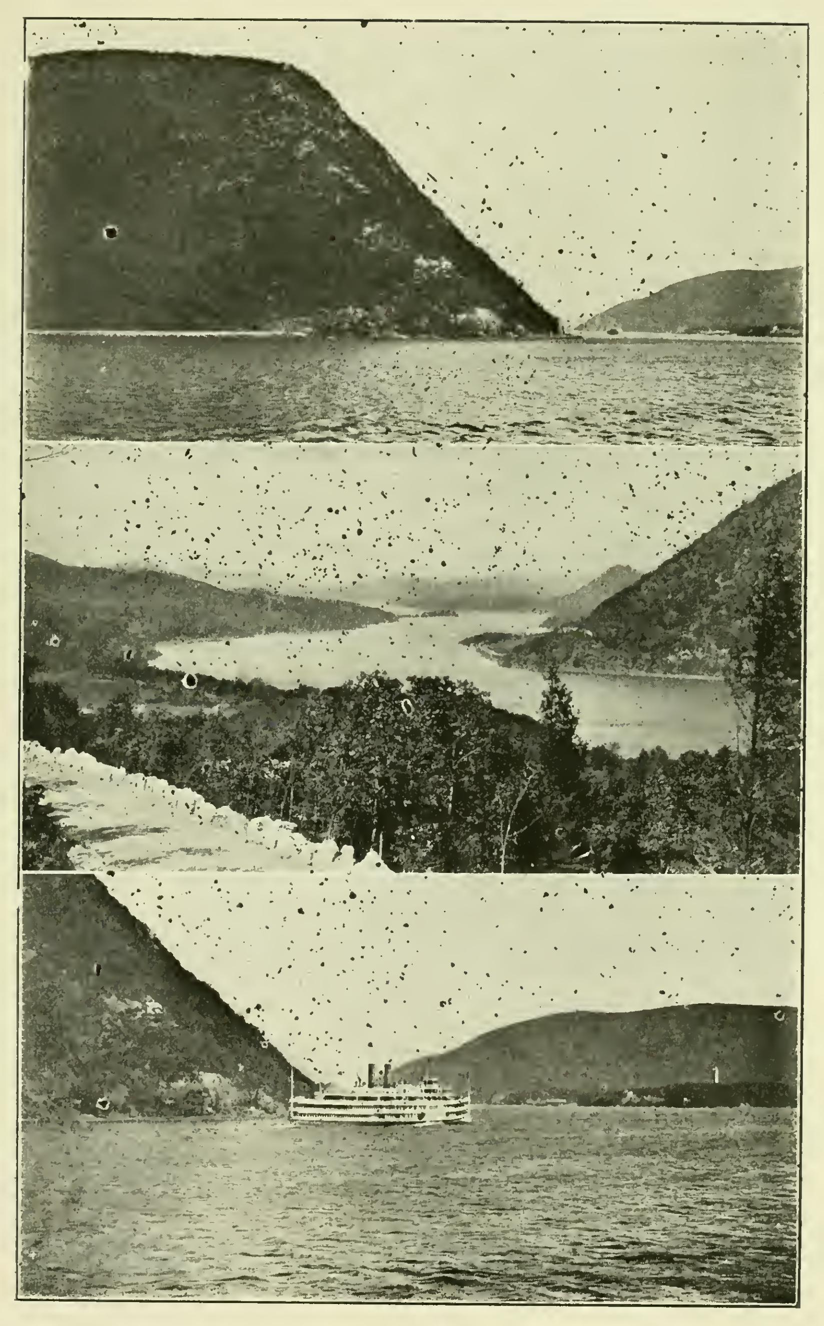
Veréis de un lado las hoscosas escarpaduras de New Jersey con el "Palisade Park" y los últimos campamen-

tos del verano, mientras que del otro babor, admiraréis las soberbias perspectivas urbanas del "up-town" neoyorquino, el aristocrático "Claremont", la tumba de Grant, vago remedo del mausuleo de Agripa, y el soberbio viaducto que salta con férreas estrechuras de puente sobre todo un barrio de la ciudad. Enormes gasómetros, depósitos ferrocarrileros a la orilla del río, y pronto silbando y jadeando sobre las riberas y casi reflejándose en el agua, veis una locomotora arrastrando un interminable convoy de ochenta o cien carros.

Así desarrolla la ciudad su imponente grandiosa perspectiva hasta las últimas calles de "up-town" que por ese lado son también las últimas de la urbe. Luego siguen esos parajes vagos, medio urbanos y semi-campestres que existen en derredor de las grandes ciudades y que tan bien describieron los maestros De Goncourt.

Un momento el río mismo con los buques que descienden o remontan atrae la átención de todos; ya es un bote de gasolina que avanza con la proa medio sumergida en el ímpetu de su velocidad, ya es un bergantín con esbelta arboladura, ya por fin otro buque de placer que con su ronca sirena saluda al que nos lleva y desde cuyos varios pisos vemos manos que agitando un albo pañuelo esbozan un placentero adiós.

De pronto el paisaje ribereño interrumpe sus campiñas y sus bosques y un gran caserío emerge en lontananza, y un muelle semejante a los de Nueva York avanza sobre el río. Es Yonkers, la primera estación que se alcanza después de navegar dos horas; la segunda es West Point a donde llegáremos a las dos de la tarde. Más allá de Yonkers, el paisaje fluvial y ribereño comienza a aumentar sus atractivos. El río, que antes era monótono y paralelo, comienza ahora a encurvarse en las más inesperadas y caprichosas revueltas, tanto que a veces antes de doblar un recodo, el navío parece flotar en medio de un lago, de bello lago suizo o norte-americano. Y allá, comprimidos sobre las riberas llenas de árboles, distínguense breves caseríos y "Cottages" que hacen la ilusión de feudales cas-



"El río comienza a encurvarse en las más inesperadas y caprichosas revueltas, tanto que a veces antes de doblar un recodo, el navío parece flotar en medio de un bello lago suizo."

tillos sobre el Rhin legendario. Sólo ilusiones, puesto que la leyenda no está aquí!

Pero si no está la leyenda de los países viejos y aristocráticamente cultos, sí está la naturaleza con sus encantos que son universales lo mismo en la Riviera mediteránea que en la boreal Alaska y aquí la naturaleza es bellísima y el cielo azúl y radiante y los bosques culminantes y oscuros; hay campiñas de exquisito verdegay, y se admiran florestas escondidas y cantos de aves canoras allá tras de esas frondas que deben oler a resina y tener la penumbre misteriosa de los idilios Virgilianos.

Suena la hora del "lunch" y los pasajeros que no han llevado la canasta bien provista, bajan a almorzar al entrepuente. ¡Lástima que los restaurants Jack's o Mouquin estén tan lejos, porque el "lunch" de estos buques del Hudson no es lo que Lúculo preconizaría!

¡Ah, no! Pero no todo ha de ser dulzura; doblemos la hoja y subamos de nuevo sobre cubierta donde el cielo, el río y el paisaje siguen siempre encantadores.

Además, una buena música resuena ya y las bellas neoyorquinas, excelentes e infatigables bailadoras, se lanzan en breve a los pasos enloquecedores del "one-step" y del "fox-trot."

Llegamos a West Point. Antes allá, allá en la cumbre de una margen, distinguimos un aristocrático colegio para señoritas, la pintoresca Lady-Cliff Academy. Luego las estructuras de West Point, la Academia Militar que levanta las sombrías murallas de un burgo medioeval. Hay que esperar mientras el bote sigue su navegación río arriba y vuelve por nosotros. Echamos a andar a pié por veredas montañosas y luego llegamos a una gran calzada semejante a la rampa del histórico y admirable Chapultepec; de uno y otro lado, habitaciones de profesores y oficiales, cuadras y establos, picaderos con setos de "steeple-chase", explanadas para ejercicios y grupos parejas de cadetes que con ceñidos uniformes discurren por prados y alamedas.

Cuando volvemos al vapor apunta el crepúsculo y

una luna en creciente esmalta de plata el cielo azúl. Ya el baile está en su apogeo y en el salón y sobre cubierta se baila sin cesar. El hielo de las primeras horas se ha roto; el "flirt" es franco y la alegría contagiosa, "Tout a la joie", parecen decir los ojos de las mujeres, las risas de los hombres y los compaces de la música: "Tout a la joie", como en la romanza canción de París.

La luna encanta el mar y esmalta de plata el río de turquesa.

La música suena sobre las aguas como una barcarola napolitana.

Y las mujeres danzan rítmicamente con las rojas bocas sonrientes y los ojos perdidos en lo alto.

El buque se desliza sobre el río y la vida se desliza también sobre el placer hasta que la embarcación llegue al puerto que, en este caso es Nueva York, la ciudad de la lucha y del trabajo.

EN LAS PLAYAS DE NUEVA YORK.

La vida veraniega en Nueva York tiene como principal episodio la emigración parcial de los habitantes de esta gran isla a alguna de sus innumerables playas. Todo el que dispone de tiempo y de dinero, no importa en qué proporción, huye de la ciudad envuelta en ondas tórridas y va al litoral donde el descanso es grato al soplo fresco y vigorizador de las brisas marinas. Todas las fortunas, todos los rangos sociales, desde el banquero de Wall Street hasta el modesto empleado, desde la aristocrática dama de las "400 de Mrs. Astor" o del "Colonial Club," hasta la activa "typewriter" tienen su lugar en alguna de las diversas y múltiples playas de recreo.

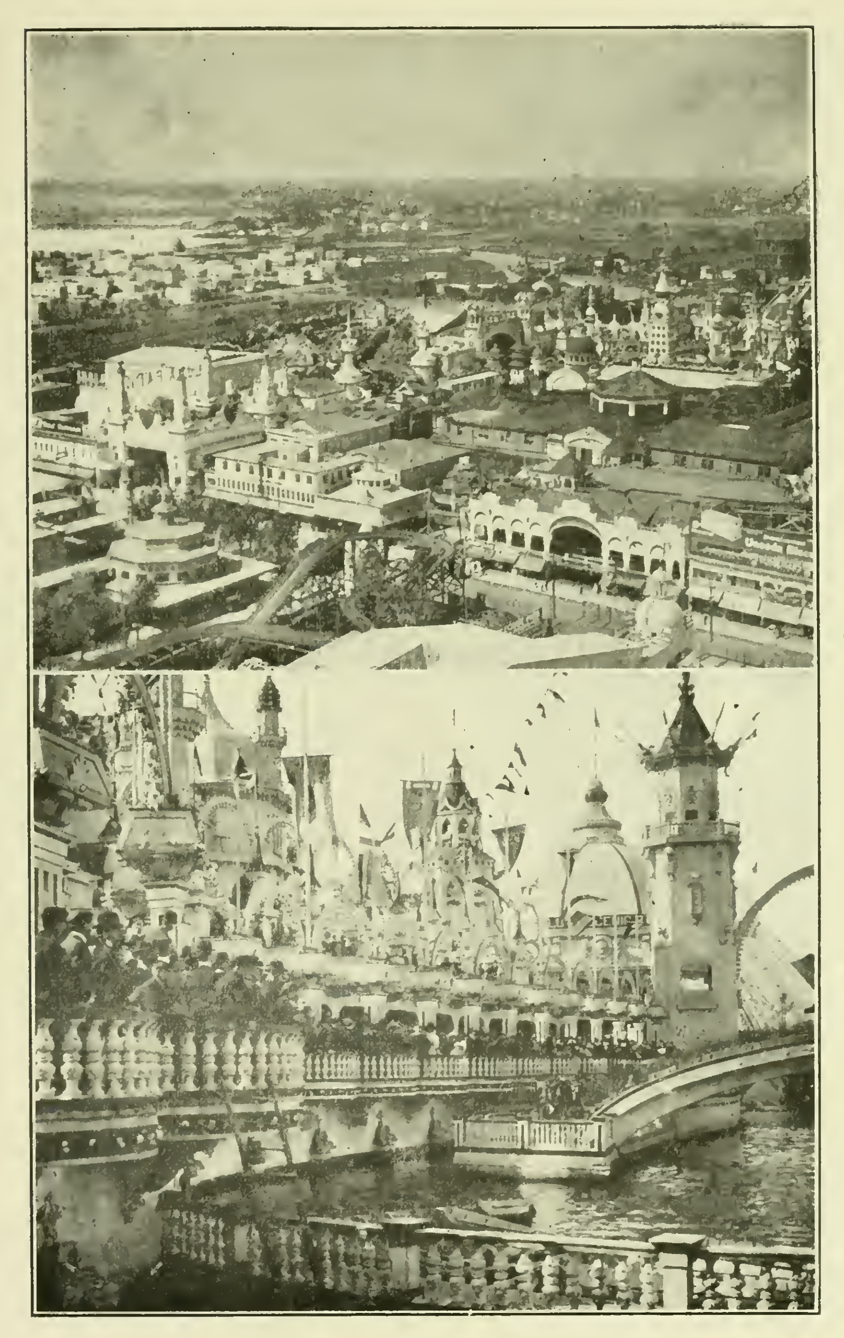
Las hay exclusivas con todos los matices de la aristocracia y el lujo, que varían desde Atlantic City, Newport, o Asbury Park hasta Coney Island, Brighton Beach, Rockaway, Midland y South Beach. En la primera categoría las elegantes playas tienen el carácter dominante de las estaciones balnearias europeas como Trouville, Biarritz, o Baden-Baden. Los mismos automóviles tripulados por los favoritos de la fortuna, que avanzan lentamente en una parada del lujo coruscante y de la vanidad jamás satisfecha; los mismos paseos a pie al caer de la tarde por la "jetée" que aquí se llama el "board-walk"; los mismos parasoles o casetas o frescos sillones de mimbre donde en los intervalos del baño, damas y galanes "flirtean", estimulados con la mútua ostentación de sus cuerpos que el traje de baño moldea y perfila.... Por las noches los teatros y salones de concier-

tos, los bailes de buen tono y los "movies" o cines de moda, los "bars" y los restaurants de los hoteles, arden con suntuosas iluminaciones, ofrecen cuanta satisfacción puede comprar este país de riqueza insolente y turban la paz de las noches oceánicas con las músicas delirantes del "one-step" voluptuoso o del acompasado "fox-trot."

"Coney Island' que es en Nueva York algo como la metrópoli de las diversiones veraniegas, ocupa un rango que le es peculiar, es un centro de la alegría, de la frenética "joie de vivre," que por su índole de placer a todo trance parece ideado por el propio Dios Momo, y por sus enormes proporciones parece construído por un gigantesco Gargantúa jamás cansado de beber y comer, de zambullirse en el océano, de bailar y reir y hacer piruetas y cantar a pulmón lleno en un frenético deseo por hacer de la vida una broma sin fin.

En los parques y salones de diversiones, la democracia reina soberana, pues el recién llegado tiene, si se aventura por esos sitios, que contribuir de grado o por fuerza a la diversión de los demás. Pisos que giran en diversas direcciones y huyen bajo vuestros pies; corrientes de aire que arrebatan el sombrero a los varones y soplan por debajo las faldas de las damás, levantándolas indiscretamente.... La enumeración de esas tramoyas, que parecen comedias de magia, no tendría fin. Hay también salones misteriosos y fantásticos, grutas de fakires, paseos acuáticos y enormes montañas rusas, cuyos pasajeros, llenos de emoción, pasan de pronto por túneles sombríos, donde el más tímido galán se atreve y la más pudorosa niña se resigna. Desde la "Garganta del Dragón" que es su entrada, hasta su estación final, la montaña del "Luna Park" es una odisea de sensaciones jocundas y picarescas. Ella y el "Pavillion of Fun" son sin duda los magnos atractivos del parque jubiloso, basílica de la religión pagana del placer y "trust" de la alegría impetuosa y delirante.

Existen como he dicho, otras playas, más modestas, menos dispendiosas; pero que quizás son aquéllas donde



Vista general de Coney Island.—El Parque Luna.

sus pobladores encuentran mayor beneficio y más real placer. La vanidad y el lujo están proscritos de sus arenas; pero no la sana alegría y las diversiones propicias. Tienen casi todo aquello de que gozan las playas aristocráticas; pero en otra escala, o mejor dicho, en otro plano. Poseen así mismo, hoteles y casinos, teatros y "dancing-halls" y cabarets; pero para asistir a sus fiestas nocturnas no hay que vestir de frac, ni calzarse los "pumps" (zapatillas.)

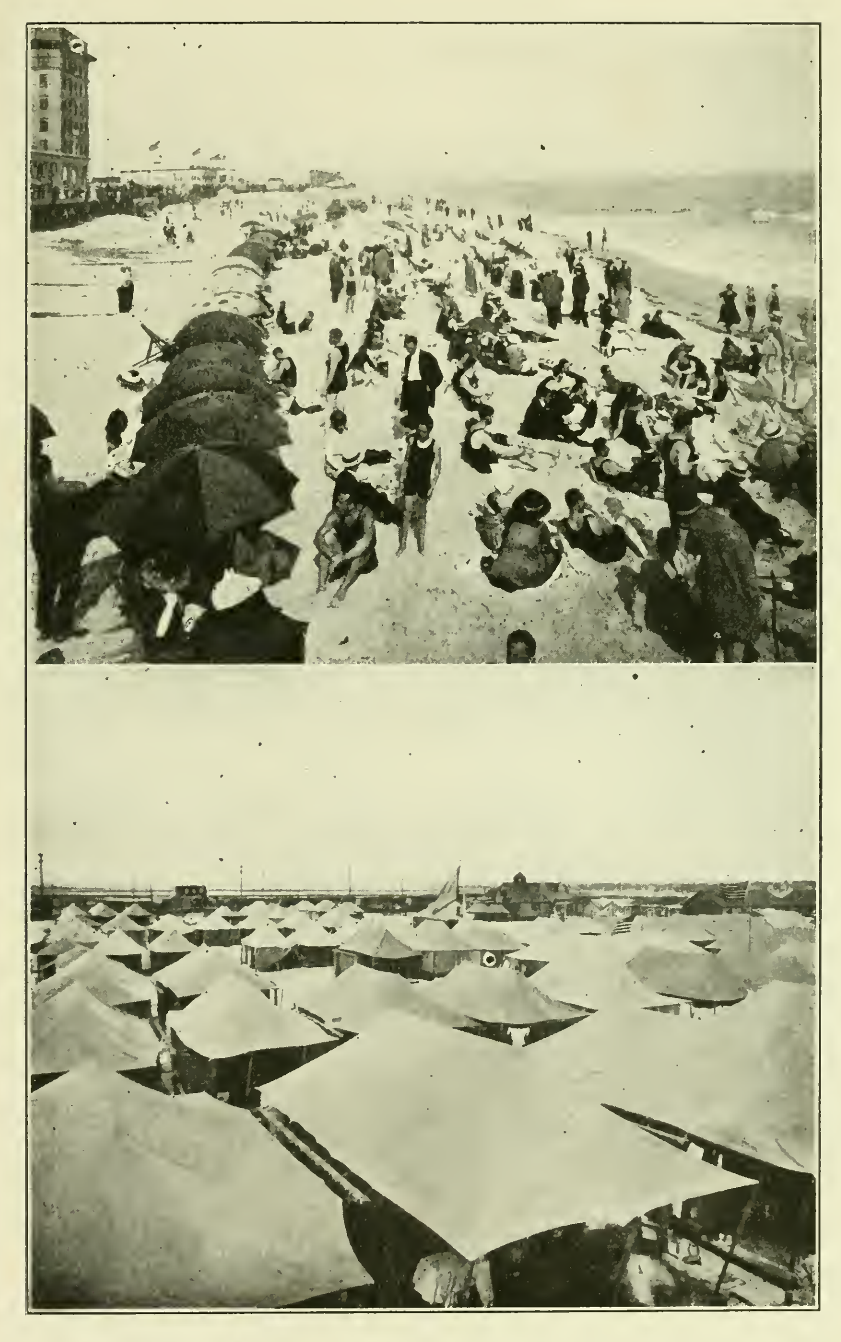
La democracia impera también en los centenares de "bungalows" y en los millares de tiendas de campaña que se alinean en pintorescos campamentos a lo largo de la playa, donde se hospedan multitudes de familias modestas, de alegres jóvenes solteros y dados a los deportes marinos: remo, pesca, natación; de los que disfrutan con entusiasmo juvenil. La vida que allí se lleva, tiene un sello de primitiva rudeza y de pintoresco salvajismo. Es el tipo de la saludable existencia "outdoors"; entre el aire marino que sopla el pulmón vigoroso de los tritones, entre la brisa vigorizadora, y para quienes veranean, no hay gruesos muros que intercepten su hálito bienhechor; nada hay más que la delgada tabla del "bungalow", o la leve lona de la tienda de campaña. Los "bungalows" son casas en miniatura que casi parecen casas de muñecas, y no obstante tienen cuanto el "comfort" apetece. Las tiendas son más primitivas, son lo absolutamente preciso para vivir una vida simple de nómada o de gitano y tienen, sin embargo, el fuego sagrado en forma de cocinas de gas y el agua que corre limpia y entubada por todas las arterias del campamento, por todas sus calles que son pintorescas y bulliciosas y con ese sello particular de alegría y desenfado de todas las playas de recreo.

Alegría y desenfado, he ahí lo que van a buscar los laboriosos y enérgicos vecinos de Nueva York a esas playas donde la vida simple y primitiva los hace descansar del abrumador tráfago humano, donde el cielo abierto sonríe ante sus ojos cansados de los muros altos y grises de "down-town," donde el mar los lava del am-

biente de la ciudad llena de humo y de miasmas, donde la holganza y la libertad los hace vivir como seres emancipados del trabajo continuo.

El baño de mar no es como en otras playas el pretexto; aquí en Coney Island, South Beach, etc., es el objetivo principal. Pasan los mozos atléticos y ágiles luciendo brazos y piernas tostadas por el sol, pasan las "girls" sin timidez, ni vacilación, luciendo piernas de Diana cazadora y brazos blanquísimos que dora el sol. Y allá en el océano protector y cómplice,ellos y ellas se juntan con intimidades que se reanudarán por la noche en el salón de baile o en la penumbrosa sala de los "movies." Una lección de natación es aquí el prólogo de un casamiento más o menos legalizado; sin embargo, el respeto a las señoritas es aquí una institución.

Por el "board-walk", a lo largo de la playa y apenas comienza el sol a descender, principia la vida nocturna de alegría y placer al alcance de todos. ¿Queréis bailar? Allí están sin obstáculos ni etiquetas los salones de baile estremecidos por música y movimiento, con sus tres entradas abiertas en una vasta elipse. ¿Queréis oir la canción de moda? Pues allí en ese cabaret la oiréis pagando un modesto vaso de cerveza y veréis además los actos que la siguen. Y a lo largo del tablado que bordea la playa, veréis tiros al blanco, casillas de mercaderes nipones, cafés, tiendas de refrescos, pabellones de baño y músicas incesantes de orquestas, de pianos automáticos, de canciones guturales, de obstinados "fox-trots", hasta que ya muy avanzada la noche todo el mundo vuelve a "bungalows" y tiendas y el más retardado ve a lo lejos el gran nimbo de luz que cerca a Nueva York, y allá sobre el horizonte, del lado de alta mar, mira una luna roja que parece el fantasma del rojo sol del verano neoyorquino.



En uno de los balnearios cercanos a Nueva York.—Uno de los muchos campamentos de tiendas, donde durante el Verano, la gente pasa una vida de nómadas

LA VIDA DEL EMPLEADO EN NUEVA YORK.

No es el empleado neoyorquino aquel tardo y sombrío burócrata que Balzac delineó tantas veces en las páginas inmortales de "La Comedia Humana." Es quizás su antítesis, pues lo mueve y lo mantiene en plena actividad la vida vertiginosa de esta ciudad que trabaja más aceleradamente que ninguna otra. Y lo que decimos del empleado en general, lo afirmamos también del empleado latino que, dejando las comodidades de su suelo natal, trabaja en los escritorios y en los almacenes de "down-town" y a quien seguiremos en los episodios siempre iguales de su vida laboriosa.

Cuando en las estaciones aéreas o subterráneas de "up-town" veáis los grandes trenes del Elevado o del Subway partir pletórico de una multitud que lee los periódicos matutinos, sabed que esa muchedumbre es de empleados que dejando sus apartamentos de la ciudad alta, Manhattan, o River Side, o Bronx, se dirigen en los trenes a las oficinas de la "ciudad baja," donde los espera su labor cotidiana y adonde es estricta la puntualidad más rigurosa, faltando a la cual el puesto puede ser perdido.

En la oficina el empleado está forzado a una vida monótona y sedentaria que suele costarle la salud; pero en cambio se incorpora eficazmente a la gran maquinaria del negocio y es en ella un órgano bien valioso, una rueda cuya falta comprometería el funcionamiento total. Porque el empleado neoyorquino es de excepcional aptitud; debe poseer el inglés escrito y hablado y toda una educación comercial elevada y basta con todos

los adelantos mercantiles de este pueblo que en esa línea va a la cabeza del mundo. Nada más erróneo, pues, que esa creencia tan general de los latinoamericanos que aquí llegan, ignorando hasta el idioma y quienes imaginan cosa fácil adquirir un puesto. ¡Cuántos sin preparación han tenido rudas decepciones y han pasado por pruebas de miseria que la previsión les hubiera evitado!

La vida espiritual del empleado dentro de su oficina es casi nula; todo es materialismo y negocio que no atempera sino los comentarios del "Base-ball" u otros deportes y uno y otro "flirt" con las señoritas empleadas que suelen ser bellas y atractivas. Así ha transcurrido la mañana, así transcurrirá la tarde; pero en el intervalo llega la hora del "lunch," llena de bullicio, de libertad y alegría.

Los restaurants de Nueva York y especialmente los de "down-town" son de lo más típicos y pintorescos, desde el modesto "lunch-counter" semejante a un ambigú, con sus altos bancos y sus viandas preparadas al alcance de la mano, hasta los "Exchange Buffets," donde el parroquiano va y viene escogiendo sus platillos y bebidas; los consume sin que talvez nadie le vigile y al salir paga al cajero honradamente el precio de lo que ha "luncheado." Esta es una prueba asombrosa de probidad y buena fe y raro se da el caso de que el consumidor defraude con omisiones los intereses del propietario. ¡Bello ejemplo de cultura y moralidad que desearíamos ver manifestarse en nuestras grandes ciudades de la América Latina!

Otro de los restaurants donde concurren a tomar su *lunch* los empleados de ambos sexos es el "Automat," cuyo nombre tiene su origen en el mecanismo de que están dotados, el cual permite a los consumidores ver y servirse ellos mismos las muchas y distintas clases de comidas que ahí pueden tomarse.

El mecanismo de este restaurant es sumamente práctico en esta plaza comercial en que los empleados—que son los que en mayor cantidad concurren a ellos—dispo-



Empleados comiendo, después de servirse ellos mismos, bien en una mesa o en una silla con un brazo al lado.—Otros empleados, de inferior categoría, comiendo su "lunch" en la calle.

nen de tan poco tiempo para comer a medio día, y son además muy ventajosos para los extranjeros que ignorantes del idioma, no pueden hacer una explicación de lo que desean. Ahí ninguna espera ni explicación es necesaria: es unos compartimientos o cajitas de vidrio que pudiéramos comparar con los apartados de las oficinas postales, están los distintos platos colocados en secciones y calidades, ya sean comidas calientes, frías, postres, líquidos, etc., y a uno de los lados de cada *apartado* hay una inscripción con el nombre del plato y su costo en "nickels." Para tomar el contenido de la caja, basta depositar el costo en nickels—sea uno, dos o más—en una ranura puesta junto a un pequeño botón, al cual se le da media vuelta y la tapa se abre automáticamente, quedando de ese modo el platillo a disposición del cliente. El contenido de estas cajas es repuesto en el acto por mozos que están en la parte de atrás dedicados exclusivamente a ese fin.

Igual a este restaurant, hay más de una docena en Nueva York, en los cuales algunas veces se desarrollan chuscas escenas dignas de figurar en una película cinematográfica, y cuya completa descripción ocuparía muchas páginas de este capítulo.

Para los latinos son particularmente atrayentes los restaurants españoles situados en Pearl St., como la "Chorrera," que rememora al de la Habana; "Las Dos Américas," y "Angelo's". Allí se sirven los platillos regionales americanos, frijoles negros, ropa vieja, chile con carne, arroz con pollo, tamales y los fuertes pimientos, gratos al paladar latino. En estos restaurants y en atención a que los artículos que se consumen son en su mayoría importados, los precios son casi dobles que en los establecimientos congéneres americanos.

Después de almorzar el empleado vaga por los alrededores divirtiéndose con los múltiples espectáculos de las calles. Ve al pasar en un puesto de frutas a una pareja de empleados meritorios, cuyo escaso peculio los hace reducir su alimento a lo más frugal. Luego forma rueda con un centenar de curiosos absortos en torno de un orador socialista o teósofo que declama con vio-

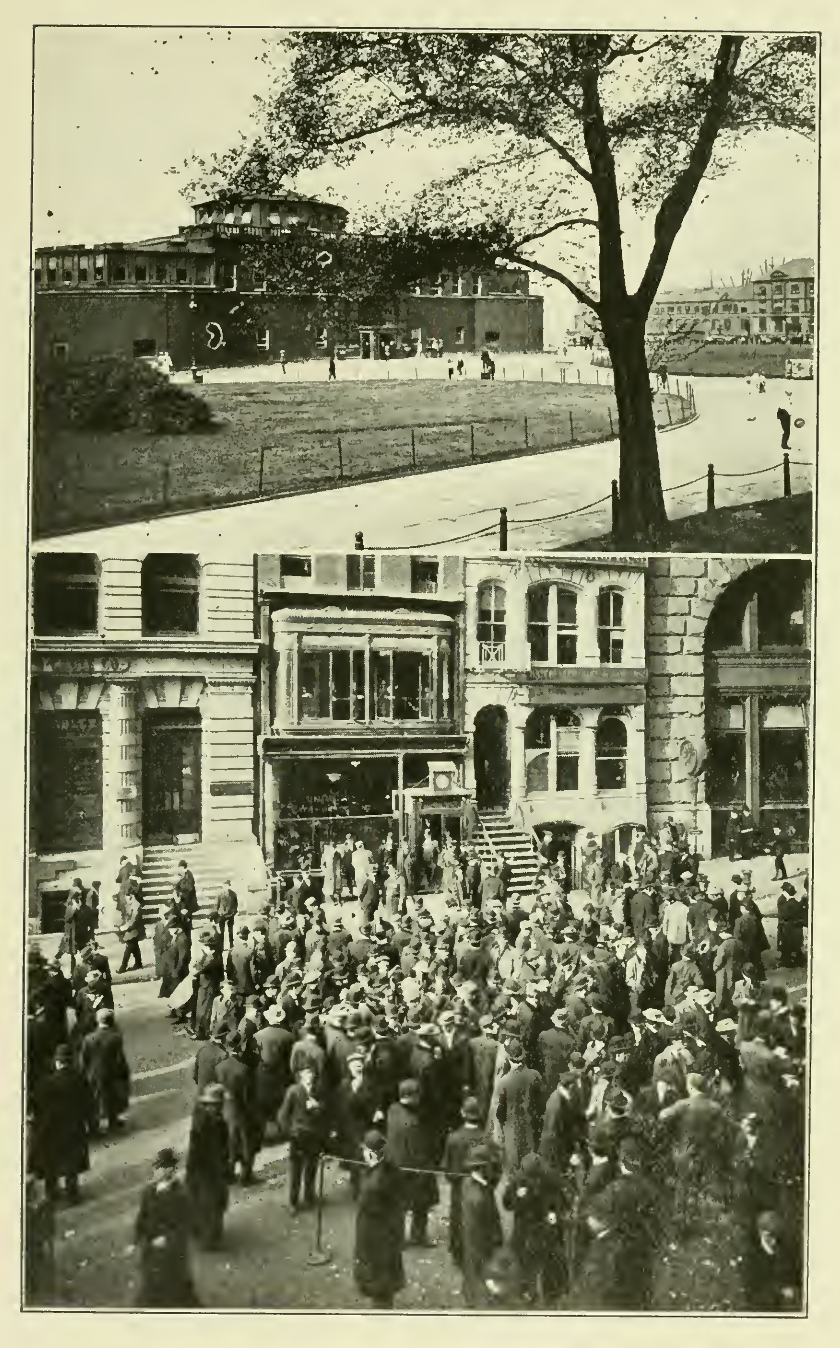
lentos ademanes. Cerca de allí están también las Lonjas Mercantiles de una actividad febril y de un rumor de voces que ensordecen y enervan. Pero nada tan típico como el famoso *Curb Market*, donde en plena calle, en mitad del arroyo, los corredores de acciones o *Stock Brokers*, que no pueden ser miembros del "Exchange Stock" (un puesto en la Bolsa de Valores ha llegado a costar $80,000), se reunen para concertar transacciones, haciéndose señas telegráficas y hablando con las manos desde la calle a los balcones como los sordo-mudos. Aquella asamblea parece conciliábulo de orates y sin embargo nadie más cuerdo que esos avispados e inteligentes traficantes.

Los mercaderes que anuncian o demuestran sus mercancías en plena calle y las noticias escritas a grandes letras en los pizarrones de los diarios en la plazuela del City Hall, son asimismo entretenimientos del empleado a la hora del "Lunch."

En el Acuarium que levanta su estructura circular cerca de Battery Place y donde hay peces de todas las variedades, tamaños y colores se dan cita los empleados y sus compañeras y hablan de amor mientras los grandes "aligators" se mueven torpemente en sus tanques o tras las vidrieras pasan los peces que tienen brillo de ópalos y topacios.

La tarde transcurre en medio de afanosa labor hasta las cinco o cinco y treinta pasado meridiano en que los trabajos concluyen. Entonces se ve algo típico; las grandes casas arrojan sobre las plazas y calles a los tropeles de empleados que se apresuran para tomar por asalto los trenes elevados y subterráneos; es lo que se llama el "rush" (un ímpetu de muchedumbre); los empleados se dispersan en los ámbitos de la ciudad y cada quien vuelve a su casa donde aguarda la cena apetitosa, el baño tonificador y la alcoba confortable.

Y el empleado tras de leer sus periódicos o el cuento romántico de su magazine favorito se duerme y acaso sueña en que pronto volverá la época de sus vacaciones y que en el verano estará en una playa dorada junto



El Aquarium y el típico "Curb Market" en plena calle, donde los corredores hablan con las manos somo sordo-mudos, semejando un conciliábulo de orates. Ambos lugares son entretenimientos para el empleado neoyorkino cuando sale a almorzar.

al mar azul, o en una montaña, en un rústico *cottage* que huele a la resina de los pinos aromáticos.

LA POLICIA NEOYORQUINA.

En el crucero de las calles de gran tráfico, el "officer" o policía neoyorquino, culminando con su alta estatura sobre los demás viandantes, no parece sólo un hombre, sino algo como una estatua simbólica del orden indispensable a la vida social. Lo veréis allí en pleno ejercicio de sus diversas funciones regulando el tráfico con gestos imperiosos al punto obedecidos, amonestando en el dintel de la taberna al ebrio procaz, exigiendo la indispensable licencia al vendedor clandestino, o bien, a la hora de entrada o salida de las escuelas públicas de las cercanías, protegiendo con toda su autoridad y aun conduciendo de la mano paternalmente a los niños cargados de libros y de pizarras.

En estos momentos aquel hombrazo arrogante y autoritario se dulcifica, embromado con los párvulos que lo conocen y lo saludan, y no parece que aquel rubio gigante, bonachón y solícito, sea el que derriba de un puñetazo al peligroso "gangster" o entra revólver al puño en los "raids" o batidas que acosan a los criminales en sus oscuras madrigueras. Y es que el "policeman" neoyorquino comprende y practica también sus funciones de policía preventiva como sus actividades de policía represiva, previniendo con su alerta vigilancia accidentes y delitos y coadyuvando al castigo de quienes infringen la ley. Además de esas atribuciones, tiene el policía de Nueva York sus funciones de regulador de tráfico dirigiendo la marcha de ómnibus, automóviles, carros repartidores, etc., y haciendo pasar a los peatones por intervalos y en grupos presurosos. En

la Quinta Avenida, cauce de un río caudaloso de carruajes y viandantes, la tarea del "officer" es relativamente fácil, gracias a los semáforos que en el centro de los cruceros marcan alternativamente las marchas y los altos de los vehículos; pero en sitios como Columbus Circle, donde pasan 40,000 carruajes al día, o en lugares como los cruceros de Park Row y Frankfurt St., o de Broadway y Fulton, donde pasan a diario 300 o 400,000 personas entre aludes de autos y carros, la misión del policía se complica y requiere casi la ciencia de un estratégico que sin cesar grita voces de mando, toca el silbato clásico o mueve los brazos como aspas de molino para apoyar sus órdenes.

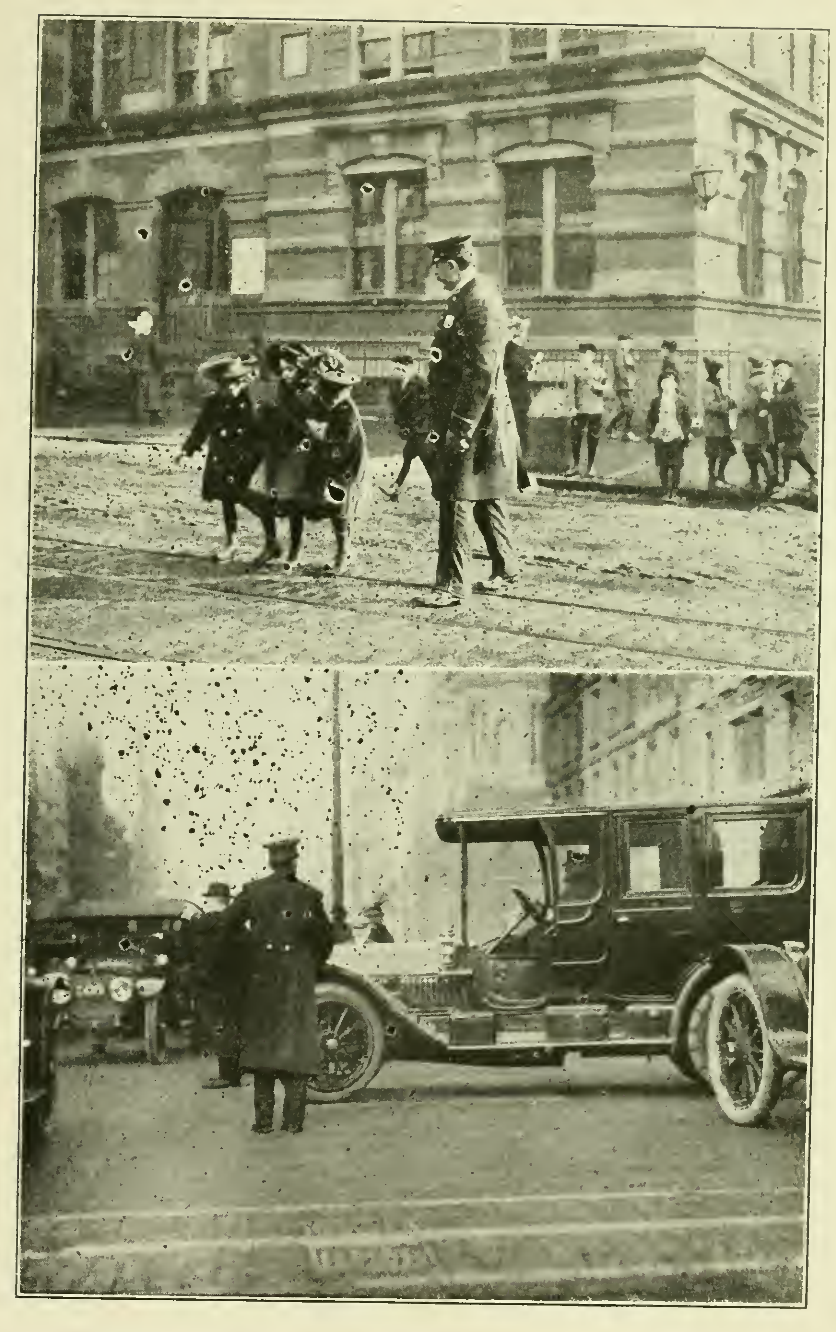
Por esto, así como por otras especiales circunstancias, el buen policía requiere condiciones bien difíciles de llenar y para darse de alta en el Departamento de Policía de Nueva York, cualquier pretendiente tiene que pasar por verdaderas horcas caudinas.

La fortuna viene a ser, además de los requisitos llenados, un factor en la admisión de un candidato en las filas policiacas.

"Muchos son los llamados y pocos los escogidos," podría repetir a este propósito aplicando la conocida sentencia.

En efecto, para darse de alta en el Departamento de Policía, un aspirante necesita llenar toda una larga serie de requisitos morales y materiales, cuya reunión en un mismo individuo es bien difícil.

Tiene el pretendiente que llenar los siguientes documentos: uno respecto de sus antecedentes de familia en lo tocante a salud, ocupaciones habituales, nacionalidad, posición social, etc., otro dando informes sobre el grado de instrucción del solicitante, escuelas a que ha concurrido y testimonios de buena conducta. Todos estos papeles son examinados por las secciones respectivas y su veracidad verificada. Enseguida y después de que las informaciones anteriores han sido satisfactorias, viene el examen de la instrucción moral y cívica del sujeto y después la inspección física y material que es el escollo



La policía ayudando a los niños de escuela a que atraviesen la calle.—Dando señales para regular el tráfico en una de las calles más transitadas

donde naufraga el mayor número de aspirantes. El interesado, completamente desnudo es sujeto a un examen de médicos especialistas que ven si no hay en aquel cuerpo deformidades o cicatrices de antiguas enfermedades. Viene después el examen de la altura y peso de la expansión pulmonar, del funcionamiento del corazón, de la fuerza de brazos y piernas, y los diversos aparatos: estadiómetro, esfimógrafo y dinamómetro, funcionan para comprobar las cualidades o defectos del individuo. Una vez triunfante de estas pruebas, el aspirante novicio es sometido a una práctica preparatoria, llamada de emergencias, en la cual se le instruye en el conocimiento de auxilios inmediatos en caso de accidentes. Después de dos meses de estas prácticas, el "freshman" o recluta puede ser ya un cabal "policeman," a quien no le faltarán ya más que la sujeción a los reglamentos y las hazañas de inteligencia o de valor para escalar los puestos más altos en la carrera policiaca. Todo lo anterior se refiere únicamente a los "policemen" uniformados que en número de 10,000 cuenta la ciudad de Nueva York, pues en cuanto a los 20,000 detectives o agentes del servicio secreto, las condiciones varían sensiblemente.

Por lo expuesto se habrá podido ver cómo el Municipio de esta urbe defiende a los ciudadanos contra los ataques de los malhechores y de los enemigos de la ley y en qué grado de eficiencia y de superioridad ha llegado a colocar, por medio de una selección rigurosa, a los guardianos del orden, de la vida y de la propiedad.

Sólo así puede conseguir una comunidad ciudadana, al contrario de lo que pasa en las ciudades de Hispano-América, que el policía sea obedecido y respetado y no un objeto de desconfianza, de burlas y de escarnio.

UN DIA DE ELECCIONES EN NUEVA YORK.

Todo puede negarse al pueblo americano, menos el poseer un gran civismo. A pesar de la mezcla de razas todos sus habitantes, nacionales y nacionalizados, conocen y saben cumplir con sus deberes de ciudadanos y con sus obligaciones políticas. Esto se hace evidente en las grandes ciudades, en Nueva York principalmente, y sobre todo, en Nueva York en un día de elecciones.

Mucho antes de que éste llegue, el movimiento electoral se va preparando; los partidos se alistan y entran en juego, como medio de propaganda: los clubs y asambleas, los gremios diversos, los periódicos, los oradores y en general, todos los recursos de persuación con que cuenta este país del anuncio y de la publicidad.

A medida que el día de elecciones se acerca, ya sean éstas para funcionarios locales que interesan a cada entidad política, o federales, que atañen a toda la Unión, el movimiento se acentúa, los partidarios de cada candidato aumentan la intensidad de su acción, los periódicos llenan sus columnas, los anuncios se multiplican y los oradores de club al aire libre pululan por doquiera.

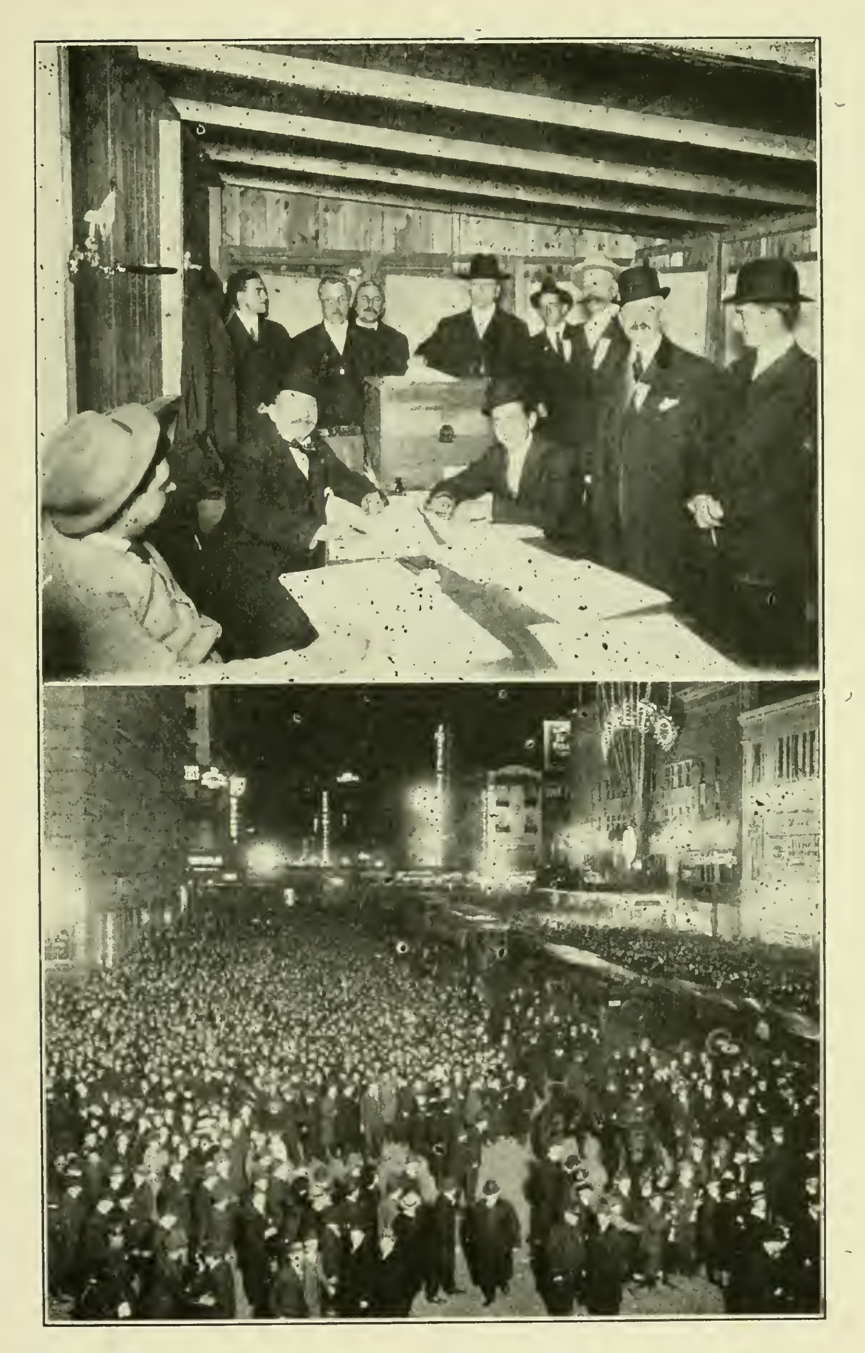
La víspera de elecciones la actividad política ha llegado a su "climax." En los ferrocarriles elevados, subterráneos y tranvías se multiplican los anuncios con los retratos de cada candidato y los puntos más prometedores de su programa; los agentes propagandistas recorren en automóvil o carruaje los diferentes barrios de la ciudad pronunciando en cada esquina discursos que tienen por objeto hacer la apología del candidato que defienden.

El que quisiera oir en estos discursos ejemplos de la elocuencia clásica de Cicerón o Dantón, resultaría defraudado; ni siquiera un trasunto de la elocuencia latina peculiar sud-americana pudiera encontrarse entre estos tribunos al aire libre que sólo pugnan con su común lenguaje y su basta declamación, por ganarse las simpatías del pueblo bajo, a quien conquistan por medio de anécdotas y chistes adecuados a la mente popular.

Sucede a veces que mientras uno de estos oradores se dirije al público, por el mismo sitio pasa un ruidoso desfile callejero de adeptos al partido contrario y es de verse entonces una manifestación de verdadera democracia y cómo se respetan unos a otros aún siendo enemigos, conscientes como son, de ejercitar derechos igualmente legítimos. Esto que pasa en las calles acontece también en más altas esferas y los candidatos a puestos públicos que en diversos periódicos exponen sus planes administrativos o políticos, pocas veces recurren al insulto y saben respetarse siempre mutuamente. El que diera ese triste espectáculo sería motivo de impopularidad para él mismo, de parte de sus propios partidarios.

Como pequeño paréntesis debo mencionar que el movimiento político de las mujeres hacia el sufragio, tiene aquí el mismo carácter de orden y mesura que caracteriza a los demás. Nunca las sufragistas de América se han entregado a los histerismos de sus colegas en Inglaterra, ni han roto vidrios, ni destruído obras de arte en los Museos, ni han arrojado vitriolo en los buzones postales. La mujer americana por este simple hecho afirma una moralidad y un civismo superiores a los de las inglesas. Las sufragistas americanas para triunfar han hecho cosas de gran energía, de gran abnegación, y de gran ingenio; pero nunca han recurrido ni a la violencia ni al escándalo; ello las honra.... Las sufragistas de Nueva York, que perdieron en años pasados, volvieron a emprender con más ahinco su campaña y de ahí el que hayan obtenido un triunfo completo en las últimas elecciones.

El día de las elecciones es por eso mismo un día festi-



Depositando el voto en una de las urnas electorales.—Frente al diario "The N. Y. Times" esperando, antes de media noche, el resultado de las elecciones

vo. Todo el mundo debe dejar sus ocupaciones habituales y estar apto para cumplir con sus deberes de ciudadano.

Todos los votantes se han registrado con anterioridad en sus respectivos distritos y al llegar el día del sufragio, van a su casilla electoral donde son minuciosamente identificados y provistos de un boletín donde nada pueden hacer más que poner una cruz afirmando con ella o negando la aceptación de un candidato o de una reforma; pero aún esto tiene que hacerlo dentro de un pequeño separo llamado "booth", para que nadie sepa cómo ni por quién votó. En la casilla electoral hay inspectores de todos los partidos que se vigilan unos a otros; de manera que con todas estas precauciones el fraude se hace imposible. A ningún agente o propagandista se le permite acercarse a menos de cien metros de la casilla y la policía, la gran policía de estas ciudades, cuida de reprimir toda infracción.

A las cinco de la tarde ha cesado toda votación y desde ese momento el pueblo no hace otra cosa más que esperar los "returns" o resultado de las votaciones. Entonces es cuando comienza el aspecto verdaderamente pintoresco de un día de elecciones. En toda la Unión es lo mismo; pero nosotros tenemos el privilegio de verlo en Nueva York, en el centro de esta gran metrópoli, en el mismo Broadway. Los principales centros de estas emociones son, por supuesto, los parajes frente a los edificios de los grandes diarios, desde City Hall, donde están el "World" y el "Tribune", hasta *Times Square, Herald Square*, donde están los diarios de ese nombre, o *Columbus Circle*, donde donde el "New York American" tiene una sucursal. Todos los periódicos han colocado en sus fachadas grandes "Light-Boards" o lienzos para proyecciones en los que deben aparecer, conforme se vayan sabiendo, los resultados de las votaciones. Además, en la cúspide de los más altos edificios *Times, World, Metropolitan*, hay luces y reflectores que con señales luminosas, de antemano convenidas y conocidas

por el público, dirán los grandes resultados que toda la inmensa ciudad podrá ver.

Todo el mundo se ha echado a la calle, toda la ciudad está en Broadway, los mimados de la fortuna en los teatros, restaurants y "cabarets;" las gentes de bronce en las tabernas que, cerradas todo el día, acaban de abrirse, y el pueblo en las calles pululando como un río humano y todos, hombres y mujeres, no hacen más que esperar los resultados de las votaciones.

El ruido es ensordecedor; imaginen Uds. que casi todos los transeuntes están provistos de matracas, trompetas y cencerros que hacen sonar sin descanso los jóvenes con el entusiasmo de la juventud, y los que ya no son jóvenes contagiados por ese mismo entusiasmo. Aquello es un delirio y un vértigo y no obstante, el respeto mútuo, el orden y la compostura dentro de esa vorágine son asombrosos.

La multitud se arremolina frente a las pantallas de los grandes diarios y cada resultado de los votos es saludado con aclamaciones de aquéllos a quienes satisface. En los intervalos el cinematógrafo funciona, proyectando alegorías patrióticas, los retratos de los candidatos, los de Washington y Lincoln, y algunas veces simples escenas que regocijan al público. El entusiasmo se prolonga hasta mucho después de media noche, sin que el movimiento decaiga, ni el ruido ensordecedor se aminore. El pueblo ávido quiere saber hasta lo último quién regirá sus destinos. Ya muy tarde se tiene la presunción, sino la certidumbre, de quiénes serán los que triunfen. El victorioso aceptará su triunfo sin soberbia, y el vencido su derrota sin despecho. El candidato derrotado, estén Uds. seguros de ello, felicitará al vencedor.

Y sea cual fuere el resultado de la jornada comicial, todos los corifeos que han luchado con entusiasmo en la propaganda de sus aspiraciones y de sus ideas, se darán la mano fraternalmente después de terminada la lucha y proclamarán juntos al ciudadano americano que resulte triunfante, restableciendo la perfecta armonía, la

absoluta cordialidad que bajo un gobierno, ya sea republicano o democrático, ha vivido y que ha hecho posible el desenvolvimiento de esta era de extraordinaria prosperidad de que disfruta esta nación.

¡Oh, gran ejemplo de la verdadera democracia de un gran pueblo!

"THANKSGIVING DAY."

Esta celebración cuyo nombre en castellano es "Día de Gracias", la observan y la guardan en todos los Estados Unidos, desde las montañas del Norte hasta los desiertos del Sur, desde la costa del Atlántico hasta la ribera del Pacífico.

Pero ¿qué significa esta fecha que el último Jueves de todos los meses de Noviembre, fecha señalada por el Presidente de la República y por los Gobernadores de los Estados, parece conmover a todos los habitantes de la Unión?

A juzgar por lo que exteriormente puede verse en Nueva York o en cualquier ciudad norteamericana, el "Thanksgiving Day" no es sino algo como un pretexto para que la gente descanse de sus labores cotidianas; para que todo el mundo coma a satisfacción; para que los mimados de la fortuna corran en automóvil y acudan a los restaurants de moda, colmados por una multitud sensual y vana, y para que los muchachos de la ciudad, desde el centro hasta los barrios, se pinten la cara, se vistan con harapos multicolores y, con ese pretexto, se dediquen a pedir centavos a los transeuntes. No parece otra cosa más que un festival pagano, glotón y carnavalesco el "Thanksgiving Day."

Desde algunos días antes, las tiendas de comestibles, mercados de aves, los "Delicatessen Stores" que son algo así como las pastelerías y "epiceries" parisienses o los ultramarinos españoles, presentan en sus aparadores inusitados aspectos y exhiben con el arte especial que este pueblo tiene para vender, todo lo que puede recrear

el espíritu y seducir la vista de golosos y gastrónomos. De todo hay allí: rollizos, jamones, quesos de mil procedencias, frutas al natural y cristalizadas, vinos, legumbres, conservas, faisanes bellamente emplumados, cabezas de jabalí y cuarterones de venado. Pero lo que hace la nota dominante, es la exhibición de pavos de todos pesos y tamaños, desde los opulentos de Virginia hasta los más pequeños y sabrosos de New Jersey y alrededores de Nueva York. Pavos frescos, matados de ayer y pavos refrigerados hace varias semanas... Estas tiendas colmadas de comestibles crudos y aderezados, hacen pensar en aquellas montañas de viandas que con su poderosa pluma escribiera Zolá en su inmortal novela "El Vientre de París." Y es necesario, es imperativo y forzoso que todo americano que se respete y aun el que se tiene en poco, coma pavo solamente a medio día o en la tarde del "Thanksgiving Day." Los millonarios lo comen trufado; el simple rico lo irá a comer al restaurant Sherry's, o al Delmonico o a su club; la clase media lo campará por libras; los más pobres entrarán por diez centavos a un "raffle" o rifa de las muchas que se celebran entre amigos la víspera de la fiesta, con el preciso objeto de proveer con un pavo a quien no tiene otros medios de obtenerlo. Pero podéis estar seguros de que el último Jueves de Noviembre, el que no comiere pavo, lo probará con toda certeza el día de Navidad.

Con esa certidumbre echaos a andar por las calles de la ciudad, a cualquier hora del día, y vereis muchas calles casi desiertas, como sucede en algunos días festivos de Nueva York. La gente está en sus casas comiendo pavo o preparándose a comerlo, y algunos pobres ansiando comerlo; pero en cambio, la chiquillería de todas esas casas de varios o muchos pisos, de cuatro habitaciones en cada uno y en cada habitación cuatro chiquillos, todos han invadido las banquetas, luciendo unos máscaras, otros las caras embadurnadas de negro y rojo, todos vestidos o disfrazados con los más grotescos harapos y todos pidiendo al viandante el "penny," el cen-



Ultimo pavo obsequiado al Presidente McKinley.—Niños disfra zados el día de "Thanksgiving," pidiendo centavos por la calle

tavo codiciado. Con frecuencia se encuentra uno con algunos de estos niños vestidos de mujer apareciendo como la "esposa" de uno de sus compañeros...

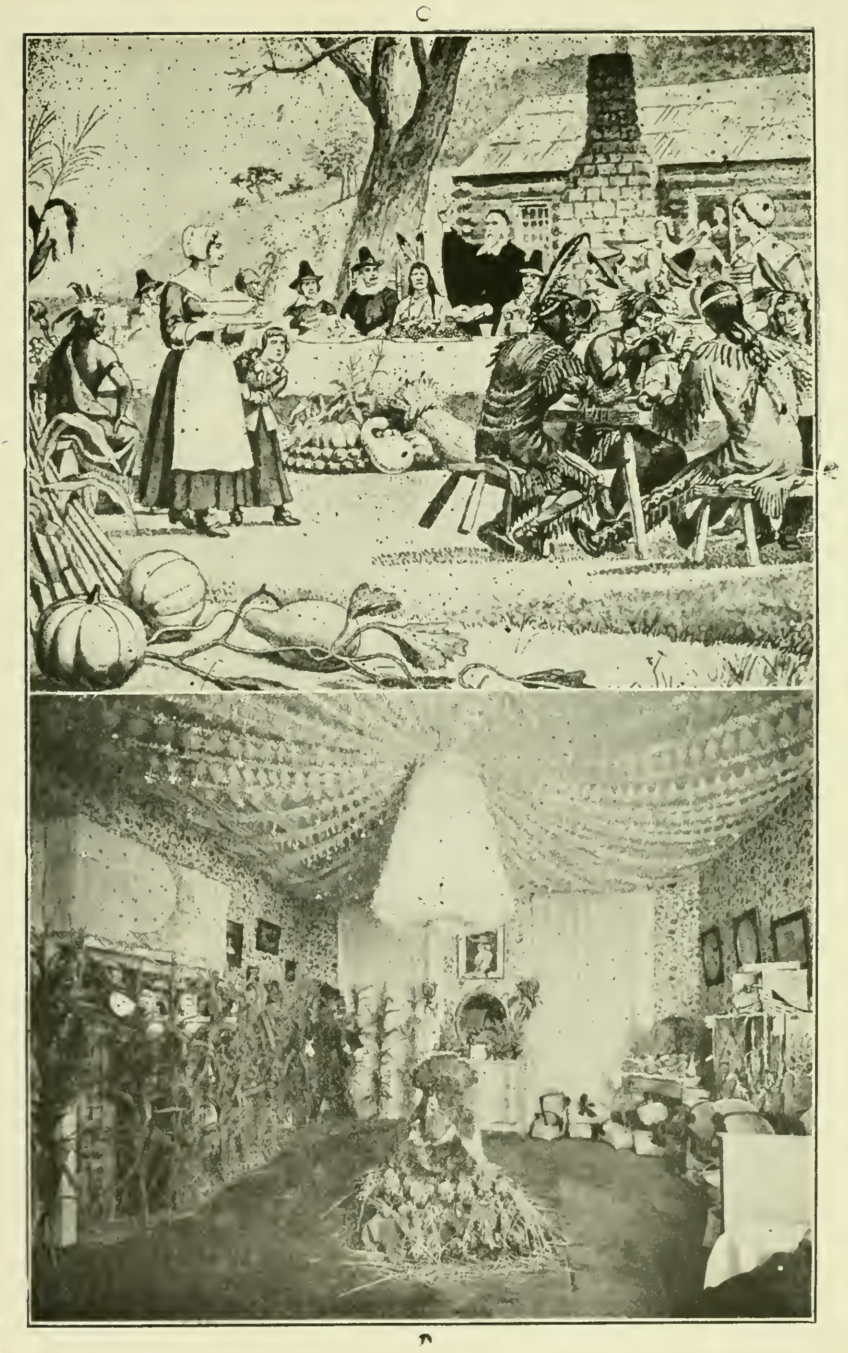
Este es casi todo el aspecto exterior y profano del "Thanksgiving Day." Pero ¿acaso tiene otro oculto y religioso?

Al azar cojo los periódicos del día. Unos dicen que los pavos han estado un poco más caros que otros años; pero que en cambio el "cranberry", fruto con que se adereza, está más barato. Otro da esta cifra estupenda: New York, el "Thanksgiving Day" come pavos por más de un millón de dollars! Pero todos los diarios concluyen sus artículos recomendando que no se olvide que esta fiesta no es sólo un motivo de hartazgo y gula, sino una celebración religiosa.

Sin embargo, muchos habitantes de Nueva York y de otras poblaciones americanas han olvidado que el "Thanksgiving Day" es el día escogido para dar las gracias al Ser Supremo por las mercedes recibidas durante el año. Han olvidado que cuando esta tierra se llamó Nueva Inglaterra, allá por 1620, los peregrinos al llegar celebraron su primer "Thanksgiving"; que luego con los indios, al lograr las primeras cosechas, celebraron una semana entera de acción de gracias. Luego, en 1630, la colonia de Massachusetts observó el primer "Thanksgiving" civil cuando llegaron los buques de Winsthrop's Co.' y por fin, en 1637 toda Nueva Inglaterra festejó con fiesta idéntica la derrota de los Pequots. Más tarde, el Gobernador Andros hizo la fiesta de observancia obligatoria en toda la Nueva Inglaterra. Entonces se oraba en verdad en el seno del hogar y bajo las naves de los templos. Se oraba también después de la Revolución cuando en 1777 se celebró con un gran "Thanksgiving" la Independencia y Unión de las Colonias, y quizás aún se oraba fervientemente cuando en Agosto de 1863, el Presidente Lincoln decretó un Día de Gracias especial para celebrar la victoria de Gettysburg.

Pero hoy ya no se ora fervientemente en toda la Unión

Americana; cuando menos en Nueva York y en algunas otras importantes metrópolis de este país, olvidan hasta cierto punto al Todopoderoso por su nuevo dios: el Dollar, y en aras de ese dios las cantinas y otros lugares públicos (donde acude mucha gente después de salir de las iglesias), están abiertos todo el día; los chiquillos hacen mascaradas y los grandes comen a dos carrillos.



El primer "Thanksgiving" que celebraron los indios—Aspecto de una sala de baile, que antíguamente se verificaba al terminar las mieses.

EL "CHRISTMAS" EN NUEVA YORK.

Teniendo por heraldos a los vientos invernales y por decoración los armiños de las primeras nevadas, llega el "Christmas" (como le llaman aquí a la Navidad), a Nueva York envolviendo a la ciudad mercantil y afanosa en una atmósfera saturada por la mística poesía de la leyenda cristiana. Mucho antes de que llegue la fiesta propiamente dicha, el aspecto habitual de la ciudad se transforma; los almacenes de lujo y las tiendas populares se adornan con singular esmero, las calles de las barriadas se decoran con las ramas y arbustos de cedros, pinos y abetos que formarán en los lugares el luminoso y legendario Arbol de Navidad.

En los almacenes los artículos de comodidad o de lujo destinados al intercambio de regalos que es de rigor en este día, se presentan a la vista del público de la manera más fascinadora y quienes van de compra: hombres o mujeres, ricos o gente modesta, no tienen otra perplejidad que lo que llaman los franceses "l'embarras du choix."

Cerca de Broadway, junto a la intersección de la 6a. Avenida, hay un gran almacén que en el Christmas realiza portentosas utilidades: es una casa popularmente conocida por "La Tienda del Millón de Regalos," e ilumínase "a giorno" durante todo el mes de Diciembre y su inmensa fachada luce millares de foquillos eléctricos rojos y verdes, peculiares de las decoraciones de la Navidad.

Los aparadores de esa casa y de otras que se dedican al mismo comercio, presentan un arreglo tentador cuanto puede ser ofrecido como un regalo, desde las alhajas

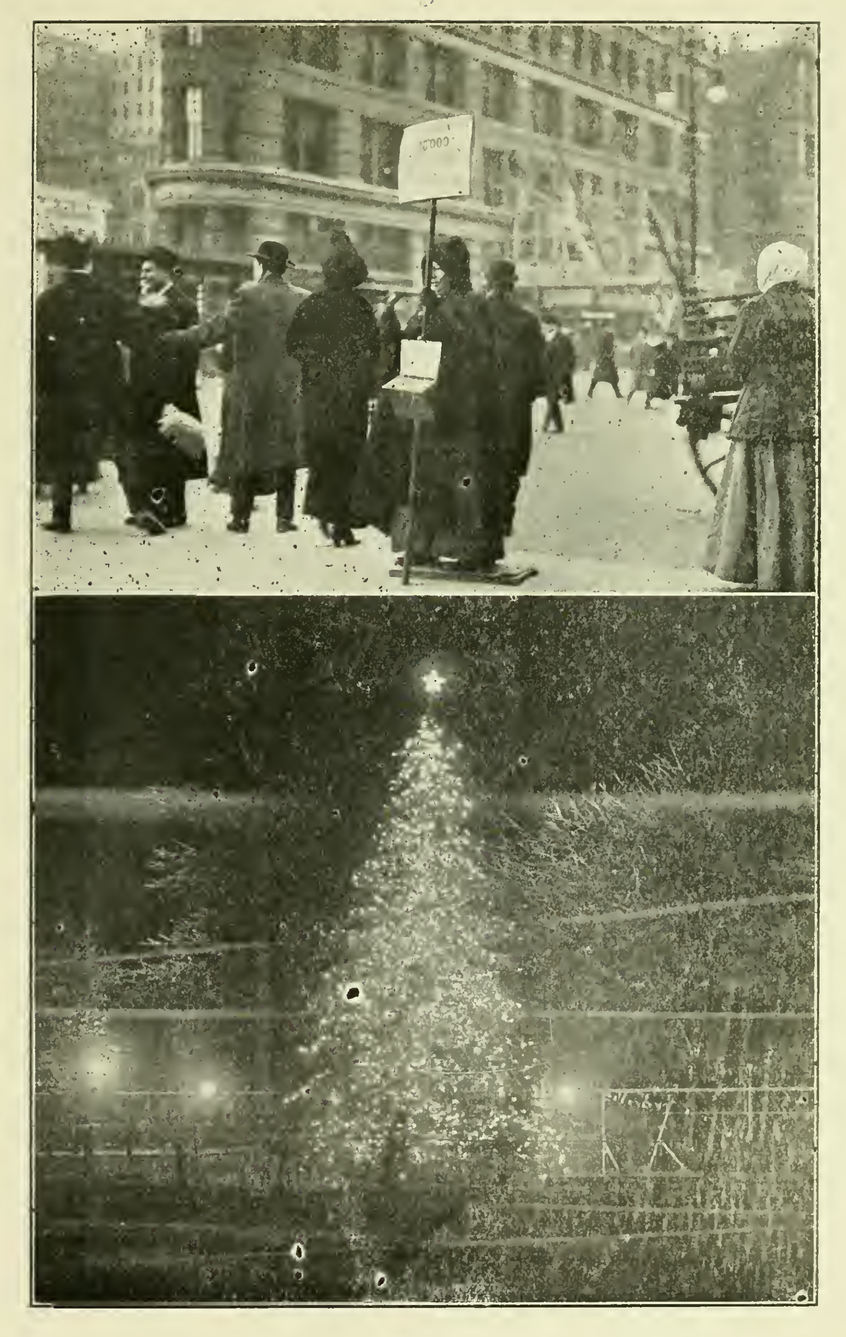
y las pieles costosas, hasta los juguetes, las flores y los dulces.

Como en el "Thanksgiving Day," o sea "Día de Gracias," el paganismo y la sensualidad se mezclan al carácter religioso de la fiesta y los mercaderes de comestibles, desde el "grill room" o la "rotisserie" de moda hasta la "delicatessen" o tiendas de golosinas del arrabal, se afanan por provocar la gula y tentar el apetito del público. El pavo vuelve a ser el suculento tema de esta solemnidad, y con los pavos, los manjares nacionales y diversos de la población cosmopolita, el "pudding" inglés, el "panetón" y las castañas del italiano, el "oreios" del griego, el "boudin" del francés, todo rociado con los vinos clásicos: Borgoñas, Ohio, Tokay, Moscato-espumante y la aristocrática y universal champaña.

Nadie podrá penetrar a un restaurant o cabaret si de antemano no ha hecho separar su mesa y el público que allí acude, vestido con traje riguroso de "soirée," se tiene a veces que formar en hileras para lograr el acceso de sus respectivas mesas. En los "halls" de los hoteles de moda y en el centro de los comedores de las fondas de lujo, el Arbol de Navidad constelado de luces y brillante bajo la escarcha de plata, abre sus oscuras ramas como un núcleo mismo de la fiesta.

En las esquinas de las calles aparecen con túnicas y hopalandas de bermellón las mujeres de la "Salvation Army" y los legionarios de los "Volunteers of America." Estos tipos son absolutamente característicos de la fiesta cristiana en Nueva York; las afiliadas a la "Salvation Army," bajo sus botas rojas y junto a un trébede de donde pende la marmita para recibir el óbolo de los transeuntes, están de pié bajo la lluvia y la nieve y así mismo los Voluntarios de América, cuyo disfraz, un tanto grotesco, es el atavío, y lucen las barbas blancas del clásico *Santa Claus* que llena la imaginación infantil de misteriosas alegrías

Y aquí es oportuno decir algo sobre los símbolos usados en la Navidad, y que a través del tiempo han perdido su significación primitiva.



Otro grupo de mujeres del "Salvation Army" con túnicas y hopalandas de berbellón, recolectando fondos en una plaza.—El tradicional Arbol de Navidad.

El Arbol de Navidad, abetos, pinos cuyo follaje nunca cae, es un símbolo de la vida inmortal del eterno crecimiento; las bugías que entre sus ramas lucen, rememoran la estrella que guió a los Reyes Magos; los regalos y juguetes simbolizan los dones que Dios concede al justo; *Santa Claus* que llega cargado de regalos para los niños, es la personificación de los mismos Reyes Magos que depositaron sus ofrendas ante la cuna del Niño Dios y, por fin, son también símbolos los himnos ("carols") y villancicos de Navidad, los cantos que ángeles entonaron cuando el divino nacimiento, el cántico que acompañado de las harpas celestiales decía: "¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!"

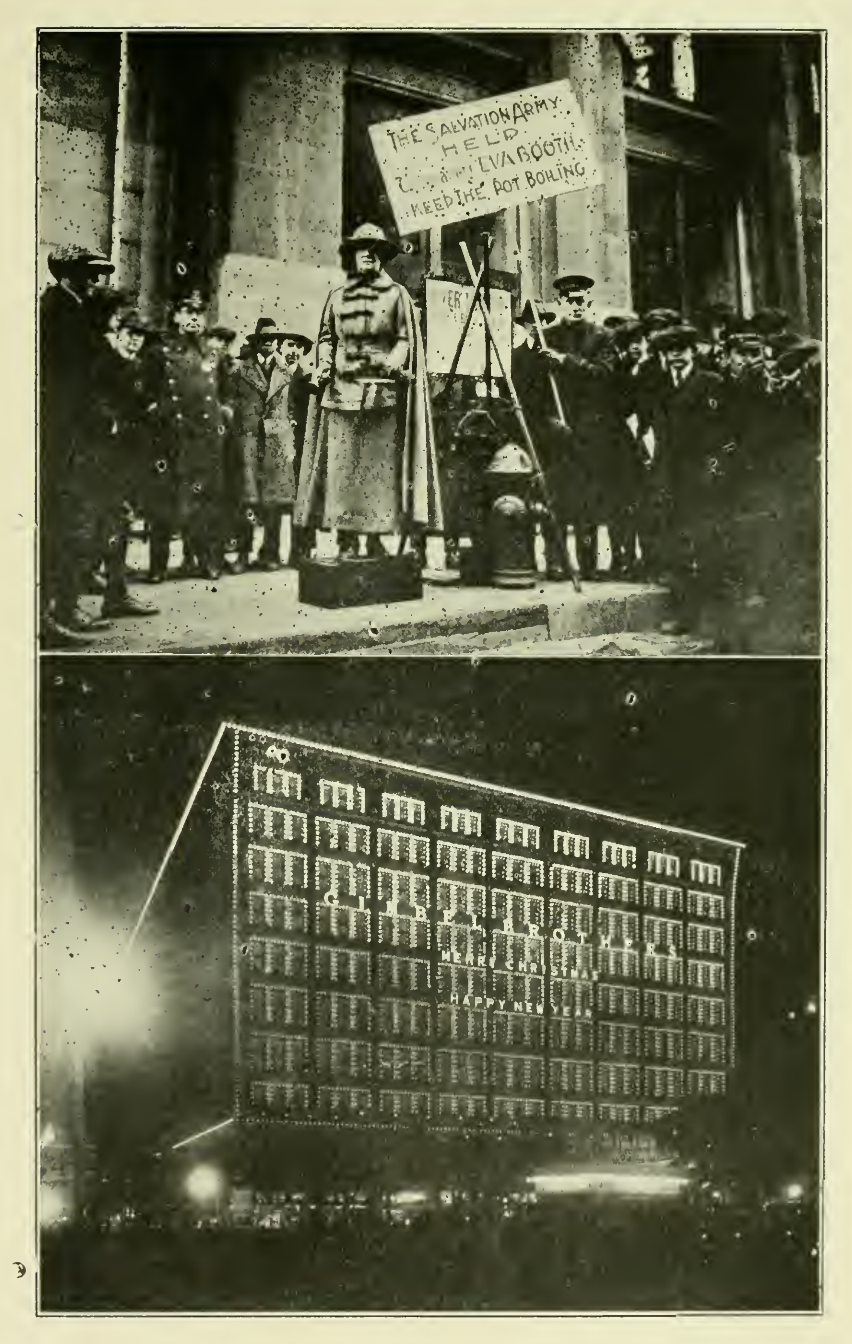
Pero los símbolos se pierden y así como al declinar el paganismo, cuentan que por las playas helénicas oíase una voz funeraria y desolada, pregonando la muerte del Gran Pan, así entre las horas ruidosas de la Noche Buena neoyorquina, entre el jadear de los automóviles, las risas de las mujeres, el descorcharse del champagne y el violento y pecador compás de las músicas mundanas, hay intervalos de pavoroso silencio, en los cuales la conciencia parece ver parpadear la idea mística como una lámpara que está próxima a extinguirse....

Apenas si allá, rumbo a las iglesias cuyas agujas góticas apuntan al cielo tenebroso, se oye el grave son del órgano y se distingue entre el flamear de los cirios, la gente que acude a orar, como en los remotos tiempos de la fe arraigada en las almas.

Hoy los repiques de las catedrales suenan menos que el gran vocerío, y el estruendoso frenesí de la fiesta pagana con la humanidad de las grandes ciudades, conmemora la venida al mundo de un Dios que predicó la simplicidad y el bien obrar.

Y aquí en Nueva York, la urbe de los contrastes dolorosos, no lejos de los teatros y los restaurants de Broadway, ardientes como ascuas y llenos de una multitud que no sabe cómo gastar su fastidio y su dinero,

suelen verse a lo largo de las avenidas las sombras agobiadas y errantes de los tristes, de los pobres, de los desamparados, con el alma aterida, o a quienes la nieve azota y los que no tienen Noche Buena ni Navidad!



Las afiliadas al "Salvation Army", bajo sus batas rojas y junto a un trébede de donde pende una marmita para recibir el óbolo de los transeuntes.—Casa popularmente conocida como "La Tienda del Millón de Regalos" iluminada **a giorno.**

EL INVIERNO EN NUEVA YORK.

Quien ve por primera vez una nevada experimenta sin duda la misma sensación de misterioso asombro de quien por vez primera contempla el mar, pues después del Océano es sin duda la nieve, uno de los cuadros más espectaculares y panorámicos que la Naturaleza pueda ofrecer a la admiración humana. Este espectáculo, que tantas leyendas, tantas baladas, tantos poemas ha inspirado a los artistas, es en Nueva York particularmente interesante y varía en carácter, según los diversos distritos y barrios donde se contempla. Hasta en eso hay diferencias sociales entre los ricos y pobres en esta gran ciudad que presume de democrática, y la nieve blanca del Parque Central y Quinta Avenida, no es la nieve morena y fangosa que cae sobre los lamentables habitantes del "Bowery" o del "East Side."

La primera nevada neoyorquina se registra siempre en el mes de Diciembre hacia la Navidad, aunque suele anticiparse. Ya los cierzos otoñales han requemado los árboles de los parques y cambiado la esmeralda primaveral por opacos tonos de cobre y de oro viejo, y precisamente cuando las últimas hojas secas se van, es cuando llegan los primeros copos de nieve... Como el presagio de ellos, corta la atmósfera un viento glacial y una mañana al asomaros a vuestra ventana notáis un silencio inusitado y veis la extraña red de plata que meciéndose en el aire tejen los copos al caer... Notáis enseguida que la calle toda, asfalto, banquetas, escaleras, cornisas y salientes de edificios, todo está blanco de una blancura total, mate como el azúcar en la sombra traslucida y nacarada donde la luz brilla.

Hay paredes enormes donde la nieve arrojada por el viento ha ido a azotar y que se ven tan blancas como si las hubieran encalado. En otros edificios los techos y las cornisas parecen ornados con guirnaldas de alabastro o de mármol de Paros, y el pavimento todo está tapizado con una alfombra espesa y blanquísima sobre la cual se apaga el ruido habitual de los peatones y carruajes. Sólo los trenes elevados a lo largo de las avenidas siguen corriendo con su fragor acostumbrado y haciendo caer desde lo alto sobre la calle los fragmentos de la nieve desprendida a cada trepidación. Esto me cabe en suerte verlo todo el día desde la ventana de mi oficina, a cuyo lado pasan constantemente los trenes aéreos.

El tráfico de carruajes suele modificarse y hasta obstruirse cuando la nevada es excesiva. Los grandes caballos de tiro resbalan y caen, los automóviles patinan y los transeuntes caen a menudo en las más grotescas posturas.

Si después de la nieve cae la escarcha, entonces el piso se hace tan peligroso que los "janitors" o porteros se apresuran a esparcir aserrín, arena o cenizas sobre las banquetas para hacer posible el tránsito. Igualmente el Municipio coloca en las boca-calles grandes cajas de arena, que en ocasiones, regada sobre la nieve, permite a las bestias de tiro, avanzar sin caer.

Antes de pasar adelante diremos que en esta ciudad existe una superstición, según la cual, si un extranjero resbala y cae sobre la nieve de esta metrópoli, no saldrá de Nueva York, sino que se quedará como ciudadano de ella.

Los que gozan más durante las nevadas son los niños de esta urbe. Para la chiquillería los juegos abundan. Forrados en lana espesa salen a la calle y emprenden batallas y pedreas en que los proyectiles son las bolas de nieve; con ella edifican caprichosas estructuras y esculpen grotescos muñecos; patinan sobre las banquetas o bien subiendo en tropel a las colinas de los parques,



"Y todos, hombres y mujeres, apesar de la enorme multitud que allí se congrega, resbalan, giran y se deslizan donairosamente sobre la superficie del lago tersa como un espejo de plata."

se dejan caer desde la cumbre, tendidos abajo, sobre pequeños trineos.

Cuando en los lagos de los parques "Central" y "Van Cortlandt" el hielo ha adquirido la consistencia requerida, a juicio de los peritos, la Administración Forestal permite a los patinadores que usen esos lugares como centros de "sport", y el patinar sobre esos lagos es uno de los mas típicos espectaculos de la estacion invernal en Nueva York. Con igual alborozo que si fueran a un baile acuden allí las parejas, las damas, luciendo hermosas pieles en abrigos-boas y manguitos, los varones tambien abrigados o luciendo los gruesos "sweaters" de lana apropiados a este "sport." Y todos, hombres y mujeres, a pesar de la enorme multitud que allí se congrega, resbalan, giran y se deslizan donairosamente sobre la superficie del lago tersa como un espejo de plata.

El espectaculo de los parques, sobre todo del Parque Central, bajo la nieve, es uno de los mas hermosos. Los paisajes parecen engrandecerse; las fuentes llenas de carambanos y estalactitas fingen estar adornadas con festones de lirios y de azucenas; los árboles inmoviles y desnudos parecen forrados o tallados en marmol y entre las resquebrajaduras de las peñas, la nieve cuelga con las formas mas caprichosas.

En todas partes, en "squares", parques, calles y avenidas, la nieve es bella, y hasta cayendo en lentos copos sobre las grises aguas del Hudson o del río del Este, la nieve tiene su poesía.

¡Pero también tiene su dolor y su tristeza!; os he dicho que Nueva York es la ciudad de los contrastes y los tiene trágicos y crueles.

Habéis visto en la Quinta Avenida los lujosos automóviles con "chauffeurs" y lacayos forrados de pieles, habeis visto resbalar sobre las calzadas del Parque Central los ricos trineos tirados por caballos de pura sangre, habeis visto el lujo insolente de poderosos y magnates....; pero también podeis ver sobre una plaza cubierta de nieve, al romper la mañana o al caer de la

tarde, una silenciosa procesión de hombres hoscos y de mujeres pálidas, que a veces con niños dormidos en los brazos, avanzan lentamente por la llanura de nieve... Son cientos de hombres y de mujeres, a veces millares. ... ¿Y sabéis quiénes son?... Son los pobres, los sin trabajo, los sin hogar, los hambrientos... y están allí esperando que les llegue el turno para recibir una torta de pan!

¡Eso pasa en Nueva York la opulenta, todos los inviernos, y esa es la tragedia de la nieve!



Recogiendo nieve en plena calle.—Pobres esperando, a la una o dos de la mañana, por un mendrugo y una taza de café

EL EDIFICIO WOOLWORTH Y LAS TIENDAS DE 5 Y 10 CENTAVOS.

En el bajo Broadway, entre Barclay Street y Park Place, desplantándose sobre una superficie de 2,700 metros cuadrados y elevándose a una altura de 264 metros, se levanta, construído con granito blanco, el edificio Woolworth que es el más alto del mundo. Tiene la friolera de 55 pisos y costó la bicoca de catorce millones de dollars. Sobre los demás gigantescos edificios, el "Singer", el "New Municipal" y todos los otros rasca-cielos, el Woolworth se levanta lleno de gentileza y de orgullo con su esbelta masa blanca que más parece un esqueleto; de tal modo lo agujeran los huecos de sus millares de ventanas! Pasmosa como es materialmente esta maravilla del mundo, es más pasmosa aun la fuerza que lo hizo surgir de la tierra. Que un Banco colosal o un sistema ferrocarrilero, o un municipio de estas ciudades enormes tengan grandes edificios de mármol con cúpulas doradas, no es de extrañarse; mas el origen del edificio más alto del mundo que costó catorce millones de dollars, sí causa asombro admirativo.

En efecto, esos millones fueron producidos por pequeñas monedas de a 5 y 10 centavos que fueron cayendo en las cajas de unas extrañas y relativamente pequeñas tiendas pintadas de rojo que se diseminan en los barrios de Nueva York y de otras ciudades de la Unión.

Todas pintadas de encarnado, dichas tiendas lucen en la fachada invariablemente trazado con letras doradas el mismo rótulo "F. W. Woolworth Co., 5 and 10 cents

Store." Y sólo eso dicen las pequeñas fábricas de millones que han creado y enriquecido a un poderoso sindicato y que levantan del suelo edificios colosales de granito blanco.

Los aparadores sobre la calle, nada dicen; no hay en ellos ninguna exposición, excepcional, ni llamativa siquiera, como que toda la tienda por dentro no es sino un vasto aparador! Pero no anticipemos y digamos antes que: es rara la hora del día en que esos almacenes no parecen una colmena. ¡De tal modo los invade una multitud de hombres y mujeres; pero de éstas principalmente, que se renueva sin cesar!

Estas tiendas, comparadas con otras de Nueva York, no son muy grandes, aunque Woolworth cuenta con algunas que poseen vastos y numerosos departamentos. El latino que llega a esta ciudad en calidad de turista y con dinero de sobra, se pregunta en el dintel de estas tiendas:

"¡Pero, hombre! ¿qué cosa que valga la pena, puede comprarse aquí por 5 o 10 centavos?"

Pero traspasando la puerta de entrada sufre la sugestión con que el fundador de este negocio, gran conocedor del espíritu humano, del americano sobre todo, contó para hacer prosperar su empresa. Las tiendas en su interior parecen un mercado, lleno de lo que en Francia se llama "rayons" y en Hispano-América "puestos" y se va de unos a otros por las callejuelas que los cruzan y los dividen.

Las mercancías que allí se venden son de lo más variado y heterogéneo. Mujeres y hombres pueden encontrar allí todos los pequeños menesteres, necesarios para la vida, desde baterías de cocina hasta piezas de música; desde ingeniosas maquinillas para hacer cigarros a domicilio hasta libros de versos de Walt Whitman! Formas para sombreros femeninos; ropa interior; cosméticos y perfumes; dulces y frutas; corbatas, ferretería, quincallería, cajas de pinturas, juguetes, anteojos, comestibles, cepillos, listones, hilo, sedas y agujas para bordar, medicinas de patente; en fin, las mercancías son



Interior y exterior de los establecimientos de 5 y 10 centavos.

tan variadas que resultan innumerables, tanto que me sospecho que ni el mismo Wolworth ha tenido la paciencia necesaria para hacer un catálogo!

Y no se crea que la gente que allí acude es únicamente de la clase baja, pequeña burguesía o mundo obrero. No; suele verse a la orilla de la banqueta, detenido, frente a la puerta, el automóvil de la dama elegante; de tal manera la fascinación de lo barato logra atraer a todo el mundo, hombres, niños, mujeres, pero a éstas principalmente!

Una mujer, aunque no tenga relaciones masculinas de ninguna especie es capaz de comprar, para su uso particular y con tal que sean baratos, un traje de "Cowboy," o una máquina de razurar. De la gente que va a esas tiendas un 80 por ciento no sabe qué va a comprar y en la mayoría de los casos compra lo que necesita; pero eso sí, lo compra barato, a 5 o 10 centavos!

Gente menuda abunda allí: hay negros, judíos, italianos y hasta chinos, aunque dominen las mujeres que muchas veces por oir cantar la romanza o el aire de moda que vocaliza acompañado por el piano un tenor casi afónico, o por comprar un paquete de dulces que saben a droga, acaban por gastar su último nickel. Se ven mujercillas primorosas entre las vendedoras y las concurrentes; y las tiendas de 5 y 10 centavos son también ocasionadas al "flirt" que sale costando mucho más.

Las mercancías están al alcance de la mano de todos los que entran y un ratero o una cruzadora de los que abundan en tierras latinas, harían quebrar en poco tiempo a las confiadas tiendas, como éstas. Triste es reconocerlo; pero quí el promedio de la moralidad y de la honradez están bien altos y causan admiración y envidia!

Woolworth Co. posee 700 tiendas de a 5 y 10 centavos en todos los Estados Unidos, New York, Chicago, Buffalo, San Francisco, y otras ciudades.

Aquí en Nueva York, donde hay un prurito de mofarse en los teatros de todo lo común, hay un juego de

palabras: "Woolworth, Nothingworth", que quiere dar a entender que lo que esos señores venden en sus tiendas no vale nada. Pero Woolworth ha de encogerse de hombros y reir con desdén: ¡Con que lo que vendo yo es "Nothingworth"! (no vale nada), debe decir para su coleto. Pues algo deben valer sus baratijas, cuando con ellas ha construído el edificio más alto del mundo y cuyo valor es la bicoca de 14 millones de dollars!



Edificio Woolworth de 55 pisos; el más alto de Nueva York.

LA TEMPORADA LIRICA EN EL "METROPOLITAN" Y LOS TEATROS POPULARES DE NUEVA YORK.

La primera noche de ópera en el teatro Metropolitano de Nueva York es señal también de que la temporada social se inaugura, y a partir de esa velada de gran gala, la alta sociedad neoyorquina entra de lleno al enloquecedor torbellino de fiestas y diversiones nocturnas que durará todo el invierno. Por eso es que cualquiera de los "400 de Mrs. Astor," dama o caballero, no dejaría por ningún motivo de mostrarse en el "Metropolitan Opera House," sobre todo la noche de apertura y asimismo las subsiguientes.

Ir, pues, una noche de ópera al viejo teatro de Broadway, es estar en presencia de la flor y nata de esta sociedad que, dentro de la vida democrática, ha construído una aristocracia arrogante y exclusiva. Si el concurrente a la ópera lleva un buen guía que lo inicie en los secretos del Nueva York social, oirá de los labios de su "cicerone"—al mencionar las personas que ocupan los palcos—los nombres más notorios de la industria, la banca y la riqueza colosal. Sabrá que si tal o cual distinguida familia se halla ausente por el luto de uno de sus allegados parientes, están allí en cambio las familias Vanderbilt, Astor, Rockefeller, Harriman, Huntington, así como los Sres. J. P. Morgan, George J. Gould, August Belmont, Benjamin Thaw, y los Stuyvesant y los Guggerheim, todos monarcas o príncipes del dinero, del petróleo, del hierro o de los ferrocarriles. Y las señoras de los próceres están ahí también

cuajadas de perlas y diamantes, con aderezos como coronas, desde la Sra. Odgen Goelet hasta las de J. J. Astor y Odgen Mills y las "debutantes" en sociedad, que son como los botones llenos de encanto y frescura en esos árboles de una selva que, si no es señorial, es cuando menos opulenta.

Enumerar a todas las personas distinguidas que a la ópera concurren, sería tarea imposible: el arte, la ciencia, la intelectualidad están asimismo representadas, aunque ofuscados entre el brillar del lujo y de la riqueza triunfantes.

Hecho este preámbulo sobre la significación social de la temporada de ópera, pasemos a hablar cuando menos de dos o tres de los acontecimientos musicales en sí mismos registrados durante el tiempo que llega el "Metropolitan" de haber abierto sus puertas, pues no es posible referirnos a todas las óperas que se han cantado desde que se inició la actual temporada.

Comencemos por "Samson et Dalila," que fuí todo un éxito este año, apesar de no ser ninguna novedad flamante. Calcúlese que Caruso, el indispensable, el invencible, en derredor de quien se agrupa todo lo que es esplendor en los acontecimientos líricos de Nueva York, tuvo el papel de protagonista y que el papel del Gran Sacerdote fué desempeñado por el sin igual Clarence Whitehill. Y téngase en cuenta también que la "mise-en-scene" fué irreprochada, como aquí se acostumbra aun en los teatros de segundo orden; que los trajes tuvieron igual excelencia y por fin, el "ballet" de las sacerdotizas de *Dagón*, desempeñado por cincuenta bailarinas y por la "prémiere dansense" Rosina Galli, ha sido uno de los ballets más artísticos y suntuosos de que el público neoyorquino guarda memoria.

Otro de los acontecimientos líricos, fué el estreno de la ópera "Lodoletta" del maestro Mascagni, cantada en el papel de la heroina por la bella Lucrecia Bori, y en la que también desempeñan papeles importantes: Sra. Farrar, Sres. Caruso, Amato, Segurola, así como



El Teatro Metropolitano de la Opera, sito en la Calle 39 y Broadway.

Miss Egener y Sres. Dibur y Bloch, en los otros papeles secundarios.

La célebre música del autor de "Pagliacci," llena de frescura exótica, de impetuosa pasión y clásicamente polifónica, junto con las bellas decoraciones, los ricos trajes holandeses y el magnífico desempeño, fueron un triunfo más para el pequeño cuadro del "Metropolitan."

En cambio, ese cuadro, el cuadro de fuerza, amado por los clásicos, no ha tenido este año las victorias de las anteriores temporadas, al desempeñar las obras del gran Wagner, y todo se debe al actual conflicto con Alemania, y por este motivo habrá que esperar hasta que termine la presente guerra para que el prestigioso "Parsifal," "Tristán e Isolda," ese drama musical de la pasión y desventura y otras grandes obras productos del genio musical alemán, vuelvan a irradiar en el proscenio del "Metropolitan" con los olímpicos esplendores de la tetralogía wagneriana.

En los párrafos precedentes hemos descrito, a vuela pluma, uno de los aspectos de la temporada de ópera en Nueva York, en el "Metropolitan Opera House."

En cuanto al teatro, o sea, el edificio, más vale no entrar en detalles, y sólo nos limitamos a publicar su fotografía. Es feo, bien feo, construído con ladrillo comprimido y adornado con terra cotta.

Mejores mil veces son los teatros de ópera de la América Latina, como el de México, uno de los mejores del mundo, y los que hay en Buenos Aires, Río Janeiro y Montevideo. ¿Cómo Nueva York que tiene palacios como la Aduana y las estaciones "Grand Central" y "Pennsylvania" se conforma en alojar el gran arte lírico en edificio tan feo...? ¿Será cierto, como lo pretendía la Duncan, que en materia de teatros Nueva York y sus millonarios tienen un gusto pésimo?

Hecha esta somera descripción de la temporada de ópera en esta gran metrópoli, pasemos ahora a referirnos enseguida a los teatros populares de Nueva York, los que merecen un capítulo especial.

LOS TEATROS POPULARES DE NUEVA YORK

No es el propósito de este capítulo el hablar de los teatros de primer orden de Nueva York en cuyas escenas aparecen los más afamados artistas mundiales, en todo el orbe conocidos y familiares a los públicos de las grandes metrópolis: París, Londres, Berlín y Moscow, llámense tales artistas Caruso, Sarah Bernard, Kubelik el virtuoso, o Nikinski, el danzarín eslavo. El fin de este artículo es dar una idea de lo que son los teatros populares, los que por su especial carácter definen mejor cómo se divierte el público neoyorquino y con él, que es el que da el tono, el de toda la gran República. Después de los grandes teatros líricos donde se canta la música italiana y americana; después de las enormes salas de conciertos, donde se ejecuta música instrumental, de cámara y polifónica; después de los teatros donde se representa desde el drama Shakesperiano, hasta las comedias ultra-modernas de Bernard Shaw, viene el teatro popular americano por excelencia que es el "vaudeville," de nombre francés impropiamente adoptado, pero de índole peculiarmente americana. Así como en los teatros de comedias y líricos, hay obras que duran en el cartel toda una temporada representándose exclusivamente y alcanzando centenares de representaciones, así en el "vaudeville" los programas que cuentan de doce a quince números, cambian todas las semanas. En muchos de estos teatros la representación es contínua, principiando a la una de la tarde y concluyendo a las 11 de la noche. Los mejores entre ellos están situados en Broadway, otros en la

calle 42 y muchos en la 14, que hace años fué famosa por ser un centro de elegancia y un cuartel teatral de lo más atrayente. La "season" teatral principia en Nueva York a mediados de Septiembre y concluye en Mayo al iniciarse el verano que hace huir de la ciudad a todo el mundo del placer, y lo lleva a las playas, a las montañas y a los centros clásicos del veraneo. Cerca de los vestíbulos de los teatros jamás se ve aquí esa plaga de revendedores de billetes que acosa al público en otras ciudades; los revendedores aquí tienen oficinas especiales y no se limitan a vender billetes de un solo teatro, sino que expenden de los principales.

Los edificios de los teatros, aun los de los suburbios, están llenos de comodidades, amplitud, ventilación, múltiples salidas para casos de incendio, "foyers" y salas de desahogo, caloríferos y cuanto se necesita, en fin, para hacer grata la permanencia del espectador. Los programas son un verdadero modelo para teatros de variedades y sólo París y Londres pueden competir con Nueva York en la amena diversidad de estos espectáculos.

Hay para todos los gustos y como los espectadores están bastante mezclados, desde el burgués acicalado que va al palco con su consorte, hasta la señorita "typewriter" que acompañada de su galán va a butacas, y el "chauffeur" y el negro que asisten a galería, así el programa comprende los números más disímbolos, romanzas melancólicas entonadas por "divetas" sensibles; zapateados furiosos por negros que parecen no tener huesos en los cuerpos descoyuntados; actos de prestidigitación, acrobatismos; pugilato; ballets seductores; comedias; chistes, payasadas y "rag-time"; ah! el indispensable "rag-time" por el cual sienten estos neoyorquinos, y en general los americanos todos, una pasión que llega al frenesí y que es difícil comprender, pues en verdad el tal "rag-time", un canto y una música con el compás de las galopas infernales de Offenbach, no tiene maldita la gracia...

Con todos estos actos alternan, en algunos teatros, las



Otro aspecto de Broadway, con sus anuncios eléctricos luminosos, en el barrio de los principales teatros de Nueva York

proyecciones cinematográficas que han llegado en los Estados Unidos a una notable perfección. Y si en ellas sale como actor Charlie Chaplin, el cómico popular, el delirio es casi tan grande como el causado por el "rag-time."

Y lo admirable es que un teatro de éstos en que pueden pasarse dos horas de grato solaz y verse hasta diez actos, cuesta 50, 25 y aun 10 centavos.

Otra cosa admirable es el sueldo de que disfrutan los actores que llegan a ganar hasta 3,000 dollars semanales.

Las funciones terminan en todos los Estados Unidos con una marcha final que aquí se llama "Exit-March", que cierra como brillante broche de oro el entusiasmo del auditorio.

Tales son en síntesis estos teatros populares de Nueva York que atraen y fascinan no sólo al pueblo, sino también a la burguesía.

Aventuraremos una censura, nosotros que no hemos escatimado a esta metrópoli ningún elogio cuando realmente lo merece. En cualquier parte del mundo civilizado, París, Londres, Madrid, Roma, los teatros de igual índole a los que censuramos revelan de parte de autores y actores una cultura muy superior, cultura que el público exige, pues que cualquiera insulsa payasada que no tuviera el "cachet" de lo que se llama "esprit" en francés, y gracia en nuestra lengua, sería rechazada por parte de los espectadores.

Pero a qué poner como ejemplo los teatros europeos, si en la misma América Latina, no serían aplaudidos los pseudo-graciosos que aquí con pretensiones de artistas y facultades de medianos "clowns" arrancan el aplauso y la carcajada a un público excesivamente fácil de contentar...

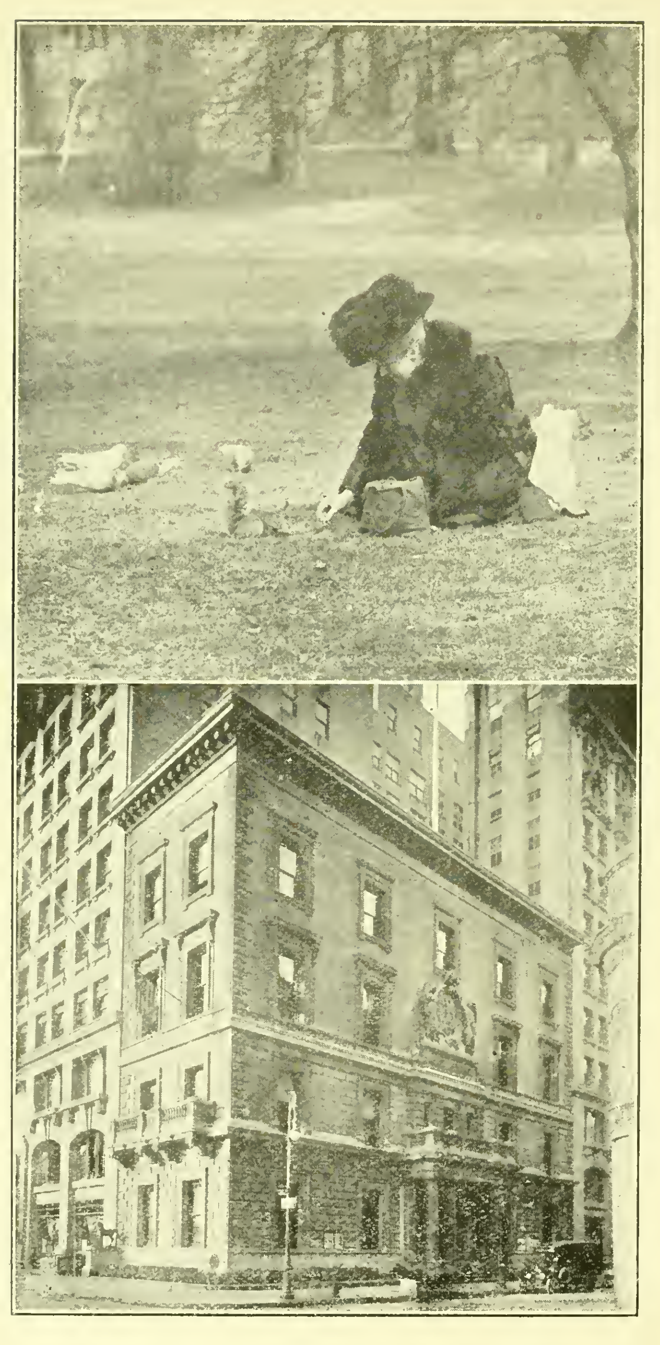
Otras especialidades no menos extrañas y desconcertantes, tienen los teatros que criticamos, por ejemplo ese prurito que tienen los actores a dirigirse al público, señalando a un individuo determinado, interrogándolo, haciéndolo en cierto modo tomar parte en la representa-

ción y quizás hasta haciendo que el público ría a costa suya. Esto no sería soportado por ningún espectador ni en París, ni en Madrid ni en Buenos Aires.

En todo esto íbamos pensando, cuando al sonar las once de la noche salíamos de un teatro de Broadway, en medio de una muchedumbre que se dirigía al descanso del hogar, mientras algunos otros, risueños e impetuosos, se encaminaban a los restaurants nocturnos o a esos cabarets Churchill's, Rector's, o Healey's, de cuyos encantos gastronómicos y danzantes hemos tratado en otro capítulo.

LISTA DE LOS PRINCIPALES TEATROS, SALONES DE CONCIERTOS Y VARIEDADES DE NUEVA YORK.

Academy of Music—2 Irving pl.
Aeolian Hall—34 W. 43.
Alhambra—7th Ave. y calle 126.
American—8th Ave. y calle 42.
Amsterdam Opera House—340 W. 44 Street.
Astor—Broadway y calle 45.
Audubon—Broadway y calle 165.
Belasco—115 W. 44th.
Bijou—221 W. 45th.
Booth—220 W. 45th.
Broadhurst—235 W. 44th.
Broadway—Broadway y calle 41.
Bronx Op. House—436 E. 149.
Casino—Broadway, esq. calle 39.
Carnegie Hall—7th Ave. y calle 57.
Century—Central Pk. W. y calle 62.
Bohan's—Broadway y calle 43.
Cohan and Harris—226 W. 42d.
Colonial—Broadway y calle 63.
Columbia, 7th Ave. y calle 47.
Comedy—11 W. 41.
Cooper Union—4th Ave. y calle 8.
Cort—140 W. 48th.
Criterion—Broadway y calle 44
Du Vieux Colombier, 65 W. 35th.
Eighty-first St.—B'way y calle 81.
Eltinge—240 W. 42d.
Empire—Broadway y calle 40.
Follies—Melrose Ave. y calle 150.
Forty-eighth St.—159 W. 48th.
Forty-fourth St.—220 W. 44.
Fulton—210 W 46th.
Gaiety—1547 Broadway.
Globe—1555 Broadway.
Grand Cen. Pal.—Lexington Ave. y calle 46.
Grand Op. House—8th Ave. esq. calle 23.
Greenwich—Seventh Ave. y calle 4.
Hamilton—Broadway y calle 146.
Harlem Op. House—205 W. 125.
Harris—256 W. 42nd.
Hippodrome—6th Ave. y calles 43 y 44.
Hudson—139 W. 44th.
Hurtig and Seamons—254 W. 125.
Irving Pl.—Irving Pl y calle 15.
Knickerbocker—B'way y calle 38.
Lexington—525 Lexington Ave.
Liberty—234 W. 42nd.
Little—240 W. 44th.
Loew's Nat'l—Bergen Ave. E. 149th.
Loew's Seventh Ave., c. 124th.
Longacre—220 W. 48th.
Lyceum—153 W. 45th.
Lyric—213 W. 42d.
Madison Sq. Garden — calle 26.
Manhattan Op. House—315 W. 34th.
Maxime Elliot's—109 W. 39th.
Metropolis—3d Ave. y calle 142.
Met. Op. House—B'way y calle 40th.
Miner's—3d Ave. y calle 156.
Morosco—215 W. 45th.
New Amsterdam—214 W. 42d.
New York—Broadway y calle 45th
Palace—1564 Broadway.
Park—Broadway y calle 59th.
Playhouse—139 W. 48th.
Plymouth—130 W. 48th.
Princess—104 W. 39th.
Proctor's—1187 B'way, 143 W. 23rd, 154 E. 58th 112 E. 125.
Punch and Judy—153 W. 49th.
Republic—20[illegible] W. 42nd.
Rialto—7th Ave. y calle 42
Riverside—Broadway y calle 96.
Rivoli—1620 Broadway.
Royal—Westchester Ave. N. 34 Ave.
Shubert—225 W. 44th.
Standard—Broadway y calle 90.
Strand—Broadway y calle 47.
Thirty-ninth St.—119 W. 39th.
Washington—Amsterdam Ave. y calle 149
West End—368 West 125th St.
Winter Garden—B'way y calle 50.
Yorkville—157 E. 86th.



Dando de comer a las ardillas y a las palomas en el Parque Central.—Edificio de la Sociedad Protectora de Animales

LA SOCIEDAD PROTECTORA DE ANIMALES.

¿A qué viene un capítulo sobre la Sociedad Protectora de Animales en un libro de esta índole?, preguntarán algunos lectores. Otros dirán: ¿Cómo es que no hacéis un relato de otras maravillas de Nueva York, como son: sus enormes puentes colgantes, túneles que atraviesan sus ríos, elevadísimas construcciones que aquí se llaman "rasca-cielos", de 30, 40 y 50 pisos; modernos hoteles, magníficos hospitales, bellas iglesias, incomparable cuerpo de bomberos, servicio postal y otras instituciones públicas de esta gran metrópoli?

La respuesta es muy fácil. Primero: para escribir un capítulo sobre cada uno de los temas citados, habría necesidad de hacer este libro de un tamaño doble o triple del que primero nos propusimos, y segundo: porque casi todos los libros o guías que hasta hoy se han escrito sobre la ciudad de Nueva York, contienen una relación más o menos detallada de estas conocidísimas maravillas de Nueva York. En cambio, hasta hoy ningún autor se ha ocupado de incluir en su libro un capítulo sobre una institución tan importante como lo es la Sociedad Protectora de Animales de Nueva York, a la cual nosotros le dedicamos un capítulo especial en esta obra, tanto por su incalculable labor humanitaria, como porque su ejemplo podría redundar en beneficio de los pueblos hispano-americanos, donde bastante se hace sentir la necesidad de una institución de esta índole.

Hecha, pues, la aclaración anterior, entremos de lleno a nuestra relación:

Una de las plausibles características de la civilización

de un pueblo, es sin duda la piedad y la protección hacia los animales que podríamos llamar sociables, puesto que se asocian a la vida del hombre, subordinando a él ya sea su energía física o bien las facultades de su instinto. Desde tal punto de vista, Nueva York es una ciudad eminentemente civilizada y culta, pues no sólo posee eficasísimas organizaciones de protección hacia las bestias y una legislación para impedir crueldades y malos tratos, sino que ya ha conseguido que la disposición de espíritu de la mayoría de sus habitantes hacia los seres irracionales, sea humanitaria y cariñosa en alto grado.

Algún humorista dijo a este propósito que en Nueva York para ser feliz habría que ser o animal o niño o mujer; pero hombre de ninguna manera.

Tal ironía, aunque exagerada, es exacta, pues pone de relieve la generosa protección aquí impartida a los seres débiles y la impiedad de la implacable lucha por la vida entre los del sexo fuerte.

Por los animales se tiene un culto que en ocasiones llega a morbosos extremos.

Frecuentemente se ven por estas calles establecimientos que son hospitales de gatos o perros; periódicamente hay exposiciones y certámenes en que entran en competencia y ganan trofeos los mismos individuos de la raza canina y felina, y "horresco y referens" las damas de la aristocracia celebran en lujosos salones de los hoteles de moda tés y saraos en los que los perros consentidos beben, en vajilla de plata, tazas de té que cuestan un dollar! No sé si los socialistas y anarquistas hayan tomado nota de estas aberraciones y de otras semejantes, como los monumentos funerarios levantados a la memoria de un difunto perro de aguas, pomeranio o japonés. ...Lo cierto es que aparte de esas extravagancias dignas de la Roma decadente, el amor por los animales es aquí ya una verdadera institución. En todo se manifiesta y se revela, desde los perrillos que con aliñados collares y camisas de invierno trotan por las calles al lado de sus dueños, hasta los caballos de tiro robustos, fuertes, esme-



(Foto. Underwood & Underwood.)
Sentada a la mesa, en compañía de su perrito.—Una dama elegantemente vestida paseando por las calles con un perro, espectáculo muy común y corriente en Nueva York.



(Foto. Underwood & Underwood.)
Una exhibición de perros en el coso del Madison Square Garden.

radamente limpios y comiendo al borde de la banqueta su ración de cebada, al mismo tiempo que el caballerango entra a refrigerarse al vecino "lunch-counter."

Por las calles de la ciudad los gorriones revolotean y saltan junto a los pies de los transeuntes sin que ni el niño ni el jayán intenten jamás molestarlos.

En los parques, sobre todo el Central Park, las ardillas que son hurañas por excelencia, se manifiestan familiares con los paseantes haciendo pensar en la paz idílica de un nuevo Paraíso Terrenal.

Los mismos gatos que en otros países son el tipo del animal acosado y perseguido, gozan aquí de privilegios y bienestar como en el viejo Egipto que los lleva al rango de dioses. Trotan por las calles, o pacíficos contemplan desde los umbrales de los "basements" a esta humanidad que no es para ellos hostil, sino indulgente y piadosa.

Y todos estos fenómenos son obra de la Sociedad Protectora de Animales, meritísima institución que funciona en Nueva York regularmente hace más de veinte años, que cuenta con amplio apoyo oficial y que tiene un Centro Directivo, veintitrés sucursales y más de cincuenta mil miembros, desde los benefactores y *trustees* hasta los simples socios de credencial o ejecutivos que son algo así como una policía auxiliar en todo aquello que vaya dirigido a prevenir la crueldad para los animales o a castigar las infracciones a las leyes municipales que los protegen.

La Comisión de Propaganda de esta institución es también benemérita: celebra conferencias, escribe artículos y libros y por todos los medios procura la realización y popularidad de sus nobles fines. Actualmente la Sociedad desarrolla un sistema de extensión rural que propagará la protección a los campos y regiones agrícolas y que será el coronamiento a su obra nobilísima.

Nueva York es entre las ciudades civilizadas una de las que va a la cabeza en su protección a los animales.

París coloca en sus jardines, plazas y lugares públicos

grandes cartelones que dicen: "Soyez bons pour les animaux."

Nueva York no necesita hacerlo porque tal máxima está ya en el corazón de sus ciudadanos.

DIRECTORIO NEOYORQUINO.

En obsequio a nuestros lectores y turistas latinoamericanos, tenemos el gusto de publicar a continuación los principales puntos de interés, Galerías de Arte, Museos, Bancos, Hoteles, Estaciones de Ferrocarril y Teatros de primer orden que deben ser visitados al llegar a esta gran Metrópoli.

MUSEOS, MONUMENTOS, IGLESIAS Y PUNTOS DE INTERES.

American Museum of Natural History, Central Park West and 77th St. Abierto diariamente de 9 a. m. a 5 p. m. Domingos, de 1 a 5 p. m.
Appellate Division—Supreme Court, Madison Avenue and 25th St.
Aquarium, Battery Park—A fort in 1807—A Concert hall in 1825—Castle Garden, 1855 to 1892. Largest aquarium in the world.
Battery Park, Al pie de Broadway.
Botanical Garden, Bronx Park, S. Boulevard and 200th St.
Bronx Park, Southern Boulevard, E. 182d to E. 205th Sts.
Bowling Green. Al pie de Broadway. El parque más antiguo.
Cathedral St. John the Divine. Amsterdam Ave., 110th—113th Sts.
Central Park, 5th to 8th Aves., 59th to 110th Sts.; 843 acres.
Chamber of Commerce. 65 Liberty St. Organizada en 1798.
City Hall, o sea, Palacio del Ayuntamiento, situado en el Parque de su nombre. Construido en 1803. Contiene retratos de los Gobernadores, así como el escritorio de Washington y su retrato pintado en tela de seda.
City Prison. Center and Franklin Sts.
Clearing House. 77 Cedar Street.
College of the City of New York. Amsterdam Avenue, 138th to 140th Sts.
Columbia University. Broadway and Amsterdam Ave., 116th to 120th Sts. Fundada en 1754.
Columbus Monument, o sea, Monumento a Colón. Broadway, 8th Ave. and 59th Street.
Conservatorios. Central Park. Frente a E. 105th St.
Cooper Union, 3d and 4th Aves. and 7th St. Fundada en 1857 by P. Cooper.
Custom House (Aduana). Bowling Green.
Finance's Tavern. Broad and Pearl Sts. Construida in 1719.
Grand Concourse. E. 161th St., N. Jerome Ave. to Van Cortlandt Park.
Grant's Monument. Riverside Drive. Frente a 123rd St. Inaugurado en 1897. Contiene los cuerpos del General y la Sra. Grant.
Hall of Fame, N. Y. Univ. Sedwick Ave. and E. 181st St.
Hall of Records. Chambers and Centre Sts.
Hamilton Grange. Convent Ave., cerca de la calle 141.
Heine Monument. Entrada al Grand Concourse, E. 161st St.
Historical Society. 170 Central Park West. Reliquias históricas.
Immigrant Reception Station. Ellis Island.
Jumel Mansion. Edgecomb rd and 160th St. Contruida en 1758.
Menagerie. Central Park, Frente a E. 64th St. Animales y pájaros raros.
Metropolitan Museum of Art. Central Park, 5th Ave. and 82nd St. Entrada, Lunes y Viernes, 25c; Otros días, gratis.
Metropolitan Tower. Madison Sq. 52 pisos. 700 pies de altura.
Monument to N. Y. Firemen. Riverside Park, 100th St.
Monument to Spanish War Heroes, Central Park, Broadway and 59th St.
Municipal Building. Park Row, Centre and Chambers Sts.
Obelisco. Cerca del Museo de Arte. Construído en Egipto en 1500 A. C. Fué traído en 1881 y costó $100.000.
Poe Cottage. Poe Park, Grand Concourse and 194th St. Aquí vivió el inmortal poeta Edgar Poe.
Produce Exchange. Whitehall and Beaver Sts. Construído en 1884.
Public Library. Fifth Ave., 40th to 42d Sts.
Riverside Drive, W. 72d, along Hudson river to Spuyten Duyvil
Sailor's Snug Harbor. Staten Island. Casa para los marinos ancianos.
Sherman's Statue, Plaza, 5th Ave. and 59th St.
Soldiers' and Sailors' Monument, Riverside Drive and 89th St.
Speedway. From 155th, along Harlem river.
Statue of Liberty. Liberty Island. Esta estatua fué obsequiada por Francia.
Stock Exchange. Broad St. Visitors entrance, 13 Wall St.
Sub-Treasury. Wall and Nassau. Government banking house. Site of Washington's inauguration. The stone he stood on is here.
St. Patricks' Cathedral, 5th Ave. and 50th St. Twin spires 308 ft high.
St. Paul's Church. Broadway and Vessey. La iglesia más antigua de

Nueva York y a cuyas misas asistió Washington. Fué construída en 1764.

Trinity Church. Broadway, opp. Wall. Founded in 1697. Churchyard contains graves of historic heroes. First burial 1681.

Van Cortlandt Mansion. Van Cortlandt Park, B'way and 242d. Now a historical museum in charge of Colonial Dames.

Washington Arch. Washington Sq. and 5th Ave. Dedicated, 1893.

Woolworth Bldg Broadway and Park Pl. El edificio más alto del mundo. 750 pies de altura.

Zoological Park. Bronx Park, S. Boulevard, E. 182d St. and Pelham Ave. Gratis, excepto Lunes y Martes. Entrada, 25c; niños, 15c. Abarca una extensión superficial de 164 acres y tiene más de 5.000 animales de más de mil clases distintas.

BANCOS.

Bancos Nacionales,

Am. Exchange, 128 Broadway.
Atlantic, 257 Broadway.
Bank of Commerce, 31 Nassau St.
Bank of New York, 48 Wall St.
Battery Park, 8 Broadway.
Bronx, 369 E. 149th.
Butch. and Drovers, 683 B'way.
Chase, 57 Broadway.
Chatam and Phoenix, 149 B'way.
Chemical, 170 Broadway.
Citizens, 320 Broadway.
Coal and Iron. Liberty and West.
East River, 680 Broadway.
Federal Reserve, 15 Nassau.
Fifth, 133 E. 23rd.
First, 2 Wall.
Garfield, 200 Fifth Ave. and 23rd.
Gotham, 1819 Broadway.
Hanover, 5 Nassau.
Harriman, 527 Fifth Ave.
Import's and Trad's, 247 Broadway.
Irving, Broadway and Park Pl.
Knickerbocker, 8 W. 40th St.
Liberty, 120 Broadway.
Lincoln, 60 E. 42nd.
Market and Fulton, 81 Fulton.
Mechanics and Metals, 20 Nassau.
Merchants', 42 Wall.
National City Bank, 57 Wall.
N. Y. County 79 Eighth Ave.
Park, 214 Broadway.
Philippine, 233 Broadway.
Public, 91 Delancey.
Seaboard, 18 Broadway.
Sherman, 319 Fifth Ave.
Second, 250 Fifth Ave. c. 28th.
The Royal Bank of Canada, c. William and Cedar Sts.
Union Exchange, 160 Fifth Ave.

Bancos de Ahorros.

American, 115 W. 42nd St.
Bank of Savings, 280 4th Ave.
Bowery, 130 Bowery.
Broadway, 55 Park Pl.
Bronx, Tremont Ave., c. Park Ave.
Citizens, 58 Bowery.
Commonwealth, 2007 Ams'm Ave.
Dollar, 2808 Third Ave.
Dry Dock 343 Bowery and 3rd Ave.
East River, 295 Broadway.
Emigrant Indus'l, 51 Chambers.
Empire City, 231 W. 125th.
Excelsior, W. 23rd and 6th Ave.
Franklin, 656 8th Ave. and 42nd.
German, 100 E. 14th and 4th Ave.
Greenwich, 248 Sixth Ave.
Harlem, 126 E. 125th.
Irving, 115 Chambers.
Italian, 64 Spring.
Maiden Lane, 170 Broadway.
Manhattan, 664 Broadway.
Metropolitan, 3d ave. and 7th.
New York, 81 8th Ave. and 14th.
North River, 31 W. 34th.
North Side, 3230 Third Ave.
Seamen's, 74 Wall and Pearl.
Union Square, 28 Union Sq.
United States, 606 Madison Ave.
West Side, 112 Sixth Ave.

Bancos del Estado.

Bank of America, 44 Wall
Bank of Europe, 1429 First Ave.
Bank of Metropolis, 31 Union Sq.
Bowery, 124 Bokery.
Broadway Central, 2574 Broadway.
Bronx Bor'h, 440 Tremont Ave.
Bryant Park, 220 W. 42nd.
Central Metropolitan, 1 E. 14th.
Chelsea Exchange, 266 W. 34th.
Colonial, 441 Columbus Ave.
Colibia, 507 5th Ave., 415 Broadway.
Corn Exchange, 13 William.
Cosmopolitan, 805 Prospect Ave.
Fifth Avenue 530 Fifth Ave.
German-American, 23 Broad.
German-Exchange, 330 Bow'y.
Germania, 190 Bowery.
Greenwich, 402 Hudson.
International, 17 Battery pl.
Manhattan Co., 40 Wall.
Metropolitan, 310 Fouth Ave.
Mutual, 49 W. 33d.
New Netherland, 41 W. 34th
Pacific, 470 Broadway.
Peoples', 395 Canal.
Produce Exchange, 10 B'way.
State, 378 Grand.
W. R. Grace and Co's Bank. Edificio Grace, Hanover Sq

HOTELES PRINCIPALES.

America—104 E. 15th St.
Ansonia—Broadway y calle 73.
Arlington—18 W. 25th St.
Astor—Broadway y calles 44 y 15.
Belleclaire—Broadway y calle 77.
Belmont—Park Ave. y calle 42.
Biltmore—Madison Ave y calle 43.
Breslin—Broadway y calle 29th.
Bretton Hall—Broadway y calle 85.
Vrevoort, 11 Fifth Ave.
Bristol, 129 W. 48th.
Broadway—Broadway y calle 17.
Broztoll—3 E 27th.
Buckingham—5th Ave. y calle 50.
Calvert—Broadway y calle 41.
Chatham—Park Ave. y calle 48th.
Clarendon—P rk Ave. y calle 58.
Claridge—Broadway y calle 44.
Cumberland Broadway y calle 54.
Empire—Broadway y W. 63d.
Endicott—101 W. 81st.
elix Portland—132 W. 47th.
Gotham—5th Ave. y calle 55.
Grand, Broadway y calle 31
Hargrave—112 W. 72nd.
Herald Square 116 W. 34th.
Holley—35 W. Washington Sq.
Imperial—Broadway y calle 32.
Iroquois—49 W. 44th.
Knickerbocker—B'way y calle 42.
Lafayette—University pl. y calle 9.
Langdon—5th Ave. y calle 56.
La Salle—30 E. 60th.
Latham—4 E 28th.
Lucerne—201 W. 79th.
McAlpin—Broadway y calle 34.
Majestic—4 W. 72nd
Manhattan—1' E. 42nd
Marie Antoin tte B'way y calle 67
Marseilles—Broadway y calle 123
Martha Washington—29 E. 20th.
Martinique—B'way, y calles 32 y 33
Maryland—104 W. 49th.
Montery—Broadway y calle 94.
Montiello—35 W. 64th.
Murray Hill—Park Ave. y calle 40
Netherland—5th Ave. y calle 59.
Newton—Broadway y calle 95.
Normandie—Broadway y calle 38.
Park Avenue—4th Ave. y calle 32.
Pennsylvania—7th Ave. y calle 32.
Plaza—5th Ave. y calle 59.
Prince George—14 E. 28th.
Princeton—116 W. 45th.
Richmond—70 W. 46.
Ritz-Carlton—Mad. Ave. y calle 46
St. Regis—5th Ave y calle 55.
San Remo—146 Central Pk. West
Savoy—5th Ave. y calle 59.
Schuyler—59 W. 45th.
Seville—Madison Ave. y calle 29th
Seymour—50 W. 45th.
Sherman Square—B'way y calle 71
Stratford—11 E. 32nd.
Theresa 8th Ave. y calle 125.
Union Square—16 Union Sq.
Vanderbilt—Park Ave. y calle 34.
Victoria—155 W. 47th.
Waldorf-Astoria—5th Av. y calle 34
Wallick—Broadway y calle 43
Walton—Columbus Ave. y calle 70.
Wellington—865 Seventh Ave.
Wentworth—61 W. 46th.
Wolcott—4 W. 31st.
Yates, 149 West 43rd St.

ESTACIONES DE FERROCARRIL.

B. and O Ft. Liberty y calle 23.
Erie—Ft. Chambers y W. 23d.
Lackawanna—Ft. Barclay, Christopher y W. 23d Sts.
Lehigh Valley—Foott Liberty y calle 23.
Long Island—7th Ave. and 32d St., and ft. E. 34th St.
N. J. Central—Foot Liberty, Cedar, W. 23rd and W. 42nd Sts.
N. Y. C. and H. R.—42nd St. and 4th Avenue.
N. Y. and Harlem—42nd St. and 4th Avenue.
N. Y. N. H. and H 42 St. and 4th. Avenue.
N. Y., Ontario and Western—Ft. W 42nd and Cortland Sts.
Pennsylvania 7th Ave. and 32nd St. ft. Cortland and Desbrosses Sts., Hudson Terminal.
West Shore—Ft. W. 42nd and Cortland Sts

* * *

D. C. Divry, Printers. New York


LIBRARY OF CONGRESS
0 014 078 389 4